



SUSANA F. AMEIJERAS

MENTIRAS
EN LA
HORA DEL TÉ
CUANDO
LA PRIMERA MENTIRA
ENVUELVE
EL RESTO DE TUS
PASOS

Mentiras en La Hora del Té

Susana F. Ameijeiras

Mentiras en La Hora del Té



EDITORIAL
LETRA MINÚSCULA

Primera edición: mayo de 2020
Copyright © 2020 Susana F. Ameijeiras
Editado por Editorial Letra Minúscula
www.letraminuscula.com
contacto@letraminuscula.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

ÍNDICE

[Capítulo 1: El señor](#)

[Capítulo 2: La Hora del Té](#)

[Capítulo 3: La llamada](#)

[Capítulo 4: La extraña misión](#)

[Capítulo 5: El túnel](#)

[Capítulo 6: El caos](#)

[Capítulo 7: Una casa y un arco](#)

[Capítulo 8: Mentirosa](#)

[Capítulo 9: La danza y la muerte](#)

[Capítulo 10: La cristalera](#)

[Capítulo 11: La señora](#)

Capítulo 1: El señor

Consiguió vaciar su habitación de cualquier trasto inútil a la misma velocidad que eliminaba de su interior todo pensamiento inservible. Los dos habitáculos se eliminaron a la vez sin haberse puesto de acuerdo. Ya no quedaba nada a lo que poder echar mano para seguir buscando; había agotado todos sus recursos: los externos y también los internos. Estaba vacío.

—Señor...

La cabeza del señor se dio la vuelta muy despacio; le costaba despegar su cuerpo erguido mirando a través de aquella enorme cristalera que, de manera curiosa, todavía estaba brillante y limpia. La cristalera era la única superviviente de todo aquello; quizás, aquel señor todavía la necesitaba para algo.

—Dime, Carlos.

—Creo que ya está todo, señor.

—Querrás decir que ya no queda nada.

Carlos balbuceó.

—Puede que, para usted, señor, no quede nada, pero yo le aseguro que, para mí, irme de aquí hace que comience todo.

El señor levantó las cejas; en realidad, las retorció de una manera extraña.

Aquellos ojos parecían moverse de una manera poco usual detrás de sus pequeñas gafas cada vez que al señor le llamaba algo la atención.

—Entonces, nos vamos ya, señor.

—Estoy listo.

Carlos conducía el coche mientras aquel hombre iba detrás. Una de sus cejas había quedado arqueada, síntoma inequívoco de que algo estaba pensando. Tal vez su cabeza todavía seguía sin estar vacía del todo; quizás, todavía se agarraba a algo. Siendo sinceros, aquel hombre a poca cosa podía agarrarse, ya que, por no tener, no tenía ni un hogar. Lo había perdido todo o casi todo.

—Carlos, ¿has guardado el dinero donde te dije?

—Sí, señor —contestó Carlos—. ¿Sigue queriendo que lo traspase a la cuenta que me dio?

—Sí, hazlo cuando puedas, gracias.

Carlos miraba de vez en cuando a aquel hombre por el espejo retrovisor. Había sido su mano derecha durante muchos años, su chofer, su asistente personal, su chico de los recados... Si Carlos no había fallado, entonces, ¿qué había sido lo que había provocado aquel desastre? Carlos era solo un chico normal, sin más. No tenía pretensiones; no buscaba reconocimiento. Cualquier persona lo habría etiquetado, tal vez, de pusilánime o, quizás, habría pensado que carecía de objetivos, de foco, de ilusión, de reconocimiento...

Todo lo que se le ocurría pensar a aquel hombre eran etiquetas, muchas etiquetas.

Todo lo pasaba por una etiqueta. Era posible que las etiquetas pudieran resolver sus dudas. Quizás una mala colocación de estas había producido todo aquel caos que lo había llevado a perder años de trabajo. Una mala organización, un mal enfoque como líder...

—Señor, ¿se encuentra bien?

El hombre levantó despacio la mirada.

—Sí, estoy bien.

Más de media hora en el coche casi había conseguido que aquel hombre terminara echándose una pequeña cabezada en el asiento de atrás, pero ya habían llegado a su destino y debía bajarse.

—Señor, deje que le abra la puerta.

—Gracias, Carlos.

El hombre miró aquella oficina donde debía dejar las llaves de todas sus posesiones. Algo le agarró el pecho. Suspiró levemente y se volvió a sentar.

—Señor, debe hacerlo y, cuanto antes, mejor.

—Lo sé, Carlos, lo sé.

Hubo un silencio pequeño, o no.

—Carlos, ¿tienes dinero en la cartera? Creo que necesito dar un paseo, tomar el aire y beber un vaso de agua.

Carlos lo miró, sin juicio, solo lo miró. Eran muchos años con él. Lo normal era que Carlos quisiera asegurarse de que el señor estuviera bien.

—Tome, señor, lo espero en el coche.

Aquel hombre entró en una cafetería. Intuitivamente, se sentó en la mesa con menos atractivo de todas: la que estaba justo al lado de la puerta de la cocina y por la que salían todos los olores cuando algún camarero la abría. El sitio no podía reflejar mejor el valor que se daba a sí mismo: ninguno.

—Un café, por favor —pidió de manera correcta aquel hombre con el hilo de voz justo para ser amable con alguien una vez más.

El camarero posó un pequeño tazón con algo de leche y dos gotas de café. Aquel hombre miró la taza, un poco antigua y con restos de lo que podría haber sido el café anterior allí vertido.

«Dos gotas de café y un chorro de leche en una taza mal lavada: esto es todo lo que puedo conseguir ahora mismo. Supongo que me lo merezco», pensó.

El señor abrió despacio el sobre del azúcar, también malogrado por la torpeza del camarero al depositar el café encima de la mesa, y comenzó a fijarse cómo aquellos pequeños granos caían de una manera casi perfecta: no había una sola arena de aquel azúcar que se desviara hacia ningún lado.

Siendo él un hombre que, en sus mejores tiempos, tomaba café casi a diario, el olor que desprendía aquella mezcla comenzó a parecerle muy desagradable. Su estómago terminó por rechazar aquel olor y dejó el café.

En ese momento en que no tenía ni un café que tomar, comenzó a sentir una extraña emoción que no controlaba. Se asustó; aquel hombre siempre lo controlaba todo. Fueron

quizás los dos peores segundos en mucho tiempo: sudor, desesperación, miedo, nervios... Por una vez en su vida sintió lo que siempre había tenido miedo de sentir: vacío, desesperanza y ansiedad.

—Ja, ja, ja. —Algo interrumpió la lucha interna de aquel hombre; unas risas y unas voces que venían de algún sitio llamaron su atención. El señor miró.

Llamó al camarero.

—Un bolígrafo, un papel y un vaso de agua.

—Sí, caballero.

—Ah, una última cosa —continuó el señor—. Llévase este café y plantéese cambiar de marca.

Escribió y escribió, etiquetó y etiquetó; las anotaciones se iban amontonando en la mesa. Pidió más y más papel. Sus manos sudorosas empezaron a temblar al no poder seguir el ritmo intenso de su escritura. Carlos ya se había asomado a la cristalera, también brillante (quizás lo único brillante), de la cafetería, pero Carlos esperaba; Carlos no tenía prisa. Solo era una persona fiel con ganas de seguir sirviendo a su señor. Carlos no protestaba.

Aquel hombre dejó el bolígrafo, pidió un whisky y respiró, siempre cabizbajo, pero respiró.

Tras pagar la cuenta, salió en busca de Carlos, que esperaba pacientemente en el vehículo.

—Carlos, a mi casa.

—Señor...

—Lo sé, tengo que devolver las llaves, pero todavía me queda algo por coger. Por favor, a mi casa.

Carlos no dijo nada, arrancó el coche y dejó a aquel hombre justo en la entrada de su casa.

El señor abrió el portal, subió las escaleras y abrió la puerta. Solo fueron unos minutos.

—Ya está, Carlos, ahora vamos al banco.

—No se preocupe, señor; eso ya lo hago yo como usted me mandó.

—No, Carlos, hay cambio de planes; yo me encargo del dinero.

—Como usted quiera.

El señor se fue, tal vez a cualquier habitación de un hostel. Devolvió las llaves de todas sus pertenencias y tuvo muy claro lo que tocaba hacer a partir de ese momento. Carlos también se fue. Sus caminos no se volvieron a juntar.

Capítulo 2: La Hora del Té

El leve movimiento del tren y su monótono run run enmarcaban una escena que podría haber sido una perfecta portada para un disco de vinilo. Marco y Elisa estaban sentados el uno al lado del otro como dos perfectos desconocidos. Elisa tenía cara de resignación y Marco de rabia. No se dirigían la palabra desde hacía horas.

El viaje había sido largo y pesado. Mientras Marco no paraba de moverse y mirar por la ventana, Elisa solo miraba al frente; su mirada fija no solo era de eterna paciencia, sino de enorme contención.

—Todo saldrá bien, ya lo verás —dijo Marco cogiéndole la mano a Elisa en un acto más cercano a romper ese muro de hielo que de cariño.

—Suéltame —replicó Elisa con un doble juego en su rostro: el de la ira y el de la complacencia.

Marco volvió la cara hacia la ventana. Su mandíbula estaba tensa y su rostro herido y ofendido por aquella que se suponía que tenía que acompañarlo en esta aventura: Elisa. No recibió ni un solo gesto de aprobación de ella, ni un ápice de consuelo... nada.

El rostro de Elisa era casi perfecto. Su cara, un poco alargada, no desentonaba en absoluto con el tamaño pequeño de su boca y sus dos enormes ojos azules. No tenía una melena muy densa, pero brillaba; era muy oscura y tenía una bonita caída. Elisa era de esas personas que te miran por el lateral de su rostro y tienes miedo, pero después, nunca hace nada, solo mirar y callar.

El oficio de la joven era el de ordenar la ropa en unas naves industriales para después ser distribuidos a distintos centros comerciales, un trabajo pesado y aburrido, pero que le permitía hacer lo que más le gustaba: mirar por el rabillo del ojo y callar.

Marco era alto, delgado y con un peinado hecho a medida para triunfar, es decir, ningún peinado. Su pelo campaba por su cabeza como si supiera siempre donde colocarse. Era el más admirado por su entorno, sobre todo, femenino, y el más odiado por el masculino, sobre todo, por los que no tenían pelo. Marco era el triunfador, pero había un truco. Su triunfo siempre necesitaba una aprobación: la de Elisa.

El viaje continuó sin que la pareja se dirigiera la palabra. Hubo algún intento por parte de Marco, pero fue imposible. Elisa podía ser cruel y víctima a la vez, una hazaña que muchos no entienden, pero que forma parte de aquellas personas que deciden aguantar por falta de fuerzas y, cuando la angustia puede más que ellas, su arma letal es infalible: la indiferencia.

Llegaron a la estación. Marco miraba a Elisa buscando que ella le pidiera ayuda para coger el equipaje, pero ella no lo hizo. Elisa cogió su equipaje y su abrigo, y bajó del vagón. Por su rostro, se podía deducir que le hubiera gustado coger otro tren, pero, esta vez, sola.

La brillante pareja de portada de disco de vinilo estaba saliendo de la estación cuando Marco recibió una llamada.

—¿En serio? No me lo puedo creer. Lo sabía —dijo Marco mientras su pelo se cambiaba de un lado a otro a medida que él ejecutaba el baile de la felicidad.

La gente miraba a Marco mientras Elisa resoplaba esperando que el baile del macho terminara y los espectadores los dejaran ir a casa a dejar veinte kilos de equipaje que de inmediato tendrían que ser metidos en la lavadora. Elisa solo pensaba en lo que le tocaba al poner un pie en su pequeño hogar.

—Te lo dije, Elisa, lo he conseguido; los he vendido todos. Lo sabía —gritó Marco para espanto de Elisa que, cada vez que lo miraba, era posible que lo que pasaba por su mente fuera de todo menos legal.

—¿Nos vamos de una vez? —respondió Elisa dándole un mazazo en toda la cara a la ilusión de Marco mientras este se contenía por no decirle que ella nunca se alegraba por nada de lo que él hacía.

Marco no dijo nada.

* * *

—Hola, Ana, sí, hemos llegado —contestó Elisa por teléfono mientras intentaba colocar con la otra mano algunas camisas en la percha del armario—. Creo que podremos bajar en un rato. Espéranos en La Hora del Té.

La Hora del Té era como un bar-cafetería-pastelería donde se reunían Ana, Claudia y Elisa para hablar, bien o mal, de cualquier persona o cosa que se les ocurriera. Esos momentos tan interesantes que compartimos con los demás en los que sale de todo: tus verdades, tus miedos, tus mentiras, tus dudas... Un lugar donde te defiendes de los ataques y atacas para vengarte o desahogarte de algo. Todo ello adornado por una conversación, desde luego, gratificante y sincera que muestra siempre las bondades de la amistad verdadera.

—No entiendo a Elisa —replicó Marco dirigiéndose a Ana—, he vendido todos los coches de segunda mano que he comprado. No solo he recuperado la inversión, sino que he ganado mucho dinero y mírala, como si nada.

—Solo colocas mercancía en un almacén y juegas a ser Dios. Podríamos habernos quedado sin nada —replicó Elisa—. Has invertido todo nuestro dinero. ¿Cómo quieres que esté? ¿Tú sabes las horas extra que tengo que hacer para conseguir que mi cuenta corriente sea un poco agradable a la vista?

—Lo he recuperado, Elisa, y ahora tenemos más. Dime, ¿qué has hecho tú además de quejarte? —gritó Marco bajo la atenta mirada de Ana que no podía sacar los ojos de Marco queriendo asesinarlo—. Siempre haces lo mismo: quejas, malas caras... Si al menos te organizaras mejor, seguro que podrías aportar algo más de lo que aportas, pero no. Yo lo intento y tú... ¿Qué haces tú? Mirarme como si hubiera matado a alguien; hacerme creer que soy un indeseable. No sé qué más quieres. Lo tienes todo casi sin mover un dedo. ¿Sabes qué? Yo me largo...

—Uy, menudo carácter —murmuró Ana mientras Marco cogía su chaqueta y se iba—. No sé cómo lo aguantas.

Ana era muy alta. A veces parecía que su columna vertebral no se podía doblar y que, por ello, debía permanecer siempre recta. Nunca se maquillaba y su piel era pálida y apenas sin brillo. Su color de pelo oscuro, el cual metía siempre detrás de las orejas, dejaba ver dos perlas que recordaban que nadie, nadie, se podía meter con ella sin salir malherido. Las perlas son un símbolo de seriedad y de poder de mando. Cuando una mujer con pelo oscuro lleva perlas, puedes empezar a temblar.

—Calla, Ana. Si es que me he vuelto a pasar, ves, ahora me quedo hecha polvo. A veces no me doy cuenta de que él lo hace por nosotros, de que por lo menos lo intenta y yo... yo no siempre se lo pongo fácil.

—No, no caigas en ese error, Elisa. No lo hace por ti ni por nadie; lo hace por él. Mientras se apunta un tanto, está en posición de reprocharte que tú no lo has conseguido. Uno a cero, ¿recuerdas? Como en el fútbol. Es así, él gana, tú pierdes, y después, te lo restriega.

—No, Ana, tú no lo conoces como yo.

—La que no lo conoce eres tú, Elisa. Me parece que hay que tener mucha cara para dejarte a cargo de todo mientras él se va de viaje a hacer sus negocios.

—Pero trae dinero y yo apenas junto nada después de tirarme horas guardando ropa. Marco tiene razón y encima ni siquiera lo felicito. Qué desastre —reflexionaba Elisa.

—Ese es tu problema, Elisa. No soportas la situación y él te acaba convenciendo de que es un héroe para que te sientas una inútil y no lo dejes plantado, que es lo que se merece.

—¡Vale ya, Ana! —dijo Elisa—. Espera —continuó—, creo que me está sonando el teléfono. Hola, mamá... Es mi madre —dijo Elisa a Ana mientras tapaba el auricular del teléfono—. Y ¿quién es esa Manuela? —preguntó Elisa—. Ah, de acuerdo, ya se lo diré a Claudia para ver qué le parece.

Elisa colgó el teléfono con un gesto de resignación.

—Mi madre quiere que la hija de una amiga suya, Manuela, conozca a Claudia para que haga unas cuantas prácticas en la peluquería. En qué líos me mete todo el mundo. Ahora tendré que reunirme con Claudia y esa tal Manuela y pasar un mal trago; sonreír y hacer que me importa mucho que esa chica progrese en la peluquería con Claudia.

—¿Con Claudia? —preguntó Ana—. Claudia le chupará la energía a esa pobre chica.

—No seas mala, Ana, Claudia tiene lo suyo, pero la ayudará seguro.

—De verdad, Elisa, ¿eres así o te pagan por tener los ojos vendados? Claudia solo se quiere a sí misma. Esta solo será una víctima para que ella se pueda lucir un poco más.

Elisa miró a Ana con una media sonrisa mientras cogía su abrigo y su bolso dispuesta a marcharse de la cafetería.

—Adiós, Ana, céntrate en buscar trabajo y deja de querer arreglar la vida de los demás. Voy a ver a Marco. Te llamo.

—Vete a ver a tu pobrecito novio, que seguro que está llorando en el sofá.

—No seas mala —gritó Elisa casi desde la puerta.

—Llámame cuando Claudia conozca a esa tal Manuela. No me lo quiero perder. ¡Me

aburro mucho! —dijo Ana elevando la voz para que Elisa lo escuchara casi desde la puerta.

—Se nota —volvió a gritar Elisa ya saliendo del bar—. Te llamaré.

* * *

Elisa llegó a su casa y se encontró a Marco tirado en el sofá con el mando de la tele en una mano y un cigarro en la otra. Él no la saludó ni la miró.

No era una casa demasiado grande y nada pegaba con nada: un sofá con una manta encima pegado a la ventana era el sitio preferido de Marco. Ahí se podía pasar horas mientras miraba al infinito disimulando que ese infinito era la pantalla de un televisor. Cualquiera cosa que aquella pantalla escupiera por la boca a Marco le venía bien.

Era neurótico y obsesivo, pero siempre había tenido la prudencia de narcotizarse con la televisión en vez de hacerlo con pastillas o con alcohol, aunque para el caso era lo mismo: sedarse y no pensar. El pensamiento te engancha y te puede llevar a sitios oscuros donde quizás no quieras entrar y Marco era de esas personas que no querían entrar porque, para calmar su miedo, ya estaba ella.

Elisa sintió que el corazón se le encogía. Los remordimientos se apoderaron de ella como si una mano con las uñas largas le agarrara el vientre y no la dejara respirar. Cualquiera persona querría soltarse de esas zarpas que la aprisionaban, que le quitaban la respiración. «Haz algo —decía una voz en su interior—. No podrás estar tranquila si él no está bien. Tienes que hacer algo».

Elisa dejó su abrigo todavía con el dolor de aquellas garras en su estómago.

—Marco, lo siento.

Él no la miró.

—Marco —dijo Elisa mientras se arrodillaba suavemente a la altura de su cabeza buscando su alivio, no el de él.

Marco se giró levemente y miró a Elisa con los párpados casi cerrados; su cabello, como no, también se movió. Las manos de Marco eran grandes. Bastó con que uno solo de sus dedos se deslizara por la mejilla de Elisa para que ella... cediera una vez más.

—Elisa, sabes que juntos podremos superar todo esto; lo hago por ti, por mí, por los dos. Si no me apoyas, me siento sin fuerzas —continuaba diciendo Marco mientras sus rostros se juntaban con un leve y encantador movimiento difícil de resistir. La voz de Marco no se podía igualar a ninguna otra que Elisa hubiera escuchado jamás.

A medida que Marco la tocaba, Elisa sentía cómo esas garras afiladas soltaban su estómago. Ya no sentía presión. Marco estaba bien y ella, tranquila. Ya no había peligro. Todo seguía igual que siempre y lo que era igual que siempre, para Elisa, era una bendición.

* * *

Por la mañana la magia se había roto de golpe con dos turnos de trabajo seguidos para

la joven.

—No vendré en todo el día. Comeré con Ana y con Claudia. Después esperaremos a Manuela, la chica de la que te hablé.

Marco estaba terminando de vestirse mientras Elisa repasaba su lista de tareas con el fin de dejar todo listo para poder ir a trabajar y no sentir la angustia durante el día de todo lo que tendría que hacer al llegar a su casa. Pensar y pensar era una de las neurosis de Elisa.

En su trabajo todo era diferente. Su obsesión la traspasaba al resto de las personas y, en vez de pensar en lo que tendría que hacer de noche, pensaba en cómo sería la vida de cada una de las personas con las que se estaba cruzando. No era tarea fácil. En el almacén, lo único que había era gente portadora de cosas, es decir, mujeres, en su mayoría, que cargaban con pilas de ropa de un lado a otro sin dejar ver en su rostro ninguna pista, pero Elisa había adquirido la habilidad de saber leer entre líneas o, más bien, entre expresiones. Un despiste en el rostro de cualquiera de sus compañeras y Elisa encontraba un motivo para pensar, pensar y pensar...

Marco seguía en el espejo con su habitual rutina. A Marco solo le hacían falta tres movimientos para estar brillante por la mañana: un pantalón, una camisa y cualquier jersey, chaqueta o bufanda. Mientras hacía estos tres movimientos, su pelo, como siempre, se iba colocando solo. El resto del tiempo lo dedicaba a tomar un café, que podía durar horas, mientras leía el periódico o encendía la televisión; Elisa, mientras tanto, ya se había recorrido más de treinta veces la casa dejando todo impecable para no tener qué pensar sobre ello el resto del día.

—Elisa —grito Marco desde la cocina cuando se dio cuenta de que ella estaba a punto de salir por la puerta—, se me olvidó comentarte que voy a hacer una pequeña fiesta. Alfredo me deja su local por una noche.

Alfredo era el dueño de un pequeño pub situado justo debajo de su casa. Era un lugar donde Marco y cuatro amigos tomaban copas mientras se metían en todos los líos que encontraban. Mejor eso que engancharse perdidamente al televisor todas las noches, o tal vez no; al fin y al cabo, Marco seguía haciendo lo mismo: cambiar una droga por otra.

Elisa se dio la vuelta y volvió a entrar en el domicilio. Se acercó poco a poco a la cocina con los ojos cada vez más abiertos.

—¿Qué me estás diciendo, Marco?

—Solo será una pequeña fiesta. No es nada malo querer celebrar algo que has conseguido, creo yo. ¿O también vas a estar en contra de que celebre algo después de tanto trabajo?

—¿Me estás diciendo que vas a ir otra vez con Alfredo, que te acabará liando toda la noche, que no pararéis de beber y después estarás, como siempre, quejándote una semana de todas las cosas que debes hacer para mantener las amistades mientras yo no me molesto en hacer nada? —insinuó Elisa con esa especialidad suya de hacer sentir a la otra persona como si todo lo que hiciera estuviera acabando con su salud.

—Vale, no te cansas de criticar, está claro —replicó Marco mientras cogía su abrigo y

salía dando un manotazo.

Una vez más, Marco salía antes que ella mientras Elisa ya había consumido la mitad de su energía antes de salir por la puerta de su casa.

Elisa tuvo suerte. En el trabajo las chicas tenían especial interés por hablar entre ellas y ese parloteo entretuvo su mente durante bastantes horas. El invierno se estaba acercando y, con él, los planes para las compras de Navidad, las quejas por las comidas a las que casi ninguna tenía ganas de asistir, los kilos que iban a engordar, el dinero que se iban a gastar...

Elisa tenía otros asuntos en la cabeza como para preocuparse de esas cosas, pero le resultaba curioso pensar por qué esas chicas sufrirían tanto en Navidad de manera innecesaria, por qué iban a dar por hecho que iban a engordar si eso tenía la tan simple y conocida solución de no comer más de lo que debían. ¿Por qué tenían que gastar dinero si no les apetecía o, en el peor de los casos, aquello dejaría su cuenta temblando?

Entre estas y otras cosas pasó muy rápido la mañana y Elisa acudió a su cita con Ana y con Claudia para comer. Cuando Elisa llegó, Ana y Claudia ya la estaban esperando.

—Llegas tarde, como siempre —dijo Ana mientras mantenía su postura erguida, su pierna cruzada y sus dos perlas a la vista tras haber metido el cabello tras sus orejas.

—No le hagas ni caso, Elisa... Te encuentro guapísima como siempre; qué ganas tenía de verte —dijo Claudia con una euforia más esperada de lo habitual en una amiga que ves casi todos los días y que sabes que no tiene nada que contarte y que, tras ese saludo, casi todo lo que salga de su boca será inventado.

Claudia era dueña de un salón de belleza para mujeres. Vivía en la ilusión de que nadie más que ella sabía lo que le hacía falta a otra mujer para sentirse bien consigo misma. Cualquier descuido de debilidad de su clientela era aprovechado por Claudia para alimentar su insaciable apetito por sentirse imprescindible. Todo esto lo hacía de manera inconsciente. Nadie es tan perverso como para actuar así; quizás creyera que al mundo le hacía falta sus servicios o, quizás, que tendría que conseguir a clientas con las que reafirmar su postura de superioridad. Claudia, como casi todo el mundo, no era mala, solo estaba, como casi todo el mundo, confundida.

—Gracias, Claudia —respondió Elisa todavía sofocada por la carrera que se había dado para llegar de manera digna a su cita.

—No me mires así, Ana —intervino Elisa tras ver a Ana mirándola como si el hecho de llegar tarde supusiera que tendría que rellenar el documento 216 del departamento de justicia financiera, ya que la multa para pagar podría suponer el embargo de todos sus bienes con la posterior repercusión de que sus herederos no cobraran un duro—. No es el fin del mundo; yo vengo de abrir y cerrar cajas de ropa. ¿Tú de dónde vienes?, ¿de ponerte las perlas en las orejas?

—No digas ni una palabra más sobre mis pendientes. Que tú no puedas comprar perlas no significa que no pueda llevarlas yo.

Elisa abrió sus ojos y miró a Ana como si todo el calor que había acumulado entre kilos y kilos de ropa quisiera escupírselo en su cara, pero Elisa no lo iba a hacer. Elisa nunca

hacía eso, aunque lo pensara.

—Venga, chicas, dejadlo ya, vamos a pedir algo para comer —dijo Claudia—. Me lo comería todo. Ah, ya sé, podemos pedir un plato cada una y así probamos un poco de todo lo que hay. Quizás deberíamos pedir un plato abundante en común para las tres y después cada una uno diferente, así realmente estamos comiendo cuatro platos y...

—Quiero un bocadillo, gracias —interrumpió Ana de manera un tanto brusca mientras Elisa le daba una patada bajo la mesa por ser tan insolente.

«Son las perlas; tienen que ser esas malditas perlas», pensó Elisa mientras trataba de entender por qué Ana era a veces tan insultante.

—Claudia, yo compartiré plato contigo si te apetece. Venga, elige tú —continuó Elisa.

Ana echó la vista hacia arriba mientras Elisa la miraba de reojo, un gesto que tenía muy ensayado en sus horas y horas de trabajo en el almacén.

—Ana, no pasa nada. Si quieres pedirte un bocadillo, nadie te obliga a que pidas otra cosa —respondió Claudia cambiando su amable gesto por el de la más absoluta arrogancia en cuestión de segundos.

Claudia era mutable. Cambiaba de actitud según le convenía. No era muy alta, no tanto como Ana, pero sí tenía un cuerpo voluptuoso, cara redondeada y melena castaña al viento. Era capaz de generar distintas personalidades en poco tiempo. Según ella, era algo que había aprendido en la peluquería: si quieres encantar, tienes que ser encantadora; si quieres respeto, tienes que ser digna y, si quieres éxito, tienes que perseguirlo.

Ana comió su bocadillo mientras Elisa y Claudia compartían sus manjares. Tenían tanta hambre que casi no hablaron mientras degustaban unos cuantos kilos de grasa metida en pan, frituras variadas y bastante fécula.

Ana fue la primera en terminar. Mientras a Elisa le estaba costando dar los últimos bocados, Claudia seguía disfrutando pasar el pan por los restos de aceite del plato. Tras limpiarse la punta de sus dedos largos con la punta de una servilleta, algo que ponía muy nervioso al camarero y de lo cual se dio cuenta Elisa mirando, como siempre, por el rabillo del ojo, Ana soltó una gran noticia, al menos para ella. Las amigas siempre están para aplaudirte esa buena noticia, aunque crean que es el mayor error de tu vida.

—Bien, queridas amigas —dijo Ana mientras observaba a Claudia y a Elisa terminar el succulento manjar de cafetería barata—. Vais a dejar de criticarme y echarme en cara que tengo todo el tiempo del mundo, que por eso llego primera a todas partes y que soy una repugnante criticona.

—Nosotras nunca dijimos eso —contestó Claudia todavía con el pan grasiento dando vueltas, junto con su lengua, en aquella boca pequeña y fina, pero con mucha cabida.

Ana hizo un gesto de resignación ante las palabras de Claudia y continuó:

—He encontrado trabajo.

—Qué bien, Ana —se apresuró Claudia a contestar ya con la boca vacía de comida salvo algún trozo que le podría haber quedado en sus dientes lo suficiente separados como para eso.

—Por fin, tras haberme apuntado a casi todas las empresas de búsqueda de empleo, me han llamado para ser comercial.

Hubo un silencio de unos pocos segundos entre las tres chicas, el suficiente para adoptar la postura correcta ante una amiga y darle la enhorabuena por algo que no sabían si estaba bien o mal. Dicen que el diablo actúa rápido en nosotros, casi sin que te des cuenta; de hecho, es extraño darse cuenta porque vive en nosotros de una manera natural y nos tienta a cada segundo con el caramelo que nos resulta más cómodo. Definitivamente, hemos subestimado su poder.

—Eso es estupendo, Ana —contestó inmediatamente Claudia antes de que el silencio pudiera ser más molesto.

Tras ver la reacción de Claudia, Elisa decidió tomar la misma dirección. Elisa no era tan decidida. Su carácter era reflexivo, pero se dejaba arrastrar con facilidad ante cualquier situación con tal de no mover un dedo para solucionarla.

—Me alegro por ti, Ana, y, dime, en qué consiste exactamente tu trabajo como comercial —preguntó Elisa tras haber cumplido de manera airosa la parte protocolaria de la felicitación.

—Voy a vender cuchillos.

Se hizo silencio.

—Ah, qué bien —continuó Claudia, un poco más desinflada por la emoción.

—No son unos cuchillos cualesquiera. Son unos cuchillos eternos; no necesitas afilarlos y, además, tienen unos diseños preciosos, muchos colores para elegir, y un montón de accesorios de regalo para la cocina. Estos cuchillos se venderán solos —argumentó Ana pareciendo casi un anuncio de la teletienda.

—Ana, si tú estás contenta, adelante —dijo Elisa mientras bebía un poco de agua para no tener que mirar directamente a Ana y que, por lo tanto, se le notara que aquella noticia a ella le resultaba de absoluta indiferencia; bastante tenía ella con lo suyo.

—Bueno, chicas, habrá que irse a La Hora del Té, No vamos a hacer esperar a esa chica, ¿cómo se llamaba...? Manuela, a ver qué puedo hacer por ella —dijo Claudia evitando hacer ningún comentario más tras haberse dado cuenta de que el tema de Ana le interesaba poco y que lo que de allí saliera no era, en cualquier caso, asunto suyo.

Claudia se levantó y fue al baño mientras Ana y Elisa terminaban de recoger sus cosas, ocasión que aprovechó Ana para hacer lo que más le gustaba: un juicio y una sentencia.

—De verdad, Elisa, lo de Claudia es imparable. ¿Tú has escuchado su frase? «A ver qué puedo hacer por ella». ¿Pero qué se cree, que a la gente hay que rescatarla de algo o de alguien? Que te pida ayuda no significa que sea una pobre infeliz a la que haya que hacerle un caminito con migas de pan para que después tengas un súbdito más al que pedirle que te adore y te devuelva el favor.

—Ana, vale ya, te estás excediendo. Todavía no sabes ni qué quiere Manuela ni cómo va a reaccionar Claudia y ya te estás adelantando, como siempre —reaccionó Elisa.

Ana miró fijamente a Elisa un poco dolida. Ana, con la aparente frialdad de alguien que lleva perlas en las orejas, tenía la necesidad de que la escucharan, de que entendieran lo

que ella veía con tanta claridad y que a veces le nublabla la razón y la convertía en una mujer tiesa e insoportable.

—¿Nos vamos ya? —dijo Claudia regresando del aseo con el abrigo en la mano y dispuesta a conocer a quien, según Ana, sería su nueva víctima.

Ana no dijo nada más. Cogió sus cosas, se metió el pelo detrás de las orejas y siguió a las chicas; Elisa miró a Claudia por el rabillo del ojo.

Las chicas llegaron a La Hora del Té y se sentaron a su mesa habitual. Siempre se dirigían a esa mesa si estaba libre, algo parecido a lo que ocurre en las familias a la hora de comer: siempre se sientan en los mismos sitios, como si hubiera una jerarquía aceptada por el resto que alega que lo hace «porque no lo piensa». Es «la costumbre».

Las chicas, al parecer, tampoco pensaban y se habían acostumbrado, como casi todos, a lo de siempre.

Manuela tardó unos minutos en aparecer, y, cuando por fin entró por la puerta de la cafetería, miró un poco despistada hasta que Elisa le hizo un gesto con la mano. Manuela se dirigió hacia aquella mesa en la que todavía no había asignado un sitio para ella, pero lo habría. Miró a Elisa, Elisa miró a Ana, Ana miró a Claudia y Claudia se miró a sí misma.

Capítulo 3: La llamada

—De verdad, Elisa, vuelves otra vez a caer en sus redes. Ahora Marco quiere hacer una fiesta y además un martes; no tiene sentido, ¡un martes! ¿No puede hacerla un sábado como la gente normal?

—El sábado el local está lleno de gente. No se lo puede ceder ese día; perdería dinero. Ya sabes cómo bebe la gente los sábados por la noche —dijo Elisa con cara de haber tenido que dar una explicación que era más que obvia.

—Pues ya sabes lo que te espera: tres días en cama con el señorito de mal humor —dijo Ana.

—No sé cómo siempre estáis con esta discusión —continuó Claudia—. Tú, Ana, siempre te metes en su vida, y tú, Elisa, siempre acabas entre los dos. En vez de perder el tiempo en tonterías, deberías centraros un poco más en sacar algo de provecho a vuestro tiempo, no sé, tal vez arriesgaros un poco más y aventuraros a hacer proyectos diferentes en vez de quejaros continuamente la una con la otra.

En ese momento, Ana le hubiera arrancado a Claudia la mitad de su lacia cabellera, esa que se suponía que cuidaba tan bien en su «magnífica peluquería», esa peluquería a la que nunca debería faltar porque no existía otra. Ella y solo ella sabía lo que todo el mundo necesitaba. Ana le hubiera dicho eso y más a Claudia, sobre todo, tras haber visto lo que había ocurrido hacía diez minutos en la cafetería con Manuela, la nueva e ingenua incorporación, pero Ana no dijo nada.

Las tres amigas se despidieron en la calle. Manuela ya tenía su sitio; ya había sido bautizada, etiquetada y colocada. Le tocaba empezar el banquete con una invitada más.

* * *

Elisa, como siempre, llegó a casa con mucha más información en la cabeza de la deseada. Quedar con las chicas era siempre un arma de doble filo. Por un lado, se entretenía y escuchaba a las demás, y eso evitaba que pensara en cualquier otra cosa; por otro, siempre le quedaba la duda de si lo que allí ocurría era solo un sueño, una ilusión, si había algo de verdad en su micromundo hecho de una mesa, unas sillas y un café.

—¿Qué tal el día? —dijo Elisa tras cruzar la puerta que la conduciría en línea recta al sofá preferido de Marco, un chaise longue situado debajo de una ventana que daba a unas espantosas vistas de un edificio en construcción del cual salía una grúa cuyo color anaranjado, que es lo más bonito que pueden tener las grúas, se había ido por completo.

Marco la miró fijamente.

—¿Sigues enfadada por lo que ocurrió esta mañana? —preguntó Marco mientras se levantaba de su sofá para dar un cariñoso beso en la mejilla a Elisa.

Marco tenía una ventaja, y era que, en cualquier movimiento que hiciera, ocurrían dos cosas: su pelo siempre acababa en el sitio perfecto y sus movimientos, lentos y firmes,

dibujaban una línea armoniosa en la que solo faltaba la suave música de una banda sonora de película americana. Elisa nunca había sabido si Marco era consciente de su tremendo poder; de hecho, Marco vivía confundido pensando que sus poderes eran otros: la ambición y la absoluta convicción de que era poseedor de toda la verdad, si era que, en alguna parte, había algo que fuera verdad.

A Elisa le flaqueaban las fuerzas cuando veía caminar a Marco. Pensaba que no podía luchar contra él debido a su poder de manipulación y a su capacidad para salirse con la suya, pero contra lo que no podía luchar Elisa no era eso; era contra su movimiento, contra su armoniosa y perfecta danza.

—La fiesta será mañana martes a partir de las doce de la noche. Espero que vengas; diles a las chicas que vengan también. Rectifico: a Ana mejor no le digas nada —insinuó Marco mientras caminaba de un lado a otro—. Acabará haciendo que no solo me odies a mí, sino a cualquier persona que esté a tu alrededor —terminó diciendo mientras sus piernas, tras haber recorrido toda la casa, ya estaban perfectamente colocadas en el sofá sin que él se hubiera dado cuenta.

Elisa, tras ver aquellas piernas, asintió, y se fue.

* * *

El vestido de Elisa para la fiesta era negro, su color preferido. Hacía juego con su cabello y resaltaba sus ojos azules. Después de haber ojeado, como de costumbre, a sus compañeras, haber subido y bajado escaleras con kilos de ropa y haber pensado en Marco y en su estúpida fiesta, tuvo poco más de cinco minutos para elegir esa prenda. Fue la primera que vio antes de salir por la puerta. Tras mirarla un poco por encima, decidió que le serviría y, si no le servía, poco le importaba. En su mente estaba llegar a casa y sentarse unos minutos antes para asimilar la idea de tener que bajar a la maldita reunión de borrachos. Sus emociones estaban ya servidas incluso antes de que sucediera algo, Elisa ya había decidido: aquello iba a ser un infierno lo quisiera ella o no lo quisiera.

Elisa todavía no se había arreglado para el evento. Finalmente, llegó a un acuerdo con Marco y ella iría más tarde con las chicas para no tener que aguantar a sus amigos, esos a los cuales, al día siguiente de la fiesta, su chico condenaría por haberlo liado hasta las tantas de la mañana y haberlo convertido en un despojo humano.

Elisa seguía sentada pensando en todas las cosas que quería dejar arregladas antes de asistir al evento de la semana en el cual Marco era, como siempre, el triunfador. El triunfador, mientras Elisa intentaba calcular cuantas botellas de aceite y litros de leche tendría que comprar para la semana siguiente.

Marco estaba terminando de vestirse y solo vestirse, pues a estas alturas ya había quedado claro que a Marco no le hacía falta nunca un peine. Para la ocasión, el triunfador se puso una camisa negra muy ajustada con una americana marrón con motivos de leopardo en mostaza. Nadie más que él podría ponerse una americana de leopardo, pero el triunfador sí podía porque era su día, su fiesta, y porque él sentía unas enormes ganas de sacar su energía a modo de saber siempre lo que había que hacer, aunque, sin que él

lo supiera, su energía eran sus pasos de un lado a otro de la casa, su pelo de un lado a otro de su cabeza y sus ideas de un lado a otro de su mente.

Por fin, Marco estaba a punto de irse mientras Elisa todavía no estaba vestida. Se había entretenido demasiado tiempo pensando en la lista de la compra, pero sin mover un solo músculo del sofá para apuntarla en algún lado, con lo cual, se le había olvidado todo. Una vez más, su tiempo no había servido de nada; Elisa muy pocas veces se movía.

—Adiós, Elisa —dijo Marco antes de salir por la puerta no sin antes darle un beso en la mejilla a la joven pensadora—. No tardéis mucho en venir. Parecerá raro si llegáis muy tarde. —Al triunfador no le gustaba que nada pareciera extraño o, más bien, que nada pudiera hacer pensar que él cometía algún error.

Tras ver a Marco salir de casa, Elisa suspiró, cogió su vestido negro y se lo puso. Elisa no lo sabía, pero ella también sabía moverse, aunque se creía torpe y descuidada. Creía que nada de lo que hacía tenía importancia; creía que nada de lo que se pusiera encima la iba a hacer brillar, pero esa noche Elisa también brillaba, al igual que el resto de los días en los que, de manera automática, miraba siempre a los demás por el rabo del ojo.

* * *

—¿Te has dado cuenta de que Manuela solo sabe hablar del tiempo? —preguntó Ana a Elisa con la copa en la mano ya metidas de lleno en la fiesta del triunfador.

Manuela había sido invitada a una de las fiestas de Marco. Eso era un síntoma claro de que Manuela era una más. Se supone que esto es una de las mejores cosas que te pueden pasar. Ser aceptada en un grupo de amigas donde empiezan a incluirte en sus planes y te ceden un lugar en su mesa favorita de la cafetería favorita es un triunfo. Lo que nunca sabemos del todo esto es qué hay detrás de un grupo en el que eres aceptado: un clan, una secta que te atrapa... ¿Qué intención hay detrás de la inclusión de un miembro nuevo?

—Ana, por favor, no empieces. Manuela es buena chica; solo se siente un poco extraña. Es normal. Acaba de conocernos y Claudia la ha invitado a la fiesta; la pobre niña ni siquiera ha tenido valor para decirle que no —dijo Elisa.

—Exacto, querida amiga —continuó Ana—, ese el problema. Claudia la ha atrapado como si fuera una víctima, la va a exprimir en la peluquería, la corregirá delante de todo el mundo, la hará sentir insignificante a su lado, que es lo que a ella le gusta para destacarse.

—¡De verdad, Ana, para ya! —contestó Elisa—. ¿Tú te escuchas? Pretendes que alguien se acerque a ti hablando así de todo el mundo. ¡Es que no descansas nunca! No sé por qué estás con la gente si no paras de hablar y de hablar sobre lo que tiene o no tiene que hacer. Supongo que, si me doy la vuelta, harás lo mismo conmigo. Como sigas así, te quedarás sola. Deja ya de querer salvar a todo el mundo de las garras de algo como si fueras imprescindible y quítate esas perlas, ¡por dios!

Ana no dijo nada. Ana solo podía hablar cuando alguien callaba. Ana olía la poca

energía de la gente y era ahí donde ella podía actuar. La energía de Elisa esa noche era el alcohol. La esperanza de Ana era que, al día siguiente, cuando no hubiera alcohol, Elisa podría ser otra vez su víctima y ella podría seguir llevando sus perlas con orgullo.

Tras una hora y media en la celebración, a Marco no se le notaba ni una gota de sudor; su chaqueta estaba intacta y su sonrisa, perfecta. Elisa llevaba ya media hora resoplando. Su piel le había absorbido parte del maquillaje debido al calor. El lápiz de ojos, humedecido por el lloriqueo continuo de sus ojos debido al humo, se desparramaba cual cascada por las ojeras de Elisa, unas ojeras que empezaban a tomar color tras un día pesado de subir y bajar kilos de ropa en el almacén. Los ojos azules de Elisa, a esas horas de la noche, ya habían perdido una vez más, todo su protagonismo.

—Manuela, ¿qué tal lo estás pasando? —preguntó Elisa con intención de que la chica estuviera a gusto y con intención también de evitar mirar hacia Marco, no solo para ver si ya estaba borracho como una cuba a esas horas, sino para no comprobar por enésima vez que, mientras a ella la había venido a visitar la luna en forma de ojeras y piel porosa, él seguía intacto con su pelo en el mismo sitio y todavía sin agujetas después de que sus piernas no hubieran parado de moverse en toda la noche; eso sí, sin que él lo supiera.

Manuela era una chica joven, no llegaba a los treinta años, mientras que las chicas estaban ya cerca de los cuarenta, excepto Ana que tenía cuarenta y dos, y esos dos no eran sus perlas, eran sus años. Elisa no quería aprovecharse de su juventud para sentir ese cierto aire petulante propio de las que creen que todavía te queda mucho por vivir, cuando, por cierto, tú todavía no has vivido casi nada, por lo menos, que lo podamos comprobar.

La joven Manuela era de estatura baja, tez pálida y ojos de color castaño claro. Su melena también era marrón, su camiseta también marrón y su falda, también marrón. La chica de marrón estaba un poco perdida. No habría aceptado jamás esa reunión de no haber sido por su insistente y escandalosa mentora, Claudia.

—Hola, chicas, ¿dónde está Ana? —preguntó Claudia mientras se acercaba con una copa en la mano y apoyaba la otra en la espalda de Manuela bajo la atenta mirada de Elisa, eso sí, por el rabillo del ojo—. Quiero que estéis todas para explicaros los planes que tenemos Manuela y yo.

—¡Ana! —gritó Claudia con la segunda copa en la mano.

Ana apareció metiéndose el pelo tras las orejas, síntoma inequívoco de que empezaba la fiesta (o la danza) entre las cuatro chicas. Venía de hablar con Marco, algo extraño en ella, porque el uno y el otro no se podían ni ver, pero el alcohol, eso es lo que tiene, hace amigos hasta a los peores enemigos.

—¿Qué pasa, Claudia? —dijo Ana mientras se hacía un hueco con la cadera entre Manuela y Elisa—. Con haberme hecho un gesto habría sido más que suficiente; no hace falta que metas ese grito en una fiesta con tanta clase.

La fiesta, como Marco la había llamado, no era más que una reunión de amigos que, en su interior, veían la realidad como ellos querían verla: triunfadores en medio de la nada que creían tener en sus manos a Dios, jóvenes sumergidos en la ilusión de haber

conseguido en unos días con unas cuantas artimañas más de lo que muchos no habrían conseguido en toda su vida. Ese, por supuesto, no es el problema, el problema es que se creían sus propios títulos de magos de la nada solo por ver transformada su cuenta corriente. Esa ilusión les hacía estar más vivos y, también, más borrachos.

Tras haber obviado el insolente comentario de Ana, Claudia se disponía a hacer lo que más le gustaba: dar una conferencia de las múltiples habilidades resolutivas de las que disponía; eso sí: siempre que encontrara a alguien en quien volcarlas. Ana necesitaba una víctima a la que salvar para seguir llevando sus perlas y Claudia, una a la que perseguir para seguir creyéndose imprescindible. Claudia no solo comía, y mucho, por fuera, también necesitaba comer, y mucho, por dentro.

—Chicas, Manuela empezará a peinar dos días a la semana conmigo en la peluquería. Tiene muy buenas manos, aunque, claro, es muy joven y necesita algunas habilidades tanto técnicas como de trato con la clientela —dijo Claudia mientras tocaba con la mano el pelo marrón de la chica de marrón.

Ana empezó a irritarse sin saber muy bien por qué. Sus manos comenzaron a sudar y sus pies no se quedaban quietos. Comenzó a mirar hacia un lado y hacia el otro sin que una sola palabra saliera de su boca. Elisa la miraba también sin decir nada.

—Pero no solo eso —continuó Claudia—. Elisa vive en una preciosa casa; si la vierais... tan llena de luz, unas cristaleras preciosas desde donde se puede ver todo el verde de su jardín. Hemos decidido que vamos a crear un ambiente para hacer dos días a la semana una sesión exclusiva de belleza en la que unas cuantas clientas selectas pasarán una tarde haciéndose todo tipo de tratamientos mientras charlamos y tomamos café y pastas o cualquier cosa que se nos ocurra para merendar. ¡Va a ser genial!

La mujer de marrón, parecía ser, no se había dado cuenta de que vivía en un palacio, algo que Claudia había sabido ver enseguida, lo mismo que enseguida se había dado cuenta de cómo sacarle partido.

—Supongo que todo esto lo haces para que Manuela, el día de mañana, pueda valerse por sí misma como peluquera, verdad, Claudia —insinuó Ana tras haber apaciguado su movimiento de pies y haber conseguido centrar la mirada de nuevo en la conversación.

—Ana, cariño, que tú empieces a vender cuchillos no significa que los demás no busquemos la manera de poder ayudar a otro. ¡Por supuesto que lo hago para conseguir que Manuela sea una buena peluquera! Llevo muchos años en el negocio y cientos de clientes a mis espaldas. Estoy poniendo mi experiencia al servicio de otros. ¿Sabes lo que eso significa? Ah, no, perdón que tú solo sacas defectos a otros, ya no me acordaba —sermoneó Claudia mientras cogía un bocadillo de una de las bandejas de canapés situada justo a su lado.

Ana sudaba, sudaba más de la cuenta. Su mandíbula se puso tan tensa, que lo siguiente serían unas dolorosas contracturas en el cuello que le impedirían dormir. Elisa cerró los ojos y terminó la copa de un trago. Claudia miró su bocadillo y le metió un buen bocado, y la chica de marrón querría haber huido de allí en aquel mismo momento.

Elisa ya tenía suficiente alcohol en el cuerpo como para coger a Claudia por el brazo y

hacer algo que siempre le daba mucha pereza: decir lo que pensaba.

—Claudia, te has pasado. Me tenéis harta las dos; no paráis la una con la otra y yo siempre en el medio. ¿Qué quieres?, ¿espantar a esta pobre chica? ¿Era necesario decirle eso a Ana? Sé que Ana puede ser muy impertinente, pero tú no te quedas corta. Tampoco te vengas arriba y comiences a decirle a todo el mundo lo poco importantes que son sus vidas mientras tú te crees imprescindible; tú no eres imprescindible para nadie, ni Ana ni yo lo somos. Tú solo eres una peluquera, fin de la historia —gritó Elisa bajo la mirada estupefacta de Claudia, quien no daba crédito a las palabras de Elisa, a la cual parecía haberla poseído el mismo demonio en forma de alcohol y pocas horas de sueño.

—Elisa, ¿qué sucede? —preguntó Ana apresurando el paso para salvar a su amiga.

—¿Ahora vienes tú? —dijo Elisa mientras su enfado aumentaba por momentos al verse acorralada por sus amigas sin más escapatoria que su copa, y, tal vez, Marco—. Dejadme las dos en paz. Siempre acabáis igual; no tenéis ni idea del estrés que supone ver cómo sacáis el monstruo la una con la otra. No tenéis ni idea de lo que es estar en el medio sin poder hacer nada por callar a dos perras rabiosas. No hay quien os aguante, ni tú, ni tú —señalando a Claudia y a Ana— sois mejor una que la otra; ni yo tampoco por estar en el medio callando y asintiendo como si fuera imbécil.

Marco miró a Elisa desde la otra punta de la sala; algo en ella llamó su atención, esta vez no era él el que bailaba. Era ella y su baile despertó en él las ganas de dejarlo todo e ir a ver qué estaba sucediendo.

—Elisa, ¿qué sucede aquí? —preguntó Marco mirando a las chicas y a Elisa, ah, y también a la mujer de marrón, que quizás por su color de pelo, ropa y ojos, hacía que fuera invisible pese a tener un palacio.

Marco ya no tenía la chaqueta de leopardo puesta, solo la camisa negra y cada vez más desabrochada, pero daba igual cómo estuviera. Era perfecto y punto.

Las chicas miraron a Marco y a Elisa. Vieron la perfección de sus caras, de sus miradas, y sintieron que ni una ni la otra tenían suerte, solo Elisa y Marco, o quizás solo Marco, o quizás, solo Elisa. ¿Quién de este triángulo era el afortunado? ¿En qué puesto es mejor estar? ¿Quién es mejor? ¿Quién sufre menos?

—Marco, me quiero ir —dijo Elisa con demasiado alcohol en su cuerpo—. Vámonos, por favor.

Marco volvió a mirar a las chicas, incluida a la chica de marrón. También miró a sus amigos y a los invitados. Vio a lo lejos su chaqueta; miró el suelo, las copas vacías y los bocadoillos de las bandejas. Miró todo y decidió no seguir mirando, no seguir pensando.

—Sí, Elisa, vámonos.

Marco avanzó lentamente hacia la silla bajo la atenta mirada de las chicas y de los invitados. Su paso era firme, perfecto. Volvía a comenzar su movimiento con unos zapatos de piel negra brillantes, limpios, perfectos, que se ajustaban a sus pies como guantes. Marco no era consciente de su poder; los demás, sí.

Hipnotizados por el magnetismo del muchacho, la sala quedó en silencio, solo caminaba

él y, mientras lo hacía, el resto no era capaz de decir ni una sola palabra. Marco estaba a punto de llegar a la silla y coger su chaqueta de leopardo negra y mostaza; le quedaba muy poco. Solo había caminado quince o veinte pasos, lo suficiente para que la sala se rindiera a sus pies. El ruido de la suela contra la baldosa, ya húmeda y sucia a esas horas, era el sonido de un rey pisando el mármol de su palacio, pero Marco nunca era consciente de eso. Marco estaba poniendo todo su foco en el punto equivocado: Elisa. Marco estaba furioso pese a haber sido el auténtico rey de la fiesta los dos últimos minutos solo por haber caminado quince o veinte pasos.

Elisa y Marco salieron del local y todo comenzó a moverse de nuevo. Uno de los camareros miró hacia la barra y comenzó a recoger los vasos, llenos todavía con bebidas calientes y apestosas. El camarero intentó borrar el primer pensamiento que le vino al ver esas copas, un pensamiento de asco por imaginar que alguien pudiera beberse algo que olía tan mal, pero consiguió borrar esa idea y pensar: «Mañana es otro día».

Al ver al chico recogiendo los vasos, otros se animaron a recoger también algunas botellas y restos de comida, comida mojada por el alcohol derramado en las bandejas. Las caras de repugnancia eran obvias, pero siempre hay un pensamiento que puede con todo: «Mañana será otro día».

Los invitados cogieron sus abrigos, se despidieron unos de otros. Nadie dijo ni una palabra: «Mañana será otro día».

Las chicas salían por la puerta hablando de sus cosas. No pasaba nada: «Mañana será otro día».

El local cerró sus puertas, y, tras dar la última vuelta a la llave, un único pensamiento recorrió la mente de todos los invitados: «Aquí no ha pasado nada; nunca pasa nada. Mañana será otro día».

* * *

Elisa se quitó los restos de maquillaje. El algodón que pasó por su rostro no mejoró las cosas. No solo no había conseguido mantener buena cara en la fiesta, sino que había tenido que comprobar cómo, al deshacerse del panel de purpurina y colores, aquella mujer era irreconocible. Marco fumaba en el chaise longue.

Elisa salió del baño; Marco no le dirigió la palabra. Ella paseaba buscando atención, pero sus señales de humo no surtieron efecto en el hombre de los pies perfectos. Nada de lo que Elisa hacía tenía tanta fuerza para sacar al rey de su furia. Elisa, finalmente, se fue.

Esa noche no hubo más palabras. Elisa se soltó el pelo antes de acostarse, una enorme melena que le hubiera conseguido convertirse en una reina en dos segundos, el tiempo justo que aquellos mechones caían por su cuello hasta los hombros, pero ella no lo sabía.

Ana también estaba en su habitación. Se sacó las perlas, pero, esta vez, en vez de dejarlas a la vista en su mesita de noche, las metió en el joyero. Se sujetó el pelo con las dos manos y se observó. «Quizás debería hacer un cambio de pelo, otra forma, otro color, tal vez», pensó delante del espejo. El pensamiento duró poco; inmediatamente, soltó las

manos de su cabello y se metió en la cama, eso sí, sus perlas seguían en el joyero.

Claudia se sintió un poco indispuesta; quizás habría comido demasiado. Se hizo una infusión. Mientras tomaba la infusión, pensó: «Quizás no debería comer tanto», pero se acordó de que, al día siguiente, tendría una comida con unos proveedores. Dejó la infusión a medias y se acostó.

Manuela estaba en su palacio, ese que ella no terminaba de ver como tal. Tenía que coger un pijama para acostarse y no sabía cuál elegir. Tenía tres pijamas en el cajón: uno marrón y beis, otro marrón y blanco, y un tercero marrón y chocolate. Decidió que estaba muy cansada y no cogió ninguno. Durmió vestida, pero, aunque no se diera cuenta, durmió como siempre, vestida de marrón.

Marco fumó tres cigarros seguidos antes de acostarse. Mientras caminaba hacia el baño, se dio cuenta del ruido que hacían sus zapatos contra el parqué y le gustó. Volvió a caminar y le gustó. De repente, se miró al espejo y se fijó en su pelo, nunca se fijaba en él. Estaba completamente despeinado, pero eso a él nunca le había importado.

Se fue a la habitación todavía furioso, pero con la intención de acostarse y dormir. El día siguiente sería otro día..., pero no para él. A altas horas de la madrugada, Marco recibió una llamada.

Capítulo 4: La extraña misión

—Elisa, sal del baño ya —insistió Marco tras golpear con los nudillos repetidas veces la puerta cerrada con llave—. ¿Podemos hablar tranquilamente un momento por favor?

—¿Ahora quieres hablar? —respondió Elisa sentada en el taburete del baño todavía con el pijama puesto y sin poder moverse ni para lavarse la cara.

—Vale, Elisa, los siento, sal y hablamos —continuó Marco, un poco desganado, pero con intención de arreglar las cosas y poder tener un día tranquilo.

La noche anterior les había pasado factura a los dos. Elisa apenas había dormido y tenía la peor cara que podía recordar en mucho tiempo, y Marco, Marco no había podido pegar ojo, pero, esas imperiosas ganas de hablar con Elisa tras no haberle dirigido la palabra la noche anterior eran síntoma de una nueva trama. Marco nunca se disculpaba si no era por su propio interés.

Elisa salió del baño. Acabar una discusión no era su fuerte; siempre se agotaba antes de tiempo y eso era una baza que Marco sabía aprovechar muy bien. Elisa era vaga y él lo sabía.

Marco miró a Elisa justo cuando esta abrió la puerta del baño y puso toda su atención en su rostro. Quería ver y estudiar cualquier gesto para recabar toda la información necesaria antes de hablar. A Marco, como a cualquier estratega, le gustaba conocer el terreno en el que iba a actuar; necesitaba saber lo que pensaba su enemigo para evitar cualquier contratiempo que le hiciera perder la batalla; Marco nunca perdía las batallas, él no.

Tras comprobar que Elisa salía, como siempre, cabizbaja y despeinada, decidió intervenir; eso sí, entraría de una forma suave. Nunca se sabe por dónde puede salir una persona aparentemente frágil; nunca sabemos hasta qué punto la fragilidad de alguien puede dar salida, de repente y sin avisar, al más duro de los ataques.

—Por fin sales, me estaba empezando a preocupar —dijo Marco mirando un poco desconfiado a Elisa—. Si no te vistes pronto, no llegarás a trabajar —continuó Marco no sin perder de vista los gestos de Elisa en todo momento.

—No voy a ir a trabajar hoy; no me encuentro bien, llamaré y diré que estoy enferma y, si me descuentan el día, me da igual. No puedo moverme casi y todo por esa estúpida fiesta.

Ahí estaba, Elisa por fin había hablado. Marco se lo intuía casi desde el momento en que Elisa había cogido la manilla de la puerta del baño para salir. Elisa había soltado la bomba y Marco no iba a dejar escapar esta batalla. Marco siempre tenía que ganar en todas. Su alma de guerrero mandaba, le daba órdenes, y él las cumplía.

—No me lo puedo creer, Elisa —dijo Marco inclinando su largo cuello hacia delante a la vez que se echaba las manos a la cabeza—. ¿Cómo puedes estar tan ciega, ser tan egoísta y, podría añadir, incluso, malvada?

—¿Perdona? ¿Me estás llamando mala? Pero ¿tú quién te crees que eres? ¿Tú sabes

cómo he ido yo a esa maldita reunión de borrachos? He ido arrastrada, cansada, casi sin dormir y ¿todo para qué? Para que tú te luzcas con tu horrible chaqueta de leopardo y te pavonees dándotelas de empresario del año delante de esos falsos y aprovechados a los que tú llamas amigos... ¿amigos de quién? De nada, ni de nadie, solo del mismo demonio que eres tú disfrazado de triunfador de pacotilla.

Marco sintió que estaba flaqueando. El precio de no dormir debido a esa llamada a medianoche le estaba empezando a pasar factura. No soportaba que Elisa pudiera tener un discurso demasiado tiempo. Era vaga para discutir, pero, cuando sus entrañas se llenaban de información y la sentía rebotar, el resultado era inevitable: sus energías aumentaban mientras que las de él disminuían por minutos. No era una lucha entre dos personas. Era una lucha de barriles de combustible en la que uno se llenaba a costa de vaciar al otro.

Elisa había terminado de soltar su discurso. Estaba furiosa y Marco debía ser rápido; tenía que cambiar la estrategia si no quería que esta batalla se le fuera de las manos.

—Vale, Elisa, entiendo que estés cansada, entiendo todo, tienes razón. Quizás me he excedido, lo siento —dijo Marco mientras caminaba de un lado a otro del salón con las manos en la cintura.

Elisa paró en seco su furia y se fijó que Marco llevaba una camisa azul cielo, una camisa que siempre lo había favorecido. También se fijó en sus pasos caminando por el salón, en su olor a limpio y recién duchado. Entonces, Elisa no dijo nada más.

—Me voy a trabajar. Cuando vuelva espero que te comportes como una persona normal y pueda de una vez hablar contigo —dijo Marco mientras cogía el abrigo y lo metía bajo su brazo.

Elisa lo miró. Todavía no había hecho nada y ya se daba por vencida. Estaba furiosa con ella misma por ceder siempre ante lo mismo: antes sus palabras; ante su rostro, limpio y cuidado; ante su pelo, libre y perfecto.

Elisa se dirigió de nuevo al baño, se miró al espejo, recogió su melena y se volvió a mirar. Su piel estaba descuidada y sus ojos azules esta vez no podían dar luz a sus marcadas ojeras. Se odió a sí misma por unos instantes, instantes que se hicieron eternos porque se negaba a escuchar la realidad y eso la hacía sentirse aún peor y mucho más indefensa. Elisa terminó con ese momento de angustia, como siempre, mirando hacia otro lado; después se metió en la ducha.

—Venga, Elisa, ven con nosotras y charlamos —dijo Ana intentando convencer a Elisa de que saliera de casa y quedara con ellas para comer—. Sé que estás enfadada. Lo del otro día no fue agradable, pero ya sabes cómo suceden estas cosas. Empieza uno sacando un tema y los demás lo seguimos. Es cuestión de olvidarlo y ya está.

«Olvidarlo y ya está». Estas palabras no pasaron desapercibidas para Elisa. Elisa no era de las que olvidaban y ya está, pero esa era la manera de actuar de todo el mundo y Elisa debía aceptar las reglas si quería que las cosas continuaran como siempre. A veces, tú no mandas en los acontecimientos y no siempre las puedes retener a tu lado como a ti te gustaría, o crees, ilusoriamente, que te gustaría.

—De acuerdo, Ana —dijo Elisa perdiendo la segunda batalla cuando tan solo eran las diez de la mañana—. Nos vemos a la hora de comer.

* * *

Manuela llevaba los labios pintados de rojo, la misma barra de labios que Claudia. Las dos llegaron juntas al restaurante donde las amigas habían quedado para comer y así olvidar el incidente de la noche anterior.

La última en llegar fue Elisa. Esta vez Ana no quiso hacer ningún comentario sobre su impuntualidad. Primero había que esforzarse en olvidar; no era el momento de poner las cartas sobre la mesa.

Ana y Elisa se sentaron juntas y, enfrente, Claudia y Manuela.

—Manuela, mejor coloca tu bolso en esta silla que está libre. Si lo cuelgas del respaldo de la tuya es posible que se caiga al suelo y se manche o se desparrame todo lo que tengas por el suelo; aquí, donde yo te lo pongo, está mucho más seguro —dijo Claudia haciendo un movimiento seco y limpio mientras cogía el bolso de Manuela y lo llevaba de una silla a otra como si fuera una bolsa con mandarinas.

Las chicas de los labios rojos se miraron bajo un gesto mutuo de complicidad. Manuela parecía encantada con los cuidados de Claudia y esta no podía estar más feliz con una oveja nueva para su rebaño. Una vez más podría lucirse ante los demás dando el sermón a sus amigas sobre lo que se había hecho bien o mal; al fin y al cabo, de ella dependían muchas cabelleras diariamente. Ella decidía sobre si una mujer estaría guapa o no, no solo por fuera de su cabeza, sino por dentro.

—Chicas, ya sé que cuesta empezar estas conversaciones, así que lo haré yo —dijo Claudia mientras cogía un trozo de pan de la cesta que el camarero les había puesto antes de servir la comida—. No ha estado bien lo que hemos hecho ayer por la noche, nada bien. Deberíamos aprender de nuestros errores y rectificarlos. Es una pena que nos enfademos solo porque no sepamos controlar lo que bebemos —continuó diciendo mientras cogía el segundo trozo de pan de la cesta bajo la mirada del resto de las chicas, que ya suponían que habría que pedir una segunda.

Tras escuchar el discurso de Claudia, Elisa se echó un poco de agua en el vaso, Ana miró el teléfono y Manuela cogió el último trozo de pan que quedaba en la cesta emulando a Claudia.

—No tengo ganas de hablar de ello. Estoy de resaca —dijo Ana tras mirar el teléfono por segunda vez.

—Yo creo que lo que ocurrió ayer es un síntoma claro de que no nos entendemos —dijo Elisa mientras a Ana se le caía el móvil; a Claudia, el pan, y a Manuela, tras mirar a Claudia, también se le cayó el pan—. Estaba claro que esto iba a ocurrir. Manuela, siento que tengas que escuchar esto, pero antes de que acabes igual que nosotras debes saber que no todo es tan bonito por si quieres salir corriendo.

Manuela miró a Elisa y por primera vez, dijo algo:

—No te preocupes, Elisa; estas cosas pasan en todas partes. Tampoco creo que debas

darle tanta importancia —dijo Manuela mientras miraba a todas las chicas a la vez buscando, quizás, alguna cara de complicidad.

Antes de que las chicas pudieran decir nada a las palabras de Manuela, Claudia le dio unas palmaditas en la espalda en señal de aprobación bajo la atenta cara de asco de Ana que, debido a que no estaba el horno para bollos, decidió no enseñar sus perlas ni atacar con su conocida lengua de almirante de artillería.

—Venga, Elisa, no dramatices —dijo Claudia en señal de apoyo hacia Manuela—. Solo fue el alcohol, la noche, el ruido... Tampoco creo que haya pasado nada grave...

Elisa no lo tenía del todo claro; sí que había pasado, pero no tanto por las discusiones de las chicas, sino por el rey de la fiesta, el cual, sin saberlo, había retirado a su paso todas las caretas, solo con sus pasos...

—Cuando me levanté por la mañana para ir a la peluquería de Claudia, hacía un día precioso. Ahora parece como que quisiera llover —continuó Manuela mientras esperaba por la comida y la segunda cesta de pan.

Elisa la miró y no dijo nada, Ana volvió a mirar el móvil y Claudia le dejó su pintalabios. La comida fue la salvación para las chicas. No hay nada que no arregle la glotonería; mientras hay comida, no hay discusión. No en vano a los niños, cuando lloran, se les amaina su llanto con comida. Con el tiempo terminan por ser grandes glotones y utilizan el alimento como sustituto, quizás, del amor. Elisa tenía hambre, Manuela también tenía hambre; Ana miraba el teléfono, pero también se sentía hambrienta, y Claudia, nunca había perdido el apetito.

—Bien, chicas, qué bien se queda una con la barriga llena —dijo Claudia tras haber acabado de comer, postre incluido—. ¿Veis? ya volvemos a ser las mismas de siempre. Aquí no ha pasado nada.

Elisa seguía sin verlo, pero, si cuando estaba en plena forma no solía discutir, con la resaca era imposible.

—Venga, Elisa, ya está. No seas pesada y alegre esa cara —continuó Ana, que, al parecer, también le había sentado de maravilla la comida.

—Está bien, vosotras ganáis, olvidemos todo esto. Al fin y al cabo, somos las de siempre y volveremos a discutir una y mil veces —dijo Elisa con tono de resignación.

—Eso es —continuó Claudia—. Propongo un brindis con lo que nos queda en los vasos. ¡Arriba esas copas, chicas! Por nosotras, nuestros triunfos, nuestros méritos, nuestras ambiciones...

Las cuatro chicas brindaron porque seguían juntas y porque era posible que pocas cosas las separaran, al menos mientras ellas mismas averiguaran qué era aquello que les hacía volver siempre al mismo sitio, al mismo lugar, para acabar, de manera inevitable, haciendo siempre lo mismo.

Tras el brindis, cogieron sus abrigos, pagaron la cuenta y se dispusieron a salir del restaurante de camino a La Hora del Té.

—¡Sabía que al final saldría el sol! Lo escuché esta mañana en la radio. Creo que estará así de soleado el día durante el resto de la semana —dijo la chica de marrón, en ese

momento, con labios rojos.

—Parece que vamos a tener parte meteorológico para rato —dijo Ana por fin enseñando sus artes escondidas durante la comida debido a la enorme resaca que, claramente, estaba empezando a desaparecer. La chica de marrón con los labios rojos era, a partir de ese momento, la chica de marrón del tiempo con labios rojos.

Elisa sabía lo que pensaba Ana de Manuela; pensaba que era infantil y que no se enteraba de nada, que hablar con ella sería como hablar con un mueble. Intentar que profundizara en cualquier cosa era algo inútil. La chica del tiempo con labios rojos caminaba entre los algodones y no tenía ningún interés en bajar a lo más profundo, algo que a Ana le encantaba. Allí era donde solía estar todo lo negro, lo que a ella le gustaba escarbar, donde ella podía atacar, justo donde dolía. Manuela, estaba claro, no se lo iba a poner fácil.

Mientras caminaban, Elisa miraba al infinito, con mejor cara, pero al infinito. Claudia no tenía nada que comer o beber, así que, tuvo que hablar y, para variar, lo hizo de sí misma y de sus planes con Manuela; mientras, Manuela, solo miraba y sonreía.

—Manuela y yo iremos hoy por la tarde a arreglar su casa y ambientarla para comenzar a hacer nuestras tardes de peluquería. Ya hemos decidido que serán las tardes de los jueves y viernes. De esta manera, el fin de semana nuestras clientas estarán peinadas y con buena cara —dijo Claudia mientras miraba a Ana antes de que se le ocurriera volver a soltar los improperios del día anterior que habían llevado a las chicas a discutir. Ana miró el móvil—. Ya lo hemos pensado. El salón de Manuela tiene una cristalera enorme, desde la cristalera se puede ver todo, hay mucha luz, la luz es fundamental para ver con claridad, no hay nada que no se vea con nitidez si un cristal está limpio.

Ana echó un eructo.

—Perdón, continúa —dijo Ana excusándose por su ordinariez.

Claudia no se había ni inmutado por aquello, así que continuó con voz clara y rotunda los planes que tenían las dos peluqueras, mejor dicho, los planes de Claudia. Manuela solo llevaba su pintalabios y daba el tiempo.

—Vamos a sacar los muebles del salón; los pondremos en la habitación de al lado en un cuarto que casi no se usa, así Manuela podrá tenerlo de salita de estar por si quiere ver la televisión —continuó hablando Claudia como si solo existiera su vida y la del resto fuera inferior, o, en todo caso, no tan intensa como la suya—. Llevaré unas sillas de peinar que tengo guardadas en el trastero, son las sillas antiguas de la peluquería, de cuando yo empecé. Es cuestión de lavarlas un poco y listo.

»También llamaré a un almacén de productos y accesorios de peluquería. Los conozco mucho; trabajé con ellos un montón de veces. Seguro que me hacen precio, hemos acudido a eventos y galas juntos. Estarán encantados de echarme una mano cuando vean mi nuevo proyecto, incluso puede que me lo copien —sugirió Claudia echando una leve sonrisa de complicidad al grupo.

—Ah, que bien, parece una buena idea —dijo Elisa habiéndose perdido en el infinito a mitad del discurso—. Y tú, Ana, ¿qué tal con los cuchillos?

Claudia no pudo evitar reírse ante esa frase, eso sí, por una vez, de manera discreta.

—Recibiré hoy la mercancía y las instrucciones. Al parecer tengo una hoja de ruta que me marcará los lugares donde tengo que vender el producto, cada zona tiene una estrategia diferente, puesto que también sus habitantes son distintos; no es lo mismo vender en una zona cuyos habitantes tiene poder adquisitivo que venderlo en una zona donde los sueldos de las familias son más bajos.

—Si quieres, yo puedo ayudarte con eso, Ana —propuso Claudia bajo la atenta mirada de Elisa, que, en esos momentos estaría pensando que ese comentario a Ana le iba a gustar poco o nada.

—No, Claudia, gracias, esto es algo más complicado que el hecho de que la gente entre en una peluquería. Hay que hacer lo que se llama un estudio de mercado. ¿Sabes lo que es?

—Claro que lo sé. El mío lo he hecho yo misma en función de años de experiencia sabiendo lo que quiere cada una de mis clientas, aprendiendo a leer entre líneas y escuchando a los demás. Espero que tú, poco a poco, vayas haciendo lo mismo.

—Qué bien que mañana mismo puedas empezar, Ana —dijo Elisa antes de que otra vez la dama de las perlas y la peluquera se enzarzaran en una discusión para ver quién era la vendedora del año.

No hizo falta que Elisa interviniera más para evitar una discusión. A escasos metros de La Hora del Té, estaba Marco esperando a Elisa.

—Elisa, Marco está en la puerta de la cafetería. ¿Habéis quedado? —preguntó Ana siempre interesada en esa relación que ella nunca había entendido.

—No, no hemos quedado; qué extraño —respondió Elisa.

Elisa apresuró el paso dejando atrás a las chicas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Elisa.

—No coges el teléfono y tenía que hablar contigo.

Elisa abrió el bolso y comenzó a revolver sus cosas.

—Es verdad, me lo debo haber dejado en casa. Estoy un poco dormida. ¿Qué ocurre?

—Tengo que contarte algo y no podía esperar. Llevo toda la noche sin dormir; necesito decírtelo ya. Pensé que vendrías por aquí en algún momento. ¿Podemos hablar?

Elisa miró hacia atrás y vio a las chicas que ralentizaban su paso para no molestar.

—Espera un momento; les aviso a las chicas y vuelvo —dijo Elisa bajo la atenta mirada de sus expectantes amigas que esperaban impacientes escuchar lo que Elisa les tenía que decir.

—No puedo ir con vosotras. Marco me está esperando; nos vemos en otro momento...

—¿Sucede algo? —preguntó Ana un poco inquieta ante la visita inesperada de Marco.

—No creo, ya sabes, él siempre necesita hablar de algo; no será nada importante. Adiós

—dijo Elisa girándose apresurada para ir de nuevo al lugar en donde se encontraba Marco.

Las chicas esperaron a que Marco y Elisa se retiraran de la puerta de la cafetería para buscar un lugar en donde hablar. Una vez que se fueron alejando, ellas entraron en La

Hora del Té, como de costumbre; pidieron al camarero café y té, y Claudia, un trozo de tarta.

—Ana, te has quedado un poco pensativa al ver a Marco —dijo Claudia observando la mirada un poco perdida de Ana.

—Marco siempre hace lo mismo. Estoy segura de que querrá meterse en otro lío si es que no se ha metido ya y, claro, para ello necesita convencer a Elisa de que lo apoye en una nueva aventura que traerá la felicidad a sus vidas. Vamos, lo de siempre —dijo Ana muy segura de sus predicciones.

Ana a veces asustaba, no tanto por el tamaño de sus perlas, que también asustaba, sino porque parecía conocer siempre lo que iba a suceder y, en caso de Elisa, incluso más que en cualquier otra persona. Esto agobiaba mucho a Elisa, que, aun así, era fiel a su amiga y escuchaba todos sus consejos y sermones. A Claudia, sin embargo, no le hacía mucha gracia la actitud de Ana. Consideraba que se metía en la vida de las personas sin que nadie se lo hubiera pedido y que hacía demasiados juicios sin tener la certeza de que las cosas fueran como ella siempre pronosticaba.

—Ahora que no está Elisa, que ya sabes que lo pasa mal cuando discutimos, tengo que decirte, Ana, que te pasas un poco metiéndote con Marco. Tu actitud no la ayuda; al contrario, la confunde —sentenció Claudia con bastante firmeza.

—Ahora me dirás que todo esto lo sabes por experiencia, porque, claro, conoces muy bien la vida de las personas, ya que cortas cabezas a diario —replicó Ana no sin antes meterse su pelo negro detrás de las orejas.

—Yo no corto cabezas, arreglo el pelo de mis clientas para conseguir una buena imagen —contestó Claudia mientras apoyaba sus brazos sobre la mesa en forma de cruz—. No voy a discutir contigo sobre esto por mucho que estés deseando que nos volvamos a enfrentar. No, yo no. Voy a tomar el café, mi trozo de tarta y no diré más sobre este asunto.

Mientras Claudia y Ana tenían esta conversación, la chica del tiempo con los labios rojos miraba hacia una y hacia otra revolviendo su café y esperando para poder decir que, quizás, al día siguiente el día estaría un poco más nublado que ese día.

Marco y Elisa, por su parte, se fueron caminando en busca de un lugar para hablar. Marco quería sentarse a beber algo y Elisa quería que le diera el aire; Marco cedió. Se sentaron en un banco.

Marco solía poner una pierna sobre la otra cuando estaba sentado, como si simplemente la apoyara... como el que apoya un bastón. Una vez apoyada la pierna, utilizaba su mano para sujetarla para evitar, así, que se resbalara; las manos que sujetan algo siempre dan tranquilidad.

Elisa supo que había encontrado la postura perfecta para dirigirse a ella; solo hizo falta que girara la cabeza y la mirara fijamente.

—¿Has comido bien? —preguntó Marco.

Marco quería saber si Elisa estaba en condiciones óptimas de humor para empezar a enrollarla en un nuevo plan. Si Elisa se dejaba llevar por la conversación, él la envolvería

lentamente con un hilo de seda hasta que ya no pudiera salir de su capuchón invisible; Marco no era consciente de esta sutil táctica, todo esto en él salía de forma natural sin que lo supiera.

—Estoy mejor; comer algo me ha sentado bien —contestó ella mucho más relajada. El hilo había comenzado a enroscarse ya bajo sus pies.

Marco miró al frente unos segundos para volver a girar bruscamente su mirada hacia los ojos de Elisa. El hilo seguía subiendo por las piernas.

—Ayer recibí una llamada —dijo Marco con el cuello tan erguido que dejaba ver su enorme nuez al descubierto y los poros de su cuello de punta por el frío. El hilo estaba ya en la cintura.

Marco cambió la postura, colocó sus rodillas alineadas y sus codos se apoyaron con delicadeza sobre ellas. Se acercó un poco más a Elisa y volvió a mirar al frente.

—Me gustaría que vinieras conmigo a un sitio. Es importante para mí.

Mientras decía estas palabras, giró su cabeza de nuevo hacia Elisa, esta vez cerrando primero los ojos para después volver a abrirlos a dos escasos centímetros de los de Elisa; el hilo había cubierto ya todo su cuerpo.

—¿A dónde? ¿Qué sitio? ¿de quién era esa llamada? —contestó Elisa envuelta en seda.

Marco cogió la mano de Elisa.

—Elisa, si esto sale bien, podremos mudarnos lejos de aquí, tener una casa mucho mejor que esta y no tendrás que levantarte nunca más para ir a ese almacén a coger ropa. Elisa, estoy hablando muy en serio.

Elisa lo miró, el frío y la claridad del día hacía visibles todos los poros de la piel de Marco. Su pelo olía a limpio, su abrigo a nuevo y su mano estaba caliente. Elisa estaba demasiado cansada para decir nada, cansada, y envuelta en seda.

—He recibido una llamada, ahora da igual de quien, y han pensado en mí para llevar a cabo una especie de misión —dijo Marco mientras observaba cada uno de los gestos de Elisa por muy sutiles que estos fueran—. Tengo que conseguir unos documentos sobre los movimientos bancarios de una empresa que se dedica a vender productos en una plataforma digital. La competencia necesita saber la rentabilidad de esta empresa y cuál es su estrategia para conseguir hacer ellos exactamente lo mismo y poder competir.

»La empresa que ha requerido mis servicios; se ha puesto en contacto con la competencia de manera anónima intentando averiguar cómo consiguen tantas ventas y cuál es su modus operandi, pero ha sido imposible. Se cree que detrás de esto hay un programa informático que trabaja solo y que esa es la clave de que todo funcione de manera rápida y muy productiva.

—¿Qué historia es esta que me estás contando? —preguntó Elisa apartando la mano de Marco de golpe e intentando salir de su nido de seda—. Nada de lo que me estás diciendo tiene el más mínimo sentido.

Marco se dio cuenta de que no iba a ser fácil; tendría que cambiar de táctica. Cambiar de táctica siempre pasa por cambiar de postura, así que lo primero que hizo fue girarse hacia ella y volver a poner una de sus piernas sobre la otra.

—Sé que todo esto te está pareciendo extraño, pero, escucha, la cantidad de dinero que me van a pagar solo por recoger una caja con documentación es más que suficiente para retirarnos de este pueblo e ir a vivir a donde queramos. Tengo el dinero de la venta de los coches y ahora tendré más; listo, podemos irnos cuando queramos y...

—Espera, Marco, ¿tú te estás escuchando? —interrumpió Elisa—, ¿pretendes que me crea que alguien te va a dar una grandiosa suma de dinero por coger una caja? ¿Me tomas el pelo?

Esta vez iba a hacer falta algo más que bonitas posturas e hilo de seda para que Elisa no saliera huyendo ante el disparate que estaba escuchando. Lo que todavía ignoraba Elisa era que el disparate todavía no había terminado. Marco dejó para el final lo que casi todo el mundo deja: la guinda del pastel.

—Elisa, no quiero que te enfades por lo que te voy a decir ahora. Por una vez, intenta escucharme y confiar en mí. Necesito todo tu apoyo en esto, hasta tal punto que necesito que vengas conmigo.

—Me estás asustando —dijo Elisa muy consciente de que ese no era su mejor día para discutir.

Marco volvió a colocar sus piernas juntas en el suelo y volvió a apoyar sus codos sobre las rodillas. Cruzó las manos y, bajando la cabeza, apoyó los nudillos en la frente; esperó unos segundos y volvió de nuevo su mirada de manera brusca hacia Elisa.

—Elisa, solo te pido que me escuches unos minutos más —continuó Marco sin muchas esperanzas de que aquello fuera a salir bien—. Tengo que meterme en una especie de túnel, un pasadizo subterráneo cuya puerta está camuflada por la maleza del descampado que hay cerca de nuestra casa. Es un pasadizo que utilizan ciertas empresas para pasarse información o, incluso, algunas personas influyentes para pasar dinero o documentación prohibida. Solo tengo que llegar al final y un grupo de personas me estará esperando para darme la caja; fin del asunto, eso es todo.

—A ver, Marco —dijo Elisa esta vez sin ganas de enfadarse, puesto que la situación la había dejado tan alucinada que el solo acto de intentar comprenderla le había chupado toda la energía. Eso y el alcohol de la noche, claro—. ¿Un túnel secreto?, ¿unas personas que pasan cosas de un lado a otro? ¿Tanto dinero solo por pasar un túnel? y, lo más importante, ¿por qué demonios tendría que ir yo?

—No tienes que venir —dijo Marco cogiendo las manos de Elisa de una manera suave para evitar su rechazo—, pero me gustaría que lo hicieras; no sé lo que nos vamos a encontrar ahí, pero, quizás, alguien con un teléfono en la mano o, tal vez, preparado para ayudar por si el otro lo necesita, me vendría bien.

—Espera, espera —interrumpió Elisa—, ¿tú no estarás viendo demasiadas películas, o te aburres, o pasas demasiado tiempo en la televisión, o bebes demasiado o... no sé. ¿Por qué no se lo pides a uno de tus amigos que tanto quieres y los pones en peligro a ellos en vez de pedirme el favor a mí e intentar meterme en un túnel porque alguien te ha llamado y te ha prometido sabe Dios qué?

—Elisa, quiero que vengas tú. No quiero confiarle a nadie más esto. Y sé que podría

llamar a mis amigos, pero...

—¿Pero qué? —continuó Elisa—, pero no te creerían. ¡Dilo! no pasa nada; no te creerían igual que yo no te creo, pero, claro, ellos se van a reír de ti y se supone que yo no lo haré.

Marco no respondió —algo nada usual en él— a la réplica de Elisa. Se limitó a levantar el cuello de su abrigo y apoyarse en el respaldo del banco. Cruzó los brazos y dirigió su mirada hacia el suelo.

Elisa lo observaba de reojo. No estaba acostumbrada a que Marco se mantuviera en silencio después de que ella contestara. Esperaba una reacción, como de costumbre, y eso, mal o bien, siempre la tranquilizaba. Esa pausa dramática, sin embargo, no le estaba gustando nada.

Elisa se había acostumbrado a la réplica, a las jugadas de tenis donde a veces da uno y otras veces el otro; ahí se sentía cómoda y, aunque no le agradaba, era una situación conocida. El silencio de Marco tras el ataque de ella no era algo que le agradaba en absoluto.

Se mantuvieron unos segundos sin hablarse con la esperanza, por parte de Elisa, de que Marco tomara, como de costumbre, la iniciativa; pero esta vez no sucedió así.

Elisa, todavía envuelta en hilo de seda, aunque ya un poco más liberada, se levantó y se puso enfrente de Marco.

—Me voy a casa; quiero ponerme cómoda y acostarme pronto —dijo Elisa mirando fijamente a Marco.

Marco levantó la mirada del suelo e hizo un gesto con la cabeza para separar dos mechones de pelo que caían sobre sus ojos, el cuello salió ligeramente de su abrigo y los poros de su piel seguían, a causa del frío, demasiado visibles como para no fijarse.

Marco no dijo nada, volvió a bajar la cabeza y, esta vez, metió las manos en los bolsillos a causa del frío. Elisa se fue.

* * *

Eran más de las ocho de la noche y Marco no había vuelto. Elisa se había duchado con toda la calma; se lavó el pelo, se lo secó, se echó aceite en los talones del pie y en los codos. Se puso una mascarilla de arcilla en la cara, se echó crema en todo el cuerpo y no porque quisiera hacerlo, sino por hacer tiempo para ver llegar a Marco y que la espera no se le hiciera tan larga. Todo eso hubiera sido un ritual perfecto para que cualquier mujer se sintiera mimada por ella misma, pero para ella fue todo en vano. Marco no volvía.

Por fin, el teléfono sonó mientras Elisa estaba delante de la televisión sin encenderla.

—Hola, Elisa —dijo Ana desde el otro lado del teléfono.

—Ah, eres tú —contestó Elisa un poco desilusionada.

—¿Estás sola? —continuó Ana.

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—No lo sé, te lo pregunto por si puedes hablar.

—Sí que puedo —contestó Elisa—. Dime, ¿qué quieres?

—Saber cómo te ha ido la tarde. ¿Qué quería Marco?

—Tú no quieres saber cómo me ha ido la tarde. Tú quieres saber qué quería Marco — dijo Elisa esbozando una sonrisa.

—Vale, tú ganas; sí, quiero saber qué quería Marco.

—No sé, Ana, Marco está muy raro. Me ha propuesto algo muy extraño.

—Ya, y habéis discutido otra vez, seguro.

—No, Ana, te equivocas; no hemos discutido y te aseguro que la causa era como para hacerlo.

—¿Qué te dijo? Dispara, me tienes en ascuas...

—No sé si decírtelo. Me parece surrealista. Me da vergüenza contarlo; de hecho, cuanto más lo pienso, más creo que Marco no está bien. No solo por lo que me dijo, sino... por su reacción.

—Qué dis pares —gritó Ana desde el otro lado del teléfono.

—Alguien que no ha querido mencionar le ha hecho a Marco la propuesta más estúpida que he escuchado jamás. Si ya no me gustaban sus negocios de antes, esto me hace pensar que ha perdido completamente la cabeza. Me cuesta pronunciarlo en alto, pero parece ser que le han propuesto meterse en un pasadizo un túnel por el cual cierto tipo de gente o de empresas se pasan información, dinero, o lo que sea que se quieran pasar de forma clandestina. Antes de que digas nada, sí, es un horror; me ruborizo solo de contártelo.

Se hizo un silencio, el segundo silencio del día para Elisa, que estaba empezando a pensar que había un complot por parte de todo el mundo para sacarla de quicio con tanta pausa dramática.

—Ana, ¿sigues ahí?

—Sí, sigo aquí, solo que no dejo de alucinar con este hombre. De verdad, Elisa, por favor, para esto de una vez.

—¿Parar el qué? ¿Qué quieres que haga? Si le digo que no, lo hará igualmente y no lo quiero dejar solo. No puedo hacer nada; no tengo fuerzas para hacer nada más.

—Ese es el problema, Elisa, que nunca tienes fuerzas para decirle de una vez y muy clarito lo que piensas de todo su juego. No quiero que te enfades, pero déjame decirte que se lo permites todo. Solo con que te mire, con que se acerque a ti y te diga cualquier cosa que se le ocurra, ya te tiene bebiendo de su mano.

Elisa escuchaba con paciencia a Ana y no pudo dejar de acordarse de que la noche anterior, en la fiesta, Ana también se había quedado prendada de Marco al igual que Claudia y que Manuela... al igual que todos. No era Elisa; era Marco. Era mucho más fuerte que ella y lo peor era que Marco era mucho más fuerte cuando no pretendía serlo.

—No me enfado, Ana, tienes razón, pero no puedo dejarlo solo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ana sin entender la reflexión de Elisa.

—Marco me ha pedido que vaya con él a ese extraño lugar, el túnel o como quiera llamarlo; no voy a poder dejarlo solo.

—Estás loca —contestó Ana.

—¡No lo entiendes! Irá conmigo o sin mí. No puedo dejarlo solo en esto.

—No lo hagas, Ana.

—Lo haré, sé que lo acabaré haciendo.

—Elisa...

—Te dejo, Ana, tengo que colgar.

Elisa no tenía que colgar. La realidad era que no tenía ganas de seguir hablando con Ana. Su discurso era siempre el mismo desde que había conocido a Marco. Ana se empeñaba en rescatar a Elisa de las garras de lo que Ana creía que era un manipulador, un perseguidor... Pero la realidad era que a Elisa eso no le servía de nada. Elisa estaba agotada de que Ana siempre siguiera sus pasos y la tratara como si nunca pudiera solucionar las cosas por sí misma. Ana la hacía sentir inútil y le impedía pensar con claridad pese a sus buenas intenciones o, por lo menos, aparentes buenas intenciones.

Ya pasaban las doce de la noche y ni rastro de Marco. Elisa optó por tumbarse en la cama, todavía deshecha, y dejar que el sueño se apoderara de ella para, por fin, descansar. En otras ocasiones hubiera sido imposible, pero esta vez tendría suerte, estaba cansada de la noche anterior, de la discusión con las chicas, de las excusas al día siguiente, de los sermones, de los planes absurdos... Estaba, sencillamente..., agotada.

* * *

El despertador sonó como todos los días por la mañana, como si nada pudiera cambiar esa pesada sensación de ver pasar un día tras otro y de que el primer movimiento sea, de manera inevitable, siempre el mismo: primero posar un pie en el suelo y después el otro.

De manera inerte te levantas, vas al cuarto de baño y empiezas a tomar decisiones frente al espejo: te miras la cara y te preguntas si desayunarás antes o prefieres ducharte primero. Es posible que también pienses en que cada día tienes peor cara, que quizás deberías comer un poco más, o menos, porque tu peso no es el ideal; quizás, también creas que deberías ir al gimnasio o quizás cambiar de peinado. Cuando ya te has hecho suficiente daño, te largas del espejo y te vas a la cocina a tomar un café.

En la cocina, coges una taza, si es que encuentras alguna limpia del día anterior; si no es así, piensas durante unos segundos si lavar las tazas o coger un vaso. Gana normalmente la última opción. Calientas el café en el microondas no sin antes pensar que deberías de dejar de usar ese aparato asesino o te morirás de cáncer por culpa de no sé qué ondas, pero lo haces igual y lo harás siempre porque ya estás automatizado y es demasiado tarde para cambiarlo.

Una vez que Elisa había terminado el café de microondas, dejó la taza en el fregadero, se dirigió otra vez al baño para ducharse, pero antes pasó por su cuarto para coger algo de ropa. Entonces se dio cuenta: Marco no estaba en la habitación.

Elisa siempre se daba cuenta de todo demasiado tarde. Primero tenía que maltratarse un poco delante del espejo y después en la cocina. Cuando ya hubo hecho esto, comenzaba a pensar, y después, a mirar por el rabillo del ojo, en este orden.

Marco estaba en el salón, fumando un cigarro en el chaise longue . Elisa no sabía si acercarse o no. Todavía tenía la esperanza de que aquella historia absurda del túnel fuera algo pasajero, que Marco había entrado en razón y que todo estaría olvidado. Elisa quería que las cosas fueran fáciles, que todo se solucionara solo, pero eso pocas veces ocurría.

—¿Has dormido ahí? No te escuché entrar en la habitación —dijo Elisa para intentar romper el hielo.

Marco llevaba un jersey de color gris bastante gastado, un pantalón negro y sus pies estaban desnudos; todavía no se había duchado desde la noche anterior.

Marco miró a Elisa, se levantó y se acercó a ella.

—Elisa, ve conmigo, solo esta vez.

Marco desprendía un olor familiar, un olor que envuelve y protege: el perfume de la seguridad, del hogar, del saber que, mientras estés bajo ese olor, todo lo demás dará igual. Marco no solo sabía danzar, también olía bien.

—De acuerdo, iré.

Así de fácil fue. Marco la besó en la frente durante unos segundos y Elisa pudo seguir oliendo el perfume caliente que salía del cuello de su jersey. No había más preguntas, señorita.

—Me voy a trabajar. Cuando vuelva, hablamos —dijo Marco cogiendo una chaqueta de la silla y colocándosela en el hombro mientras caminaba hacia la puerta.

Elisa también se fue. Tenía un mensaje de Ana en el móvil en el que le avisaba de que tomarían café en La Hora del Té antes de comer. Elisa no respondió; no tenía fuerzas para quedar con las chicas y escuchar los sermones de Ana, los pavoneos de Claudia y tampoco a la chica del tiempo vestida de marrón con los labios rojos.

* * *

Por suerte, la mañana para Elisa en el trabajo no fue muy ajetreada pese a que cada vez estaban más cerca las Navidades. Sus compañeras le preguntaron qué tal estaba, ya que el día anterior no había aparecido por el almacén. Elisa les dijo lo primero que le vino a la cabeza para sacarse de encima conversaciones y comentarios. Ella se sentía más cómoda sola y mirando por el rabillo del ojo mientras las horas pasaban y ella cargaba ropa de un lado a otro de la explanada.

Una vez que hubo acabado su jornada, Elisa dudó si pasarse por La Hora del Té o si, por el contrario, ir directo a su casa. La inercia era muy grande y casi pudo con ella, pero el cansancio era todavía más poderoso y se resistió a entrar. El túnel, o lo que fuera aquello a donde tenía que ir, le consumía su energía tanto como para ni siquiera haberse negado a ir.

Elisa abrió la puerta de su casa y comprobó que Marco ya había llegado, algo demasiado extraño en él, que nunca comía en casa o en cualquier caso llegaba con la mesa ya puesta.

Marco caminaba por el pequeño pasillo metiéndose primero en una habitación y después en otra, saludó desde un cuarto, salió y le sonrió a Elisa con algo de ropa en la mano.

Elisa cerró la puerta de la casa y caminó despacio y desconfiada hacia él.

—¿Qué haces? —preguntó Elisa.

—Estoy cogiendo algo de ropa, ahora te explico.

—Vale, voy a hacer algo de comer —respondió Elisa sin querer preguntar más de lo necesario. Al fin y al cabo, Marco estaba en casa; podría hablar con él sentados en la mesa.

Elisa cocinó un poco de pasta, abrió una lata de atún e hizo una ensalada. Puso la mesa con dos platos, dos vasos, dos manteles y una cesta con servilletas. Trajo una jarra de agua y media botella de vino que quedaba en la nevera.

—Marco, si quieres podemos comer ya.

—Voy —dijo Marco desde otra de las habitaciones.

Una vez sentados en la mesa, Elisa se dio cuenta de que Marco todavía llevaba el jersey gris con el que había estado tumbado toda la noche en el chaise longue, pero daba igual. Marco podía permitirse llevar ropa con la que había dormido, podía permitirse no peinarse, podía permitírsele todo una vez que lo habías visto caminar.

Marco se sirvió el vino.

—Elisa, ya está todo listo; solo quedas tú. Debes coger algo de ropa por si acaso.

—¿De qué me hablas? —interrumpió Elisa—. ¿Nos vamos de viaje?

—No, el túnel, nos vamos mañana.

—¿El túnel?, ¿ropa? ¿No se supone que eso lo haremos en un día? No, espera, no me estarás diciendo que en... eso hay un hotel subterráneo, en el que tendremos que pasar una noche.

—A ver, Elisa, eso lo hacemos en un día, seguro, pero hay que ser precavidos. Si, por lo que sea, no encontramos el sitio a la primera, quizás, puede ser, tal vez... tengamos que echarnos una cabezadita y, por lo tanto, tendremos que llevar ropa limpia —continuó Marco sirviéndose otra copa de vino.

—Marco, ¿de verdad me estás hablando en serio?

—Elisa, solo es por precaución. Vamos por la mañana y de noche estamos de vuelta. De eso estoy seguro. ¿Qué problema hay en llevar algo de ropa? —dijo Marco mientras se limpiaba la boca con la servilleta.

Elisa cogió aire. Prefirió pensar que Marco tenía razón, que en un día todo eso del túnel habría acabado y después... después, casi seguro, otra vez sería todo igual que siempre.

—Nos vamos mañana —sentenció Marco mientras se levantaba de la mesa.

—¿Mañana?

—Sí, temprano, para que nadie nos vea. Coge algo de ropa y tendremos que llevar comida; ya me encargo yo de comprarla por la tarde —se escuchó a Marco ya desde la habitación.

Elisa se levantó con los ojos como platos. Recogió la mesa y amontonó todo en el

fregadero; se calentó un café de microondas y se sentó en el sofá.

Durante unos minutos dudó si llamar a Ana o a Claudia, incluso a la chica de marrón con los labios rojos, pero todavía no estaba preparada para que las demás descargaran lo que fuera que llevaban dentro contra ella.

Elisa siempre había sido un blanco fácil en las tertulias. Su relación con Marco había estado desde el principio como tema de conversación entre las chicas gracias a la terrible tirria que le tenía Ana. Elisa había tenido siempre esa sensación de que, cuando escaseaban los temas de conversación, ahí estaba ella y Marco para vaciar el cubo de problemas, ansiedad y demás porquerías que acumulaban el resto de las personas en su día a día.

Su vagancia para discutir e inapetencia en general para todo no ayudaban demasiado a parar los pies a lo que, en su mente, había tomado forma de pequeños monstruos acuáticos que sacaban su cabeza desde el fondo de un lago para respirar oxígeno.

Este sentimiento la invadió aquella tarde con mucha más fuerza, así que decidió no llamar a las chicas y acabar de una vez por todas con el día del túnel.

No fue tan sencillo librarse de los animalillos acuáticos. Es lo que sucede cuando llevan más de dos días sin verte: todo el mundo quiere saber y saber. O bien echan de menos que a alguien le suceda algo para poder analizarlo, darle consejos, decirle lo que tiene que hacer y regresar a sus casas con la sensación de ser un buen ser humano por haberse preocupado por aquella pobre chica. Si a alguien no le pasa nada, el resto se aburre.

—¡Hola, Ana! —dijo Elisa al ver el nombre de su amiga en el móvil.

—Elisa, ¿qué tal todo? —preguntó Ana—. No te vimos en La Hora del Té y no supimos nada de ti en todo el día. Quería saber qué tal estabas, si todavía seguía en pie esa cosa extraña del túnel que se supone que tienes que hacer con Marco.

Elisa sabía que Ana llamaba para recabar información y se apoderó de ella una clara inapetencia por contarle nada a nadie. Estaba cansada de tener que dar explicaciones de todos sus movimientos y mucho más a Ana, que parecía perseguirla en su particular cruzada contra Marco, la cual empezaba a ser demasiado cansina y quizás exagerada por su parte.

—Todo bien, Ana —dijo Elisa sin pararse a dar más explicaciones.

La respuesta de Elisa no satisfizo la curiosidad de Ana, que quería sacar el tema como fuera y seguir dando rienda a su particular discurso de mujer salvadora de sus amigas de las garras de un enemigo que, por otro lado, se había inventado ella, ya que Marco y Ana no habían cruzado demasiadas palabras desde que se habían conocido.

—¿Todo bien? Si todo está bien, ¿cómo no te pasaste por La Hora del Té antes de ir a comer? —insistió Ana.

—Ana, todo bien, ya está. Nos vamos mañana por la mañana. Es todo lo que te puedo decir. No fui con vosotras porque Marco y yo teníamos que organizar cosas, sin más —aclaró brevemente Elisa para no continuar con la conversación.

—Veo que no quieres hablar; te conozco demasiado bien —dijo Ana dándose por

vencida e intentando que Elisa no se sintiera presionada—. Mira, si no quieres hablar, no hables, pero prométeme que llevarás el teléfono. Yo estaré pendiente en todo momento por si llamas, ¿de acuerdo? Prométeme que lo harás.

—De acuerdo, lo haré —contestó Elisa sabiendo que, si aceptaba, Ana se daría por servida de su interrogatorio en cierto modo fallido—. Solo te pido una cosa: no le digas nada a Claudia. Cuando vuelva, ya lo haré yo.

Marco llegó por fin con algunos enseres para el viaje, si es que entrar en un laberinto, túnel o lo que fuera aquella andanza más propia de tiempos del Quijote que del siglo XXI, se le podía llamar viaje.

Hay que reconocer que Marco había pensado en todo: dos mochilas, esterillas, agua suficiente y comida. Un par de mudas, según Marco, por si acaso; algo de dinero; móvil, y baterías cargadas para el móvil.

—Creo que con esto será suficiente —dijo Marco dejando todo encima de la mesa del salón.

Elisa pensó que, a estas alturas, cualquier intento para convencer a Marco de que olvidara el tema, hacer unos macarrones y ver una película antes de dormir era inútil, así que miró lo que estaba encima de la mesa, cerró los ojos y suspiró.

—Saldremos temprano, sobre las siete de la mañana; un poco antes de que amanezca.

Las siete podrían haber sido las cinco o las seis, ya que Elisa no consiguió dormir en casi toda la noche. Su camino hacia el túnel había empezado en su mente mucho antes de que sonara el despertador.

A las siete de la mañana Elisa estaba frente al espejo pensando en cómo se suponía que debería vestirse para ir de excursión a un túnel. El pelo recogido y un pantalón cómodo eran innegociables, pero quizás consiguieran llegar pronto a ese lugar donde un grupo de personas, supuestamente de negocios, los esperarían con una caja llena de material importante, con lo cual, quizás, debían de llevar algo de ropa más acorde y un cepillo para el pelo.

Mientras pensaba todo esto, vio pasar a Marco con la parte de abajo del pijama dispuesto a meter una taza de café en el microondas.

Elisa optó por un pantalón de deporte y una sudadera. Metió un vaquero nuevo y un suéter color azul a juego con sus ojos. Marco todavía no se había vestido.

—Estoy lista, me tomo un café y vamos cuando quieras. Cuanto antes salgamos antes volvemos —dijo Elisa mientras Marco la miraba con una taza de café negro en la mano.

Capítulo 5: El túnel

Marco y Elisa se dirigieron hacia el descampado. Ambos llevaban sendas mochilas y Elisa su móvil en la mano.

Anduvieron unos cuantos kilómetros por la maleza y allí la encontraron: una puerta pequeña cubierta por las ramas que caían de los arbustos colaterales. La puerta, aunque disponía de una cerradura y a Marco le habían facilitado la llave, estaba bastante deteriorada casi seguro por grupos de adolescentes curiosos que alguna vez se habían preguntado qué habría allí dentro.

Marco sacó un llavero. En este había una llave de un tamaño considerable que abrió la primera cerradura con bastante dificultad debido a la falta de uso. El llavero también tenía otra llave más pequeña que abría un candado del cual colgaban metros de cadena que debían deshacer si querían pasar la segunda puerta.

Por suerte la entrada al túnel fue un éxito. Las dos puertas se abrieron; Marco era tan manitas para deshacer entuertos como para deshacer nudos con cadenas. Los laberintos, materiales o emocionales, no eran un problema para él.

Elisa sintió un cierto alivio al comprobar la seguridad con la que Marco había solucionado el primer obstáculo, y también, al comprobar que el túnel tenía una cierta iluminación y que el camino, en principio, era recto, amplio y visible.

—Parece que esto va a ser muy sencillo. ¿Ves cómo al final no era para tanto? Todo es ponerse, vencer el miedo y dar el primer paso; estoy seguro de que antes de la tarde estaremos en casa —dijo Marco sintiéndose, en cierto modo, aliviado al comprobar que aquel túnel no era la cámara de los horrores, sino un pasillo bastante transitable y sin aparente peligro.

Elisa iba detrás relajada tras las palabras de Marco, tan relajada que se dedicó a caminar mirando de vez en cuando el móvil. Incluso se sintió con humor para mandarle un mensaje a Ana y decirle: «Todo OK, en unas horas estaremos en casa».

—¿Tienes hambre? —preguntó Marco—. Traje un par de bocadillos.

Mientras Marco se disponía a sacar la mochila de sus hombros para coger algo de comer, a lo lejos el túnel dejó de verse con claridad.

—¿Por qué está tan oscuro allá al fondo? —preguntó Elisa todavía con la pantalla del móvil encendida y Ana en línea.

Marco sacó, en vez de los bocadillos, la linterna e iluminó el fondo del túnel. No se veía nada, solo algo oscuro, vacío. El camino parecía acabarse allí.

—No es nada, supongo que la linterna no alcanza a ver con claridad tan lejos. Sigamos caminando un poco y seguro que seguimos viendo el camino —dijo Marco no sin cierta preocupación.

—¿Estás seguro?

—Sí, sigue caminando —añadió esta vez cambiando el tono de excursionista despreocupado con el que habían empezado la aventura por el del Marco de siempre

cuando algo le preocupaba.

Elisa guardó el móvil. La diversión adolescente se había terminado hasta que viera con sus propios ojos que aquello que parecía un agujero negro no era más que un efecto óptico que los estaba despistando..., pero no fue así. A medida que se iban acercando, el camino seguía negro; en ese momento, ya no había excusas: ni estaba lejos ni había poca luz, simplemente el camino se bifurcaba en tres direcciones diferentes en las que había tres bajadas con escalera, cada una de ellas iba a un lugar distinto y, de esto, a Marco nadie le había avisado.

—¿Por qué escalera hay que bajar? —preguntó Elisa convencida de que Marco disponía de toda la información necesaria para llegar al lugar requerido.

Hubo un silencio.

—Marco, sabes por dónde tenemos que ir, ¿no? —preguntó Elisa esta vez con los ojos más abiertos a modo de primera alerta.

—Espera que piense —dijo Marco mientras se sentaba en el suelo y apoyaba las manos en la cabeza.

—No me está gustando nada que lo tengas que pensar —respondió Elisa de pie enfrente de él. Comenzaron a temblarle las piernas—. Marco, esto no es algo que tengas que pensar, esto se sabe desde el principio, ¡por Dios, no lo ves, hay tres caminos!

—Lo sé, no estoy ciego; solo tengo que recordar la conversación, nada más. Seguro que en algún momento alguien me dijo algo, estoy seguro; solo tengo que hacer memoria y, contigo enfrente metiéndome presión, es imposible.

Marco sabía que nadie le había dicho nada sobre aquellas tres opciones dentro del túnel. Las únicas instrucciones que había recibido habían sido que caminara por este hasta encontrar una habitación donde alguien le esperaría con una caja que debía coger y entregar en un lugar determinado. Sin embargo, él intentaba reproducir en su pensamiento las indicaciones por si se le había pasado algún detalle que indicara cuál de las tres rutas debían tomar. Por mucho que Marco le diera vueltas, no recordaba ningún detalle. Las órdenes habían sido claras y escuetas. No recordaba que hubiera mensajes extraños o en clave que tuviera que descifrar.

Mientras Marco le daba vueltas, Elisa se acercó a los tres caminos en busca de alguna pista, alguna señal, algún indicio que le pudiera indicar cuál de las tres vías escoger. Quizás algún ruido o voces, algo a lo que agarrarse para empezar a actuar; el asunto estaba en tomar una decisión, la que fuera, acertada o no. En estos casos lo peor era quedarse paralizado.

Elisa bajó por las escaleras de los tres caminos y pudo comprobar que eran exactamente iguales, el mismo número de escaleras y, al final de estas, un pasillo largo.

Marco se levantó, observó como Elisa recorría una y otra vez las escaleras, miraba las paredes y observaba alrededor suyo en busca de cualquier indicio que le pudiera servir.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Marco.

Elisa volvió la mirada hacia él.

—Tú no tenías ni idea de esto, ¿verdad? —respondió Elisa.

—No me han dicho nada, Elisa, lo siento...

—Olvídalo, ahora lo que hay es que buscar una solución —continuó Elisa.

Marco se sintió aliviado de que Elisa no montara en cólera, y esto lo animó a buscar con ella y pensar en algún remedio.

—Marco, las escaleras son todas iguales, pero acabo de ver en la pared estas flechas pequeñas y además están pintadas de blanco. Tiene que ser esta seguro; puede ser que no te hayan dicho nada porque, habiendo flechas que indiquen el camino, ¿para qué van a darte instrucciones? Es por aquí seguro, ¡vamos!

—¿Estás segura? —preguntó Marco.

—¡Cómo voy a estar segura! No tengo mi idea, pero es lo único que se me ocurre. Si no es, volveremos para atrás y cogemos el siguiente. No nos queda más remedio. Es eso o irnos.

—No podemos irnos —contestó Marco.

—¿Qué estás insinuando?

—La puerta solo sirve para entrar, no para salir. Solo saldremos cuando llegemos al otro lado y cojamos la caja. Es una medida preventiva para que se asegure que aquello que se va a intercambiar llegue a su destino.

—¿Estás de broma?

—No, es cierto. No te he dicho nada porque... porque me imaginé que, si te lo decía, me mandarías a paseo y no vendrías —dijo Marco mirando a Elisa y buscando algo de comprensión en sus enormes ojos azules.

Elisa no dijo nada. Quizás pensó que la energía que gastarían discutiendo les sería de mucha más utilidad si la empleaban en salir de manera airosa de aquel entuerto que, de momento, pintaba bastante mal.

—Vamos —dijo Elisa bajando las escaleras del camino elegido, cuanto antes comprobemos los caminos, antes acabaremos esto.

La pareja caminó bastante tiempo en silencio. Ese silencio era el indicador del que camina sin rumbo sin saber adónde lo lleva la senda. El silencio del que no sabe, del que teme equivocarse, el silencio de la incertidumbre. La tensión del que desconfía, del que no está seguro; ese es quizás el camino más largo y más pesado, pero era justo el que ellos habían decidido tomar.

—Tengo que sentarme y tal vez debería comer algo —dijo Elisa al comprobar que aquello podría llegar a ser interminable.

—De acuerdo —contestó Marco.

Los dos se sentaron en medio de la ruta apoyando sus espaldas en la pared.

—¿Estás bien? —dijo Marco mientras le acercaba a Elisa uno de los bocadillos que acababa de sacar de la mochila.

—Estaré mejor cuando hayamos terminado esto si es que hemos acertado con el camino.

A Marco le molestaba la frialdad de Elisa, aunque no era una frialdad habitual. Estaba acostumbrado a que fuera pasiva y contenida para finalmente acabar estallando y

soltando toda su ira. Elisa no estaba mostrando esa pasividad, sino más bien todo lo contrario. Era ella la que había tomado la iniciativa para elegir el camino y continuar.

Mientras seguían en silencio, Elisa recibió un mensaje de Ana.

—¿Quién es? —preguntó Marco.

—Es Ana para asegurarse de que estamos bien...

—¡Ah! Es Ana... —contestó Marco con un cierto tono irónico.

Elisa le envió un mensaje de que todo estaba correcto. Quiso evitar dar más explicaciones, aunque la realidad fuese otra.

Marco y Elisa continuaron caminando durante un par de horas más, el camino parecía no acabar nunca, pero era un camino fácil de transitar.

—Estoy seguro de que has elegido bien el camino. Es un camino muy seguro. Parece incluso como si lo hubieran arreglado para ser transitado por él —dijo Marco.

Elisa lo miró y siguió andando, no quería gastar demasiadas fuerzas por si le hacían falta para pelearse con un dragón, alguna serpiente o un cubo lleno de cucarachas; el escenario invitaba a pensar eso y alguna cosa más. Quizás Elisa no iba tan desencaminada, ya que pronto las expectativas de la pareja dejaron de ser una realidad.

—Para un momento —dijo Marco mientras ponía la mano en el hombro de su compañera para que se detuviera.

—¿Qué ocurre?

—Mira hacia el fondo —respondió Marco.

Elisa tenía la horrible costumbre de mirar siempre hacia el suelo, con lo cual no se había dado cuenta de que, al final del camino elegido, volvía de nuevo a verse la oscuridad.

—No me lo puedo creer —dijo Elisa esta vez con un tono más desesperanzado—. No puedo creer que tengamos que volver al principio, ¿es una broma?

—Elisa, calma, a lo mejor es solo el efecto del reflejo de la luz en el túnel; caminemos un poco más para comprobarlo. Dame la mano por si acaso.

Marco llevó de la mano a Elisa unos pasos más, pero pronto se dieron cuenta de que el camino terminaba en un enorme socavón al que podían haber caído si hubieran caminado tan solo unos metros más.

Elisa se vino abajo.

—No puede ser, Marco; es media tarde y tenemos que volver a andar mínimo tres horas, esto no lo vamos a conseguir jamás, voy a avisar a Ana de que llamen a alguien y nos vengán a buscar —dijo Elisa ya al borde de la llantina, pero esta vez sin querer echar en cara nada a Marco, solo queriendo salir de ahí y haber soñado que esto no estaba ocurriendo.

—No te preocupes —dijo Marco cogiéndole cariñosamente la cara—, tengo suficiente comida, no pasa nada, solo es caminar. Pararemos las veces que sean necesarias.

Elisa se sintió más serena ante el contacto de las manos de Marco, quizás porque sabía que Marco no podía salir huyendo, ni ponerse delante del televisor, ni meterse en la habitación e ignorarla. Marco tendría que estar con ella. No podía huir.

—Caminaremos solo hasta donde podamos, después pararemos y descansaremos el

tiempo que haga falta, al menos ya sabemos que por aquí no es. Solo nos queda comprobar dos caminos más, como mucho nos equivocaremos solo una vez —dijo Marco convencido de que ya habían pasado por lo peor: el miedo a lo desconocido.

Elisa miró el móvil; por primera vez, le hubiera apetecido tener mensajes de Ana, estar con las chicas en La Hora del Té, aunque solo fuera para cotillear de su relación con Marco. En ese momento y para su asombro, querría estar escuchando los consejos de Ana y estar a su lado; Ana no había vuelto a escribir.

Marco cogió de nuevo la mano de Elisa y comenzaron a avanzar en dirección opuesta buscando el principio de todo. Él llevaba un anorak azul impermeable con una capucha abrochada hasta arriba. Su pelo, encrespado con la humedad, se iba colocando poco a poco delante de su cara. Elisa no paraba de mirarlo. Marco no solo no era consciente de sus movimientos, tampoco lo era de su habilidad para posar en cualquier momento.

Había muchas cosas brillantes que Marco no sabía de sí mismo, de las que sí era consciente; sin embargo, eran en las que cometía más errores, en las que su torpeza y su orgullo salían a relucir y confundían a Elisa sin saber qué parte de él era la que lo atrapaba, esa parte que siempre la había conducido a su lado sin que ella pudiera poner remedio.

Caminaron casi tres horas más haciendo alguna parada. Ana seguía sin mandar ningún mensaje y Elisa no quiso decirle nada de momento; prefería llegar por lo menos al punto de partida: la bifurcación de los tres caminos para elegir.

Como era de esperar, llegaron casi a última hora de la tarde. Era el momento de decidir cuál de las otras dos opciones iban a tomar. Uno de los caminos estaba muy mojado, incluso con algunas goteras, el otro parecía más seco y limpio.

—Elisa, tiene que ser el camino seco. Nadie va a utilizar el camino más difícil para realizar un intercambio —dijo Marco convencido de que su argumento era implacable.

Elisa no contestó; estuvo un rato mirando pensativa hacia el suelo. De algo tenía que servir que caminara siempre con la cabeza agachada. Eso le permitía pensar, aunque después no se enterara ni por donde iba caminando; mirar hacia abajo siempre es síntoma de alguna obsesión.

—No, Marco, lo que dices puede tener sentido, pero creo que ahora mismo no es una cuestión de sentido común, sino de intuición y de estrategia, de ponerse en el lugar del otro —le recriminó Elisa—. Según tu razonamiento y también el mío al principio, lo normal es esperar que el camino sea el indicado con las flechas, pero no fue así. ¿Por qué, entonces, debemos esperar a que el camino más normal sea el más limpio? ¿No te das cuenta? Lo que se supone que es lo más fácil: el camino más señalado, o el más limpio, es solo para jugar al despiste.

Si hay gente que sabe que este pasadizo se utiliza para intercambios, no se pueden arriesgar a utilizar los caminos mejor transitados o los señalados de manera clara con flechas blancas que se ven a primera vista. Utilizan esos trucos para despistar.

Marco quedó impresionado con el razonamiento de Elisa. No se le había ocurrido pensar eso y tampoco hubiera imaginado jamás que aquella muchacha perezosa para tomar

cualquier decisión o pensar más allá de cuatro palabras, hubiera sabido llevar de una manera tan fácil una conclusión que era bastante probable que fuera cierta.

—No tenemos nada que perder; iremos por el camino más complicado. Si no es ese el definitivo, tenemos que pensar que por lo menos la tercera opción es el camino más limpio y fácil, con lo cual la guinda del pastel no estaría tan mal —dijo Elisa casi convencida de que esta vez la opción era la correcta.

—De acuerdo, tú ganas, aunque yo veo demasiadas goteras y muchos charcos. No va a ser fácil.

—Nada iba a ser fácil desde el momento en que entramos aquí y la única salida está al fondo de cualquiera de los tres caminos. Las posibilidades de que tengamos que transitar incluso los tres senderos, son muchas, así que, qué más da, empecemos por el más difícil y dejemos esto hecho de una vez.

Los dos se pusieron las capuchas de sus abrigos. A Elisa no se le veía nada más que sus ojos azules, mientras que a Marco se le veía su pelo sobre la cara y su cuello poroso por el frío y la humedad.

El principio del camino estaba lleno de charcos, barro y goteras, y aunque se podía caminar sin dificultad, había partes del trayecto resbaladizas debido al moho húmedo que se formaba en las piedras del suelo. Había que caminar despacio y con mucho cuidado.

Hubo una cosa con la que no contaron Elisa y Marco, y era que la tarde se estaba empezando a convertir en noche. No sabían si el camino era largo o corto; por lo tanto, las probabilidades de que tuvieran que pernoctar en la elección más incómoda de las tres era casi inevitable.

—Marco, hemos caminado mucho y es tarde, creo que no hemos tenido en cuenta la posibilidad de que tengamos que parar a dormir en este lugar —dijo Elisa pensando que a su brillante argumento le había faltado atar algunas cosas, entre ellas, que iban a necesitar dormir.

Elisa había estado brillante en su iniciación a la estrategia, pero su inexperiencia se había puesto de manifiesto al no tener en cuenta factores futuribles como es el tener que dormir, en este caso, encima de un charco.

—Tiene que haber un lugar más seco por aquí; todavía queda mucho camino o, incluso, puede que encontremos el lugar y nos podamos ir a casa, aunque sea de madrugada —contestó Marco.

—Recemos para que eso ocurra —dijo ella.

El tiempo pasaba y la pareja continuaba caminando. A veces se cogían de la mano y se miraban como señal de protección y de aliento, pero no salía ninguna palabra de sus bocas. Sus deseos por llegar al final de todo esto podían más que sus ganas de discutir o echarse en cara lo que fuera, porque cuando no hay peligro, solemos perder el tiempo en esas cosas. Esta vez había una preocupación que ambos compartían; los juegos de niños habían desaparecido por completo.

Como era de esperar, la noche se echó encima, el cansancio se notaba en sus pasos, cada vez más lentos. Marco seguía caminando, como siempre, aunque esta vez sus pasos

eran como los de un bailarín que intenta hacer sus últimas actuaciones en el escenario negándose a creer que ya no es el de antes. Elisa seguía como siempre caminando cabizbaja y arrastrando sus húmedos y fríos pies por aquel camino que, se suponía, era el elegido por ser el más difícil de todos.

—No puedo más, tengo que parar —dijo Elisa rindiéndose a la evidencia de que tendrían que descansar allí mismo, donde el suelo era piedra, piedra mojada; donde las goteras caían a su antojo y sin avisar. Esta vez el lugar elegido por Elisa nada tenía que ver con sus elecciones habituales siempre llenas de comodidad y confort. Elisa huía de aquello que le pudiera molestar o incomodar y, esta vez, por caprichos del destino, su elección había sido justo la contraria.

—Ten, una esterilla —dijo Marco desenroscando dos finas alfombras que tuvo la prudencia de traer pensando que algo así podría ocurrir.

—Elisa abrió su alfombra; utilizó la mochila como almohada y se tapó con la ropa que había traído para cambiarse. Marco hizo lo mismo y los dos se tumbaron, uno al lado del otro muy pegados para entrar en calor.

Marco cogió la mano de Elisa.

—No pensé que fueras tan fuerte —dijo Marco.

—No creo que lo sea, pero, cuando no hay salida y el único camino es seguir, no te queda más remedio —contestó Elisa sin esa mirada desafiante que solía tener cuando Marco le hablaba.

Esta vez no había desafío alguno. Por primera vez Marco no se dirigía a Elisa para recriminarles su actitud pasiva, sino todo lo contrario. Se había dado cuenta de que Elisa estaba siendo valiente y no le reprochaba haberla metido en esta aventura, quizás la aventura más absurda y surrealista por la que la pareja había tenido que pasar.

Marco pasó su mano por la mejilla fría y colorada de Elisa, pero en lo único que tenía puesta la mirada era en su cabello. Conocía la belleza de sus enormes ojos azules, pero nunca se había fijado en su pelo. Elisa siempre llevaba el pelo recogido, perfectamente tirante y recogido; esta vez su peinado estaba deshecho, humedecido y lleno de arena, pero a Marco le pareció el cabello más bonito que había visto jamás.

Elisa escuchó el ruido del teléfono; tenía un mensaje, seguramente de Ana, pero no contestó, ni siquiera lo miró. Elisa acarició la cara de Marco, intentó despeinar su pelo, algo que siempre había sido imposible, así que lo intentó con más fuerza; incluso, lo intentó pasando su mano debajo de la ropa, allí, pudo comprobar cómo a Marco no solo se le erizaban los poros de su cuello, sino todos los de su piel. Marco se dejó llevar admirado por Elisa, por su fuerza, su valentía y su iniciativa; jamás había visto a Elisa de esa manera. «No eres Elisa —pensó en ese momento—, aunque me gustaría que sí lo fueras, que siempre te quedaras así, como estás ahora».

La pareja se quedó dormida pese al frío, pese a la incomodidad de las piedras húmedas y de la poca ropa con la que podían taparse. El primer sueño fue profundo, reparador; el segundo fue algo más incómodo.

Elisa se levantó de golpe tras escuchar algún sonido extraño, como si alguien estuviera

dando golpes cerca de ella, o quizás lejos; no podía distinguir de dónde venían esos golpes. También escuchó algún sonido que podría ser... una voz. Todo esto en unos pocos segundos, justo el tiempo que le llevó erguir su columna y darse cuenta de que Marco no estaba a su lado.

—¡Marco!

El grito de Elisa no solo desprendía auxilio, sino desesperanza y miedo. Acompañando a las ondas del auxilio se sumaron unas cuantas más que tenía dentro y que, aprovechando que el camino estaba libre, decidieron salir: la rabia, la ira, la violencia y muchas más se sumaron al permiso carcelario que su inconsciente le había brindado. No podían desaprovechar la oportunidad.

—Marco, ¿dónde estás? —continuó gritando Elisa para beneplácito de sus emociones que no se podían creer que tuvieran vía libre por unos instantes—. ¡Marco! —continuó gritando durante varios segundos más hasta que su garganta notó la sequedad del aire y Elisa tuvo que encoger su cuello y agarrarse la garganta para no empezar a toser o incluso vomitar.

Elisa estaba realmente aterrada; buscó por todas partes y ni rastro de Marco. Cogió el teléfono y envió varios mensajes a Ana, que, para una vez que la necesitaba, no leía ni un solo mensaje, algo extraño en Ana, que vivía pegada al teléfono.

Elisa decidió recoger todo y seguir el rastro de esos golpes y esas voces, o lo que ella creía que eran voces. Intentó pararse en un punto fijo para ubicar de dónde venían. Tenían que venir todas de un mismo sitio y era allí donde se encontraba Marco, estaba segura; Marco no había podido desaparecer así, sin más.

Justo entonces recibió un mensaje de Ana preguntando qué ocurría. Elisa le explicó lo que estaba sucediendo y Ana le respondió inmediatamente.

Ana: Elisa, llamo a la policía ahora mismo, no te muevas de ahí.

Elisa: No, Ana, espera. Creo que ya sé de dónde vienen las voces. No llames a nadie; lo vas a complicar más.

Elisa escuchó varios golpes y, tras ellos, su nombre.

—Elisa. —Se escuchó una voz levemente, pero con claridad en un tono mezcla de desesperación y alivio no muy lejos de donde se encontraba Elisa.

—¿Marco?

—Elisa, sigue caminando, sigue caminando, busca una puerta.

—¡Qué puerta!, ¡¿dónde?!

—¡Tú sigue!

—¡Sigue hablando, Marco! ¡no veo ninguna puerta!

Ana seguía mandando mensajes desde el móvil:

Ana: Elisa, por favor, dime en todo momento si estás bien.

Elisa: Marco me habla de una puerta, pero todavía no la he encontrado; le he pedido que siga hablando...

Ana: Vale, sigue buscando, yo sigo en línea.

Elisa continuó caminando con las dos mochilas, la de Marco y la de ella. El camino era resbaladizo y estuvo a punto de caer varias veces debido a su impaciencia y su

desesperación.

«Por Dios, la maldita puerta tiene que estar en algún lado», pensó Elisa mientras llevaba una mochila en la espalda y la otra en la mano golpeándola a cada paso que daba con su pierna.

—Elisa, tienes que estar a punto de llegar. Escucho tus pasos —grito Marco—. Tienes que estar casi al lado, por favor, Elisa, fíjate en una puerta oscura, a la derecha del camino.

Ana: Elisa, dime algo.

—Ya la veo, Marco, creo que ya la veo.

Ana: Elisa, Elisa...

Elisa: Veo la puerta.

Ana: ¡Menos mal! Voy a estar en línea, avísame cuando Marco haya salido de ahí.

Elisa golpeó la pequeña puerta marrón desde fuera.

—Marco, ¿estás ahí?

—Elisa, intenta abrirla; yo desde dentro no puedo —dijo Marco aliviado por un lado e inquieto por si la cerradura, que aparentaba ser bastante antigua, hubiera quedado dañada al intentar forcejear desde dentro.

Elisa intentó abrirla agarrando el manubrio, pero la puerta se resistía. Lo giró hacia ambos lados, tiró hacia fuera y hacia dentro, pero fue inútil: la puerta seguía sin abrir.

—Marco, no puedo, no puedo... No sé qué pasa, esta maldita puerta no se abre —gritaba Elisa mientras seguía manipulando aquel tablón asqueroso y viejo que en esos momentos tenía el enorme poder de haberse tragado a una persona y dejar a otra desesperada.

—Empuja hacia fuera; yo haré fuerza para que se abra, empuja con todas tus fuerzas —dijo Marco desde el otro lado mientras apoyaba su cuerpo en la puerta desde adentro.

—Estoy empujando con todas las fuerzas que tengo; no soy capaz de empujar más —dijo Elisa dejando arrastrar su espalda por la puerta hasta sentarse en el suelo.

—De acuerdo, vamos a hacer un descanso y después lo seguimos intentando —contestó Marco también sentado en el otro lado.

Elisa le mandó un mensaje a Ana.

Elisa: Ana, no soy capaz de abrir la puerta, no sé qué hacer.

Ana: Tranquila, llamo a la policía y listo.

Elisa: No puedes hacer eso, ahora no. No tengo ni idea en qué lío puede estar metido Marco; tiene que haber otra forma de salir de aquí sin que la policía se entere.

Ana: Vale, está bien, piensa en algo; observa la puerta, seguro que hay alguna manera de abrirla.

Elisa: Solo es una puerta, no hay nada más.

Ana: Elisa, las cosas no solo son cosas, siempre hay algo más. Solo es cuestión de fijarse bien. No te quedes solo

en lo de fuera, busca, observa, pon interés; sé que puedes hacerlo. A ti te parece que nunca puedes arreglar nada porque no te molestas en fijarte en los detalles y después todo se te viene encima sin remedio y te quejas, te lamentas, pero, si en vez de hacer eso, pones interés, seguro que encuentras algo más. Elisa, puedes hacerlo, has llegado hasta aquí; llevas casi un día entero, puedes hacerlo. Sé con toda seguridad que hay una manera de abrir esa maldita puerta.

Elisa: Ana, esta cerradura es demasiado antigua, es enorme...

Cuando Elisa pronunció la palabra se dio cuenta de que la cerradura solo estaba anclada por cuatro tornillos. Si conseguía sacar la cerradura quedaría un agujero bastante grande por el que podría ver a Marco y hablar con él.

Buscó en la mochila el cuchillo que le había visto a Marco en la bolsa de los bocadillos metido en unas servilletas de papel.

—Marco, creo que podría sacar esta cerradura desatornillando estos cuatro tornillos con el cuchillo de tu mochila. Quedaría un agujero muy amplio —dijo Elisa intentando meter la punta del cuchillo en la cabeza de uno de los tornillos—. No encaja muy bien, pero es posible que si lo intento forzar un poco...

—Elisa, ten cuidado...

Elisa empezó a desenroscar el primer tornillo, intentaba dar vueltas al cuchillo, pero resbalaba y no encajaba. Presionó hacia dentro para hacer fuerza, iba lento, pero poco a poco iba avanzando. Al cabo de un tiempo y con algún que otro rasguño, consiguió sacar el primer tornillo.

—El primero ya está; voy a por los siguientes —dijo Elisa con la misma motivación que un bebé que sube su primer escalón.

Tras bastantes arañazos, algún corte y sus dedos rojos e hinchados por la presión con la que tuvo que manipular el utensilio, Elisa consiguió quitar los cuatro tornillos. La cerradura era tan antigua que estaba completamente pegada a la puerta aun sin sus cuatro anclajes.

—Marco, la cerradura está libre, pero no soy capaz de quitarla. Está completamente pegada, tienes que empujarla tú desde dentro.

—Lo voy a intentar —contestó Marco.

Marco intentó darle un golpe desde dentro con el lateral de su mano cerrada. La cerradura se resistía; lo intentó con los dedos, hasta que finalmente, guiado por la tensión y la rabia, dio varios golpes con el puño y la cerradura terminó cayendo.

Elisa se dio cuenta de que la madera que estaba alrededor de la puerta estaba podrida, así que utilizó el cuchillo para retirar los restos que casi caían por sí solos y, así, agrandar el agujero.

Mientras Marco miraba como había quedado su puño, Elisa consiguió engrandecer de manera considerable el agujero.

—Marco, estás bien —dijo Elisa viendo por fin, no solo la cabeza de Marco, sino parte del escenario de aquel cubículo de pocos metros cuadrados en el que se había quedado encerrado.

—Sí, estoy bien, pero no veo la manera de salir de aquí.

—Tiene que haber algo que nos pueda servir para terminar de tirar esta puerta —dijo Elisa como si las palabras de Ana hubieran surgido de su móvil para recordarle que debía intentar buscar más allá y encontrar una solución.

Mientras miraba por el agujero buscando algo que les pudiera servir, se dio cuenta de que en esa especie de zulo el suelo era empedrado y que, algunas de esas piedras, estaban sueltas.

—Marco, esas piedras que están sueltas nos pueden servir para tirar la puerta.

—No puedo coger una piedra y lanzarla. No tengo suficiente fuerza —dijo Marco sorprendido por la decisión de Elisa.

Elisa pensó unos segundos la manera de acercar la piedra a la puerta y tirar desde allí, entonces vio las dos mochilas y pensó en la ropa que había dentro de ellas.

—Marco, voy a hacer una cuerda con la ropa que hay dentro de las mochilas, te la voy a pasar a través del agujero. Tú solo tienes que atar de manera segura una piedra a la cuerda hecha con la ropa y acercarla al agujero; yo tiraré de ella mientras tú te aseguras de que no caiga.

—¿Vas a usar nuestra ropa para hacer una cuerda? La vas a romper toda —dijo Marco sin dar crédito a la decisión de Elisa.

—¿Quieres o no salir de aquí? Si, como tú dices, si salimos de esta te vas a forrar, te podrás comprar la ropa que te dé la gana.

Marco miraba con los ojos muy abiertos a Elisa sin poder pronunciar ni una sola palabra mientras ella sacaba su pantalón, alguna camiseta, y comenzaba a hacer nudo tras nudo hasta hacer la cuerda de la longitud deseada.

—Toma, coge la cuerda; puse una camiseta como primera prenda para que envuelvas ahí la piedra, elige una pesada y de mayor tamaño que el agujero de la cerradura —dijo Elisa inquieta y ansiosa por ver si su única idea podría sacarlos de aquel entuerto y liberar por fin a Marco.

Marco envolvió una piedra en la camiseta y la colocó en el agujero de tal manera que, una vez que Elisa tirara del otro lado con pequeños tirones, la piedra iría golpeando la puerta.

—Voy a empezar a tirar y a soltar, cuando suelte no dejes caer la piedra, los tirones serán muy seguidos y secos, si la piedra cae, pierdo el ritmo. Lo importante es que golpee la puerta poco a poco.

Elisa comenzó a dar tirones y la piedra comenzó a trabajar. Cuantas más veces tiraba de la cuerda, más fuerza cogía esta y, al cabo de unos cuantos tirones, la puerta se abrió.

Elisa se tiró en el suelo. Sus manos ya no solo tenían heridas; también estaban doloridas y muy inflamadas. Marco salió corriendo y se acercó a ella.

—No me creo que esa maldita puerta se haya caído. ¿Estás bien? —preguntó Marco a Elisa separándose el pelo de la cara.

—Sí —contestó ella mirando a Marco con la expresión de alguien que acaba de realizar un último esfuerzo en la oficina y le toca coger vacaciones.

Marco seguía arrodillado al lado de Elisa mirando sus manos, su pelo, y observando

cómo había quedado su ropa, la puerta, la cerradura en el suelo...

—¿Cómo llegaste hasta ahí? ¿Qué pasó? —preguntó Elisa una vez que volvió a la realidad tras su pequeño descanso en algún lugar de su mente.

—No era capaz de dormir, así que me levanté para aprovechar el tiempo y ver por dónde debíamos ir —dijo Marco—. Sabía que teníamos que buscar una puerta y que allí nos esperaban para darnos la caja; vi la puerta y supongo que me pudo el ansia por acabar con esto de una vez y la abrí.

»Entré y la puerta se cerró de golpe sin que pudiera abrirla desde adentro. No sé cómo pude ser tan ingenuo y no sujetar la puerta. En este pasadizo todo es viejo y cualquier descuido te puede jugar una mala pasada. Quizás me pudo la impaciencia o, quizás, estoy acostumbrado a hacer todo sin pensar demasiado y hasta ahora me ha salido bien. Siempre que actúo así es por miedo a que la situación se me escape de las manos, por miedo a perder el control...

Marco estaba siendo sincero. La tensión había llegado demasiado lejos. Salió de aquel zulo completamente rendido, sin ganas de pensar en nada más, solo en salir de ahí y, tal vez, volver a su sofá, encenderse un cigarro y mirar la televisión.

—Marco, mira; está empezando a amanecer —dijo Elisa cuando se dio cuenta de que, por un agujero de aquel zulo, entraba mucha claridad. Esa claridad iluminó el resto del pasillo y, al fondo, se vio otra puerta con mucha nitidez.

—No había visto esa puerta antes —dijo Marco levantándose del suelo con asombro y volviendo a separar el pelo de su frente—. Te juro que solo vi esta puerta; esa no estaba.

—Marco, la puerta seguramente sí estaba allí, pero no te diste cuenta porque no había luz directa. Fíjate como entra el sol; casi nos ciega tanta claridad. Era imposible que vieras esa puerta solo con la luz de la linterna; eso sí, vamos con cuidado. No podemos cometer los mismos errores.

La pareja comenzó a recoger todo lo que habían desparramado por el suelo para hacer la cuerda que había sacado a Marco de su encierro. Mientras Elisa metía los restos de la ropa en la mochila, miró su móvil, ya con muy poca batería, y vio un montón de mensajes de Ana.

Elisa: Ana, siento no haberte contestado antes. Lo importante es que Marco ya está fuera. Conseguí abrir la puerta; ya te contaré. Por favor, no le cuentes nada a Claudia. Te lo pido por favor; no quiero más mensajes, cuando salga de esta ya lo contaré todo. Acabamos de ver otra puerta. Reza para que sea la definitiva.

Ana: Menos mal. Estaba poniéndome los pendientes para salir ahora mismo. Sigo en línea, así que avísame cuando salgas. Por cierto, sabía que conseguirías abrir la puerta. Estaba segura de ello.

Elisa: Gracias, Ana.

Elisa no pudo dejar de imaginarse a Ana poniéndose sus perlas. Esas perlas aparecían hasta en los momentos más inesperados y tensos. Eran un miembro más del grupo. Las perlas, al igual que el resto de sus compañeras, también escondían secretos, también producían adicción, también formaban parte de una manera de estar, de ser. Era una información más sobre el grupo. Ana nunca había podido deshacerse de esa adicción, lo

mismo que Marco no podía deshacerse de su sofá y su televisor, lo mismo que Claudia de la comida y lo mismo que Elisa de Marco.

Elisa y Marco se agarraron de la mano y caminaron hacia aquella puerta que veían al fondo. Gracias a la magnífica luz que entraba por el agujero de aquel cuarto que Elisa había conseguido abrir, pudieron llegar viendo de manera muy clara el camino.

—Bien, ya estamos aquí —dijo Elisa mirando a Marco y sin soltarse de su mano.

—Voy a llamar —dijo Marco buscando la aprobación de Elisa con la mirada.

Elisa asintió con la cabeza.

—No contesta nadie —dijo Marco tras golpear la puerta tres veces con los nudillos.

—Vuelve a intentarlo; dale con más fuerza —insistió Elisa.

Marco golpeó con fuerza y esta vez con la palma de la mano.

—No hay nadie —dijo Marco.

Elisa decidió coger la manija de la puerta e intentar abrir despacio y sin hacer demasiado ruido. Tras el episodio anterior, ya no estaban seguros de si les caería algo en la cabeza, si les saltaría un perro guardián y, ya puestos a fantasear, si aparecería una extraña criatura salida de los charcos que rodeaban todo el camino.

Para sorpresa de ambos, la puerta se abrió sin mayor dificultad. Tras ella se encontraron una mesa bastante grande, como si fuera de un despacho de reuniones, una silla y, en esa silla, un hombre de espaldas a la puerta.

—Disculpe —dijo Marco intentando que aquel hombre se diera cuenta de su presencia

—. Disculpe —volvió a insistir Marco esta vez elevando el tono ante la impasividad de aquella figura.

Marco miró a Elisa buscando alguna otra solución, ya que aquel hombre no se movía. Elisa fue caminando despacio hacia el hombre y se puso enfrente de él. El hombre tenía unos auriculares puestos y no los había escuchado entrar. En el suelo, a su lado, había varias latas de cerveza.

—Ah, hola, disculpen, no los había escuchado entrar.

Marco no daba crédito. Se suponía que aquello era una sala de reuniones donde unos señores engalanados con traje y chaqueta los iban a esperar para darles una caja con un contenido muy importante, por el cual Marco iba a recibir una suma importantísima de dinero.

—Buenos días —se apresuró a decir Marco para acabar de una vez por todas con esto—. Me envían para recoger una caja con documentación. ¿Usted sabe algo?

—Claro, chico —dijo el hombre todavía con olor a alcohol y con voz de no haber dormido tampoco en toda la noche.

Aquel hombre se levantó como si con él levantara un edificio de siete plantas; intentar colocar su columna recta para ponerse en pie le supuso tal esfuerzo que consiguió contagiar el cansancio a Elisa solo con verlo. No era muy mayor, quizás unos cuarenta años, pero su rostro estaba descuidado, casi no tenía pelo y su cara, colorada y grasienta, no ayudaba demasiado a crear un clima de confianza. Aun así, el hombre les entregó la caja.

—Aquí tienen, jóvenes, pueden irse por esa puerta, esperen a que coja las llaves y les abra.

—Disculpe —continuó Elisa—, me imagino que usted estuvo aquí esperando a que llegáramos. Si es así, ¿no escuchó gritos y golpes justo a unos metros de donde está usted? Verá, mi pareja se quedó encerrada en una puerta que no está demasiado lejos. Estuvimos intentando abrirla y entiendo que usted tuvo haberlo escuchado... No sé, quizás tendría que haber tenido curiosidad por lo que estaba pasando fuera.

—Señorita, mis órdenes fueron muy claras: espera aquí hasta que llamen a la puerta. No tengo por qué hacer nada más, solo me pagan para sentarme y esperar —dijo aquel hombre, cuyo nombre ni Elisa ni Marco quisieron saber mientras se dirigía con la llave hacia la puerta.

Elisa miró a Marco. No dijeron nada. En el momento en que la puerta se abrió y vieron de nuevo el bosque, un único pensamiento inundó sus mentes: ir hacia la claridad.

Capítulo 6: El caos

—¿Qué es esto?

Ya en casa, Elisa y Marco miraron el contenido de la caja.

—No sé, Elisa, te juró que lo que me dijeron que había era documentación importante que debía entregarla cuando ellos me avisaran.

—¿Documentación importante? —dijo Elisa mientras miraba el contenido de la caja—. ¿Le llamas contenido importante a una grabadora, un cuaderno con hojas en blanco y un arco con una flecha?

Marco estaba cansado, cansado y decepcionado, pero enseguida cambió su rostro por el de la furia. Sabía perfectamente a quién tenía que llamar para que le diera explicaciones.

—Marco, esto no puede seguir así; te han tomado el pelo. Está claro, pero ¿por qué?, ¿para qué?

Estas eran dos de las preguntas más importantes que Elisa se había hecho en su vida, aunque ella en ese momento no lo supiera.

—No sé, Elisa —dijo Marco volviendo a su habitual tono de batallador consentido que intenta evadir cualquier tipo de culpa.

—¿Todavía te crees que por esto te van a dar un cheque que te solucionará todos tus problemas? De verdad, Marco, estás en las últimas. Vas cada vez de mal en peor —dijo Elisa sin ganas de discutir más, debido al alivio que sentía por estar de nuevo en casa más o menos sana y salva—. Olvídalo, Marco, esto es una broma de mal gusto. Está claro que alguien se ha querido vengar de ti, por no decir que ha querido reírse de ti. ¿Tú le has pagado la fiesta a Alfonso el otro día? A lo mejor es él que está intentando desquitarse.

Marco no podía unirse a la batalla, esta vez no; no tenía argumentos, ni fuerzas, ni armas. La única arma que había era un arco y una flecha con una marca: M. F. H.

Marco estaba furioso. Paseó de un lado a otro del salón mirando de vez en cuando aquella caja. Marco se estaba haciendo preguntas; no entendía nada, pero sabía perfectamente a quien tenía que llamar para aclarar todo esto.

Marco se metió en la ducha. Mientras Elisa esperaba a que él terminara de sacarse el olor a túnel, miró con detenimiento la caja. Parecía que le había cogido gusto a fijarse en los detalles como Ana le había aconsejado. Miró la grabadora, que, por cierto, no era precisamente de última generación. También se fijó en el cuaderno con hojas en blanco y, por último, en el arco y la flecha con esas siglas: M. F. H. Elisa observó con detenimiento el interior de la caja por si había alguna nota con instrucciones, ya que no tenía ningún sentido que solo hubiera unos objetos, en apariencia, sin ninguna relación entre ellos.

Pegado al fondo de la caja había un papel en blanco, un simple folio doblado a la mitad. Arrancó el papel del fondo de la caja y lo abrió. Para su sorpresa, sí había algo escrito en aquel simple folio:

Imprescindible que estos tres objetos se repartan de la siguiente manera:

Libro en blanco: Marco

Grabadora: Ana

Arco y flecha: Elisa

Solo así conseguirán aquello que buscan

«¿Qué? —pensó Elisa—. ¿Esto que es? ¿Una yincana? ¿qué demonios pinta Ana en todo esto? ¿Aquello que buscan? ¿De qué habla el chalado que ha mandado esto?».

Marco salió del baño con una toalla atada a la cintura. Olía a limpio mientras Elisa todavía llevaba telas de araña en el pelo y sus ropas habían aspirado la mitad del polvo y suciedad de aquel extraño sitio más parecido a la película de los Goonies que a un escenario real del siglo XXI.

Marco volvía a ser el de siempre, aunque, mientras se secaba el pelo con una toalla pequeña, hacía extraños gestos con la cabeza como si tuviera ganas de llamar a alguien y estrangularlo tal cual estaba, con la toalla atada a la cintura.

—Marco, mira esto.

Marco se acercó y leyó la nota que había en la caja.

—¿Qué quiere decir todo esto? ¿Qué pinta Ana en esta historia?

Marco dejó la nota en la mesa e hizo un gesto con la cabeza que indicaba que esto ya era demasiado para él. No iba a haber ninguna remuneración, ningún cheque en blanco con destino al paraíso. Era una broma de mal gusto, un mensaje absurdo de alguien que quería vengarse o directamente reírse de él.

—Elisa, ahora no puedo responderte. Te juro que arreglaré todo esto; te juro que tendrás una respuesta hoy mismo —dijo Marco mientras se dirigía a la habitación para ponerse ropa cómoda y, con toda seguridad, echarse una siesta.

Elisa se duchó. No paraba de darle vueltas a la idea de que apareciera el nombre de Ana en esta absurda historia. Le hubiera gustado dormir algo, igual que lo hacía Marco, pero no podía.

Llamó al trabajo poniendo una disculpa por faltar esa tarde. A la encargada no le pareció del todo bien. En poco tiempo había faltado dos veces y estaba empezando a no creer los motivos de sus disculpas. A Elisa le dio igual; Ella solo quería saber. Algo extraño en ella, que huía de cualquier información que le descolocara un día tranquilo —a ella nunca le había interesado nada que no fuera su tranquilidad y su silencio—, esta vez estaba desatada. Estaba ansiosa e iba a llegar al final de todo esto como fuera.

Lo primero que hizo fue llamar a Ana y, al coger el teléfono, se dio cuenta de la cantidad de mensajes que tenía de ella preguntando si todo había salido bien.

—Ana, soy yo. ¿Puedes hablar?

—Por Dios, Elisa, no me has respondido ningún mensaje.

—Estamos en casa, todo bien, pero tengo que hablar contigo ya y a solas. ¿Has quedado con las chicas?

—Hemos quedado en La Hora del Té después de comer, pero, si quieres, quedo yo antes contigo, ¿ocurre algo?

—De acuerdo, comemos juntas en el sitio de siempre.

Elisa colgó el teléfono. Ana se quedó un tanto incómoda con las prisas y la energía de Elisa y, esa vez, no era el alcohol. Cuando la energía de alguien subía, la de Ana, bajaba.

Elisa tenía las ojeras a la altura de la nariz, pero por lo menos estaba limpia. Mientras Marco roncaba en el sofá, Elisa salió por la puerta para comer con Ana y explicarle lo sucedido.

Ana, como siempre, ya estaba en el bar cuando llegó Elisa. Esta vez Ana se había atado el pelo. Sus perlas se veían más que nunca. Era un claro gesto de que las iba a necesitar muy cerca, pues Elisa venía con el combustible a tope.

—Elisa, ¿cómo estás? —preguntó Ana levantándose para darle dos besos.

Elisa le devolvió el saludo.

—Siéntate, Ana, vas a tener que explicarme algo.

Ana se alegró enormemente de llevar el pelo recogido y de manera instintiva se apretó las tuercas de ambas perlas para asegurarse de que tenía bien sujetas a sus aliadas.

Tras pedir algo caliente para comer, ya que Elisa estaba hambrienta, las chicas comenzaron su particular puesta en escena; el teatro debía continuar.

—Esto ha sido una tomadura de pelo, Ana —comenzó narrando Elisa—. No había nada, no había dinero, no había cheques. Era todo una trampa, el caso es... ¿de quién? Marco es un desastre. Le gusta que lo admiren; le encanta llevar triunfos a casa y a sus amigos, juega a ser el rey león y mil cosas más, pero, hasta donde yo sé, salvo que me oculta algo, nadie tendría por qué haberle hecho esta... estupidez absurda en la que tú también tienes algo que ver.

Ana tragó saliva. Se pasó las manos por los laterales de su cabeza para volver a asegurarse de que las perlas se veían bien.

—¿Yo? —preguntó Ana con tres tonos distintos de voz en una sola palabra.

—Pues sí, Ana, parece que tú también estás en esto.

—Elisa, por Dios, yo no sé de qué me hablas. Me estás asustando.

Elisa vio a Ana más tensa que nunca, nerviosa, colorada...

—A ver, Ana, que no pasó nada, al menos de momento, pero, para que no te dé un ataque, te voy a explicar aquí mismo el contenido de la caja. De hecho, le he sacado una foto. Mira.

Elisa sacó su teléfono y le enseñó a Ana los tres objetos que contenía la caja.

—Esto es lo que había dentro. ¿Qué te parece? —preguntó Elisa.

—No sé qué decir —dijo Ana mientras palidecía y sus labios se ponían del tono de aquel que va a soltar una vomitona sin avisar.

—Eso no es todo —continuó Elisa.

Ana tuvo una arcada.

—Cada uno de estos objetos tiene un destinatario. ¿Qué te parece?

—No sé —añadió Ana con un hilo de voz que parecía apagarse por momentos.

—Pues sí, esta es la nota —dijo Elisa mientras enseñaba a Ana la carta que le habían dejado sus majestades los reyes dentro del regalo.

Ana enmudeció por completo mientras tragaba saliva.

—Ana, por Dios, ¿qué es esto?

—Te juro que no lo sé, una broma pesada en la que estoy yo por casualidad. No creo que tenga mayor importancia —dijo Ana tocándose las perlas con fuerza.

—Vale, olvídalo, Marco me dijo que hoy mismo me diría qué ha pasado con todo esto. Te pido, por favor, que no saques el tema con Claudia. No me apetece dar explicaciones; me inventaré cualquier cosa y ya está.

Terminaron rápido el almuerzo y enseguida se levantaron para ir a La Hora del Té con las chicas.

Mientras caminaban, Ana estaba muy callada. Elisa, sin embargo, no paraba de hablar del miedo que había pasado en el túnel, de lo admirada que estaba de sí misma por haber conseguido salir de allí haciendo cosas que pensó que nunca haría.

—Ana, tengo que agradecerte tus mensajes. Me has animado mucho; sin ti no me hubiera atrevido a hacer nada de lo que hice. ¿Cómo podías estar tan segura de que yo lo iba a conseguir? A mí, que todo me da pánico.

Ana sintió una emoción nueva gracias a las palabras de Elisa. No había sentido esa emoción en mucho tiempo. Elisa nunca le había agradecido que se preocupara por ella. Es más, a Elisa le molestaban los sermones de Ana, pero esa vez no había sido así. Esa vez alguien le daba las gracias por ayudar, mientras que ella pensaba que ayudar era abrir los ojos a los demás y decidir por ellos lo que tenían que hacer. Ana se sintió muy bien.

Ambas jóvenes llegaron a La Hora del Té puntuales, Claudia y Manuela, ya estaban allí.

—Hola, Elisa, ¿cómo estás? Ana nos dijo que estabas un poco indispuesta —preguntó Claudia.

—Sí, llevo unos días con un dolor de espalda horrible, ahora estoy mejor —dijo Elisa fingiendo bastante mal mientras se sentaba en la mesa con las chicas.

Claudia pensó que Elisa tenía una cara horrible; pensó también que su melena necesitaba de manera urgente un buen tijeretazo. Pensó que podía haber llamado para decirle que estaba mal, pensó también que podía haber pedido vez en la peluquería, y por último pensó que un buen trozo de tarta con el café le sentaría de vicio.

—Yo te veo muy buena cara, Elisa; seguro que ya estás recuperada —dijo Claudia después de haber pensado todo lo anterior y mirando la carta de postres de la cafetería.

Manuela le sonrió a Elisa y se apartó levemente para dejarle sitio en la mesa. La chica del tiempo había cambiado ligeramente su vestuario. Se había atrevido con el rojo en el suéter, pero en la otra mitad de su cuerpo seguía vistiendo de marrón: pantalón marrón y zapatos marrones.

—Estamos de suerte —intervino la chica de casimarrón—. Tendremos unas Navidades soleadas. Dan buen tiempo hasta pasado el fin de año. Creo que algún día puede haber una nube que tape algo el sol, pero será a última hora de la tarde. Las temperaturas

serán frías, como es lógico en esta época del año, pero creo que no habrá mucha diferencia entre las mínimas y las máximas.

Las chicas escucharon el parte, bajaron la cabeza y continuaron mirando la carta de postres.

—Chicas, va a ser genial —continuó Claudia—. He pensado que, con motivo de las Navidades, vamos a ampliar los días para hacer nuestras tardes de sesiones de belleza en casa de Claudia, de hecho, haremos una especial Nochebuena y otra, especial fin de año. En estas sesiones, no solo habrá merienda, sino también cena. Haremos más tratamientos. Incluso le he dicho a Manuela que hablara con sus compañeras de la academia de peluquería para que vinieran al salón. Cuantas más peluqueras seamos, más rápido iremos y más tratamientos podremos hacer. Seguro que estarán encantadas de venir; para ellas es una buena oportunidad para darse a conocer como peluqueras. Va a ser genial.

Manuela esta vez no miró a Claudia; se limitó a abrir su bolso y coger un pañuelo de color verde y atárselo al cuello.

—Manuela, dame tu bolso que te lo coloco en esta silla —dijo Claudia.

—No, está bien aquí. Gracias —contestó Manuela.

Ana estaba muy atenta a la conversación, conversación lo suficientemente atractiva como para que ella atacara sin piedad y se quedara con un buen sabor de boca, pero Ana no dijo nada. Ana estaba muy seria.

—¿Vosotras qué haréis en Navidad? —preguntó Claudia terminado el último bocado de su tarta.

—Yo iré con mi madre, una cena rápida y a dormir —respondió Elisa.

—Yo no lo sé todavía —dijo Ana mirando el reloj.

Manuela no dijo nada, sacó un espejo y se retocó los labios. Esta vez su carmín rojo no era el de Claudia. La chica polietiquetada como chica del tiempo con labios rojos y vestida de casimarrón estaba, poco a poco, empezando a salir de su cascarón.

De manera inesperada Ana se levantó de su asiento.

—Voy al servicio —se disculpó.

Elisa se había dado cuenta de que Ana estaba demasiado seria. Pensó que tal vez serían asuntos de trabajo; al fin y al cabo, ser comercial añade un plus de preocupación a tu día a día: si no vendes, no cobras. Y eso que Ana valía para vender; era observadora y siempre tenía algo que decir sobre cualquier cosa; eso sí, mejor que no llevara las perlas en su periplo por los domicilios. Esas perlas tenían mucho peligro.

No habían pasado apenas un par de minutos cuando sonó un teléfono. Elisa se dio cuenta de que sonaba dentro del bolso de Ana porque lo había dejado en el suelo, justo al lado del asiento de Elisa y, además, abierto.

Elisa, en un acto instintivo, miró hacia el teléfono que sonaba, que estaba a la vista en el bolso abierto de Ana. No pudo evitar ver el nombre de la persona que llamaba: Marco.

A Elisa le dio un vuelco el corazón. Marco. «¿Qué hace Marco llamando a Ana? —pensó—. Marco iba a hacer una llamada para aclarar lo sucedido en el túnel, pero ¿por qué

llama a Ana? ¿Qué está pasando aquí?».

Ana vino enseguida y Elisa no dijo nada.

Ana miró a Elisa. Elisa miró a Ana. Parecía como si las dos estuvieran esperando una explicación de la otra. Ana se sentó y cogió el teléfono de su bolso bajo la atenta mirada de Elisa, mientras Manuela y Claudia hablaban ajenas a lo que ahí estaba sucediendo.

Elisa seguía mirando a Ana para comprobar su reacción al ver la llamada de Marco. Ana se dio cuenta, dejó el teléfono en el bolso como si no hubiera pasado nada y se unió a la conversación. Elisa, haciendo que estaba atenta a lo que decían Claudia y Manuela, no paraba de darle vueltas a esa llamada y a la forma de quedarse a solas con Ana para preguntarle. Tuvo suerte. Ana se levantó de la mesa y dijo que tenía que irse.

—Yo también me voy —dijo Elisa viendo la oportunidad perfecta para quedarse a solas con Ana y esperando que el dúo de peluqueras no se uniera a la repentina estampida.

Hubo suerte: las peluqueras siguieron su conversación, y Ana y Elisa salieron juntas del local. Los primeros pasos fueron en silencio, pero Elisa todavía mantenía algo de su valentía del día anterior, así que no dudó en ir al grano.

—Ana, para un momento —dijo Elisa mientras agarraba el brazo de su amiga para que esta no continuara caminando.

—¿Qué sucede? —dijo Ana con la expresión de una mala actriz que trata de interpretar el papel de la que no se entera de nada.

—No estoy muy segura de que no lo sepas; por eso, te lo voy a preguntar de manera muy clara —dijo Elisa mirando fijamente a los ojos de Ana—. Sé que te acaba de llamar Marco. Vi en la pantalla de tu teléfono su nombre mientras te llamaba. ¿Por qué tiene que llamarte Marco justo hoy después de lo que pasó en el túnel? ¿Tienes algo que ver con esto? Ana, tu nombre estaba en la caja y, ahora, esta llamada. Dime la verdad; si sabes algo, tienes que decírmelo.

—Vale, te voy a contar algo, pero, por favor, no te enfades conmigo.

—Ana, me estás asustando. Suéltalo ya.

Ana cogió del brazo a Elisa y ambas se hicieron a un lado de la acera para hablar en la intimidad. Elisa tenía los ojos clavados en Ana, y esta agachaba y subía la cabeza al tiempo que resoplaba sin saber por dónde empezar.

—Elisa, verás —comenzó narrando Ana—. El otro día en la fiesta de Marco estuvimos hablando unos minutos. Fue casualidad; ya sabes que Marco y yo no tenemos buena relación, pero yo me acerqué a la barra para pedir una bebida, y él, que ya había bebido unas cuantas, me preguntó delante de sus compañeros qué tal me iba con la venta de los cuchillos.

»Supuse que querría reírse de mí o que me querría vacilar y, ya sabes cómo soy, decidí hacerlo yo también. Le conté que no solo hacía negocios con cuchillos, sino que mi empresa tenía ciertos trabajos que me podrían dar mucho dinero. Esto se lo dije para herirlo. Sé que los negocios que dan dinero rápido son muy tentadores para él; quería que me envidiara. Fue una defensa; me consta que no me puede ni ver y que ese comentario lo hizo para atacarme.

»Yo sabía, por mis compañeros, que ese tipo de trabajos clandestinos se hacen en mi empresa y se pagan muy bien, así que no le mentí; simplemente, quería que se tragara sus palabras por haberse burlado de mí. El caso es que, en un despiste de sus amigos, se puso enfrente de mí y me preguntó por esos «trabajos» rápidos y tan bien remunerados.

»Yo sabía la misión del túnel; lo supe desde el principio. Siempre me pareció extraña y sin sentido, de hecho, nadie de la empresa la aceptó, incluso había gente que ya hacía chistes sobre el túnel. Estarás conmigo en que suena a broma pesada...

»Estaba muy interesado, pero yo me negué a darle el teléfono del encargado de todos estos temas. Aun así, él insistió. Yo continué con mi negativa y entonces Marco trató de convencerme diciendo que él no tenía miedo a esos cometidos, que estaba muy acostumbrado. Yo le dije que tú te enfadarías conmigo y él me dijo que no te diría en ningún momento que yo le había facilitado el contacto.

»Entonces, me di cuenta y pensé: «Si le cuento esta misión y la acepta, Elisa se dará cuenta, de una vez por todas, con qué clase de persona está. Si Marco acepta esta barbaridad, Elisa abrirá los ojos» y le expliqué en qué consistía y cuál era la remuneración. A la empresa le da igual quiénes hagan estas faenas. Lo que quieren es a un tonto útil y listo.

»Cuando tú me anunciaste que iríais a ese túnel, me entró miedo. Una cosa es intentar que te dieras cuenta de cómo es Marco con el dinero y otra que tú estuvieras metida en esto; por eso, insistí en que llevaras el teléfono e intenté estar en todo momento pendiente de los mensajes. Si te hubiera pasado algo, no me lo habría perdonado.

»No tengo ni idea de qué le prometieron a Marco cuando habló con la persona cuyo teléfono le facilité. Ahí no te puedo decir nada, Elisa, lo siento.

Ana intentó buscar alguna información en los ojos de Elisa, algo que le indicara que no estaba enfadada, pero la cara de Elisa era un cúmulo de expresiones que podían significar demasiadas cosas: rabia, impotencia, tristeza, desilusión, incredulidad... Tal vez habría querido no haber escuchado esta explicación de Ana y que todo se olvidara, que hubiera quedado todo en una anécdota y nada más.

—Ana, no me lo puedo creer. ¿Cómo dejaste que lo hiciéramos?, ¿cómo no me lo dijiste antes?, ¿cómo no lo paraste...?

—Lo sé, Ana, pero Marco y yo... —dijo y e hizo un silencio— Llegamos a un acuerdo: no te diríamos nada. Le dije a Marco que, si tú te enterabas de que había sido yo la que le había dado la información, no me lo perdonarías jamás.

—Ana, ¿por qué?, ¿por qué ese empeño en meterte en mi vida? Claro que estoy enfadada; cómo no voy a estarlo. Sabes, tiene razón Claudia: estás siempre en medio de nosotros dos. ¿Te he pedido yo ayuda con Marco? No, ¿verdad? Entonces ¿por qué demonios te metes? —dijo Elisa a punto de salirse los ojos de la cara, con las venas del cuello inflamadas y casi escupiendo por la boca—. Es mi relación, buena o mala, es la mía; deja de querer salvarme siempre de todo. Me tienes ahogada. Eres... eres... insoportable.

—Elisa...

—No, se acabó, se acabó; no quiero verte, ni a ti ni a Marco. Mira, al final lo has conseguido, pero ¿sabes qué...? Me gustaba más cuando me animabas a hacer las cosas por mí misma en vez de tratar de arreglármelas tú. En el túnel, tus mensajes hicieron que confiara en mí, pero ahora veo que todo eso seguía teniendo un mismo objetivo: Marco.

Elisa se fue directa a su casa, directo a hablar con Marco.

—Elisa.

Elisa giró la cabeza hacia Ana la cual ya quedaba bastantes metros atrás.

—¡Déjame en paz!

Ana se quedó parada en la calle, boquiabierta. Se quitó la goma del pelo; ya no era necesario que sus perlas se siguieran viendo. De hecho, en ese momento, sus perlas le produjeron la más absoluta indiferencia.

* * *

Elisa y su caos llegaban a casa. Ella solo tenía un objetivo, al igual que Ana: Marco.

—Marco —gritó Elisa nada más abrir la puerta.

Marco estaba acostado en su sofá con la televisión encendida; se había vestido con una camiseta negra y sobre esta, una camisa vaquera sin abrochar. Se levantó del sofá esperando la reacción de Elisa; Marco temía lo peor: que Ana le hubiera contado todo.

Se quedó quieto, completamente inmóvil. La persiana estaba parcialmente cerrada y el resto de la habitación a oscuras, lo cual hizo que solo estuviera iluminada la mitad del rostro de Marco; la otra mitad quedaba en tinieblas. Su pelo estaba inmóvil, como él y su boca cerrada dibujaba un medio arco.

Marco estaba erguido; la camiseta negra tenía el cuello estirado. Se veían los poros de la piel desde la clavícula hasta su mentón. Firmes, tiesos. Sus mejillas brillaban, su pelo también, y él no pestañeó ni un minuto.

Elisa tragó saliva, la imagen era demasiado imponente, pero mucho más inmensas eran sus ganas de contarle que lo sabía todo. La tentación era grande, pero su orgullo, en ese momento, mucho más.

—Marco, ¿ya hiciste esa llamada que se supone que lo iba a aclarar todo? —preguntó Elisa con bastante templanza, teniendo en cuenta la disposición con la que venía. Estaba claro que Marco todavía tenía mucho poder sobre su estado de ánimo; aun así, no hubo piedad.

—Sí, la hice.

—¿Y bien?

—No obtuve respuesta —continuó Marco con los brazos en la espalda y haciendo un leve balanceo con su cuerpo todavía erguido y en la misma postura.

—Lo sé todo —dijo Elisa también enfrente de él sin moverse y mirándolo directamente a los ojos, aunque, a veces, también al cuello.

—Bien, pues si lo sabes todo, no hay más qué decir, ¿no?

—¿Por qué no me dijiste lo de Ana? Sabías que me había mandado mensajes y preferiste engañarme a mí en vez de traicionarla a ella. ¿Cómo tuviste el valor, en

aquella situación, de no decirme la verdad?

—Ana es tu amiga, ¿no? A mí no me gusta, pero es tu amiga. Salís juntas; es tu única distracción. Si te decía algo, te enfadarías con ella y te quedarías sola; dejarías de ir a La Hora del Té a pasar horas hablando de lo que hacen los demás, de lo torpes que son todos menos vosotras. Ah, no, que cuando alguna no está también habláis de sus torpezas, con lo cual, si hacemos una regla de tres, no os salváis ni una de las garras de las demás, pero, mira, veo que Ana ha hecho el trabajo por mí.

»Ahora puedes empezar a criticarme, después te irás con las demás y lo harás delante de ellas y así hasta que os canséis, si es que os cansáis. Si vas a echarme el sermón de siempre, te diría que te lo ahorres y, si vas a hablar de mí con tus amigas, te diría que me da igual. Ya no lucho más; que sea lo que tenga que ser.

Marco llevaba en la mano la libreta que estaba en la caja destinada a él; la dejó encima de la mesa y se fue. Elisa se quedó paralizada ante la actitud de Marco y una vez que este se encerró en la habitación, no pudo evitar coger la libreta y abrirla.

«Los dolores de cabeza diarios, mi mal humor, mi mirada desafiante y mi cuerpo siempre tenso por sentir que nunca es suficiente no me han conducido a ninguna parte. Ahora, cansado de perseguir a Elisa para que me apoye y esté orgullosa de mí, a mis amigos para que me admiren, a mi jefe para que piense que mi valor no solo está en bajar y subir cajas... a todo el mundo; ahora que me siento agotado incluso de mi sofá favorito, de la televisión que nunca miro con atención, del ruido del microondas a todas horas, ahora, cansado y avergonzado, me retiro».

Elisa sintió algo nuevo al leer aquellas palabras, una emoción que desconocía, que se unía al resto de emociones que formaban el caos de ese día. Elisa no se reconocía en la escena. El entorno era el mismo: la misma casa, las mismas amigas, la misma peluquera, la misma pareja, pero todo se veía diferente. Sintió como si una estantería en la que todos los libros tienen su sitio y son reconocibles solo con mirarlos se hubiera desplomado de golpe y todo quedara reducido a un bulto enorme que no puedes volver a ordenar porque no recuerdas el orden.

Sintió terror; se sintió en la nada. No tenía sustento, el sustento que le proporcionaba Ana, Marco, su trabajo, su casa... Todo lo que formaba su escenario se volvió irreal, dejó de existir, y no encontró una pared en la que apoyarse para poder sentir que estaba en algún lugar. Marco pasó el resto del día en la habitación; Elisa, en el cuarto de invitados y, ese día, tampoco fue a trabajar.

* * *

Al día siguiente, Elisa se levantó tarde y Marco ya no estaba. Calentó su café como de costumbre, pero esa extraña sensación del día anterior todavía seguía intacta en ella.

Mientras intentaba, sin mucho éxito, entender y ordenar todo lo que había sucedido, el teléfono interrumpió la conversación que mantenía consigo misma delante del café de microondas.

—Sí, soy yo —dijo Elisa.

De repente, su ilusoria y profunda conversación consigo misma dejó de existir y alguien al otro lado del teléfono la llevó de nuevo a la tierra.

—Sí, lo sé —continuó diciendo mientras se sentaba otra vez y se echaba una mano a la frente—. No tengo excusa, soy consciente de ello... De acuerdo, pero creo que no me encuentro en disposición de ir a trabajar en unos días... Lo entiendo, hagan lo que consideren.

Elisa había recibido una llamada de su empresa, había faltado dos días sin avisar y no iba a ser remunerada. Si volvía a hacerlo, sería sancionada un mes sin sueldo e incluso despedida si así lo consideraban.

Supo enseguida que no podría volver al almacén, ya no sería ella la que miraría de reojo a las demás, sino que ella sería la observada, siempre y cuando no la terminaran por despedir, ya que, en ese mismo momento, no podría ni levantar una percha con una camiseta de verano.

Todavía con el teléfono en la mano, Elisa sintió la necesidad de hablar con alguien. Con Ana se sentía todavía sin ganas de hablar; si llamaba a Claudia, esta sospecharía que no hubiera llamado a Ana también, así que decidió pedir vez en la peluquería para disimular.

—Hola, Claudia, soy Elisa.

—Elisa, ¿qué tal estás?

—Bien, llamaba para ver si podías atenderme hoy por la mañana. Me voy a pasar las Navidades a casa de mi madre en unos días y me gustaría, quizás, cambiar el color del pelo o, a lo mejor, cortarlo un poco, no sé; tal vez hacerme un flequillo... Si puedes atenderme sería genial.

—Claro, Elisa, pásate ahora mismo y te digo lo que debes hacer.

«Te digo lo que tienes qué hacer», una frase muy habitual en Claudia que le recordó que, si Ana hubiera escuchado esto, hubiera arrancado con uno de sus discursos sobre el narcisismo de Claudia y su espantosa costumbre de creer que ella sabía lo que todo el mundo necesitaba; pero a Elisa le daba igual. Quería compañía; quería recuperar su sitio; quería volver a reconocer el cómodo escenario en el que siempre había estado.

* * *

—Elisa, pasa, te atiendo ahora mismo, voy a ver cómo van mis peluqueras. Las he puesto con unas clientas y les he dado instrucciones muy concretas de lo que quiero que hagan. Fíjate cuántas hay; todas son peluqueras recién salidas de la academia. Las estoy entrenando un poco para el proyecto de estas Navidades que os conté el otro día, ¿te acuerdas? Tengo que estar muy pendiente de lo que hacen; son nuevas y, ya sabes. El proyecto es espectacular; estoy muy ilusionada, aunque también he trabajado duro. A nadie le llega el éxito sin pensar, discurrir, ser creativo y trabajar. Soy feliz, Elisa, muy feliz.

Mientras decía estas palabras Claudia miraba a su alrededor satisfecha de ver tanta gente en su local. Elisa no dijo nada, solo miró a Claudia y preguntó en qué silla se podía

sentar.

—¿Y Manuela?

—Manuela está en su casa —respondió Claudia mientras colocaba la capa y la toalla a Elisa—. La mandé para ultimar los detalles de la decoración. Le dije que me mandara fotos de todo para ver si estaba quedando bien. No quiero que falle nada, ya sabes, estar pendiente de todos los detalles es garantía de éxito.

—No deberías atosigar tanto a Manuela. Estoy segura de que sabe lo que hace y dejará su casa preciosa —dijo Elisa dándose cuenta de que esa «puntilla» era más propia de Ana que de ella, aunque con más tacto.

—¿Cómo dices eso? Es una novata —contestó Claudia sobresaltada por el comentario—. No puedo dejar esto en manos de gente que está empezando; llevo muchos años en la peluquería, no es comparable todo lo que he aprendido con lo que puede hacer esa chiquilla. No te imaginas la cantidad de detalles que hay que tener en cuenta. A veces pienso que no me entendéis; esto no se consigue en un día ni en dos, Elisa.

—Vale, vale, de acuerdo —interrumpió Elisa empezando a entender los comentarios de Ana y por qué a veces la sacaba de quicio.

—Volvamos a lo nuestro —dijo Claudia como si no hubiera pasado nada—. Creo que una melena mucho más corta te vendría genial. Te haría también un flequillo de lado, quizás unas capas por atrás y cambio de color base. Encima de ese color te pondría unas mechas en puntos estratégicos para que te dieran más luz. El cambio iba a ser brutal.

—Lo sé, Claudia, si seguro que me dejarías genial, pero ahora que me veo aquí, frente al espejo, creo que solo me cortaré las puntas.

—Elisa, ya sabes que te hago precio; no te voy a cobrar igual a ti que al resto.

—Lo sé, Claudia, no es eso, algún día lo haré; hoy creo que no es ese día.

—Elisa...

—Claudia, por favor, solo las puntas.

Capítulo 7: Una casa y un arco

Después de cortarse las puntas, Elisa pensó que lo mejor era irse a casa de su madre. Pasó allí varios días, incluida la Navidad, como había anunciado a las chicas. Al día siguiente decidió que era el momento de volver a su particular caja de las discusiones para hablar con Marco, sobre todo para anunciarle que le había salido, de manera inesperada, otro trabajo tras dejar el almacén.

—Sí, lo he pensado bien, Marco, he dejado el almacén porque no me sentía con fuerzas de volver; no tenía ganas. Lo que Ana y tú me habéis hecho me ha descolocado todo por completo. Ya me han llamado para otro trabajo en una frutería; ya sé, no es lo mejor del mundo, pero ahora es lo que tengo —dijo Elisa tras volver de pasar las Navidades con su madre.

Marco no estaba en el sofá; estaba sentado en la mesa del salón viendo algunos papeles y facturas.

—De acuerdo, si es eso lo que quieres —dijo volviendo a bajar la cabeza para seguir mirando facturas.

—Sí, es lo que quiero, pero hay algo más —continuó Elisa con el orgullo herido al ver que Marco mostraba la más absoluta indiferencia ante sus palabras—. Intentaré buscarme una habitación compartida con alguien en algún piso; no quiero seguir viviendo aquí.

Elisa esperaba la respuesta de Marco poniendo atención en cualquier movimiento, cualquier gesto, mirada y, sobre todo, en su pelo. Marco nunca se despeinaba salvo en las ocasiones en las que estaba inquieto o preocupado. Entonces, llevaba su mano al mechón que caía sobre su frente para arrastrarlo hacia otro lugar, nunca con éxito, pues su pelo hacía siempre lo que quería, encontrando el lugar perfecto donde colocarse en cada momento. Marco no se tocó el pelo.

—Puedes hacer lo que quieras, Elisa —dijo esta vez sin levantar la cabeza de las facturas.

—Deja de leer esos papeles como si estuvieras arreglando el crac del 29, solo son tres puñeteras facturas: agua, luz y teléfono; no soy idiota, me estás vacilando. ¿No tienes nada qué decir a todo esto?

Elisa y Marco habían cambiado por un momento sus papeles: Elisa, en ese momento, era la que lo buscaba, y él, el impasible. Sin saber que esto era lo que estaba ocurriendo, Elisa no se sintió cómoda persiguiendo de esa manera a Marco, pero tampoco le gustó esa pasividad que Marco mostraba hacia ella. Danzando entre estas dos posturas, entre estas dos formas de relacionarse, jamás avanzarían; esto ya no tenía solución, al menos no la deseada en aquel momento.

La decisión tomada ante esta imposibilidad de comunicarse fue la más sencilla: no comunicarse.

Elisa ya no hablaba ni con Ana ni con Marco. Solo le quedaba Claudia, pero, llegados a

este punto, no le apetecía nada encontrarse con la peluquera aspirante a la empresaria del año y con Manuela, la chica del tiempo de casimarrón que solo sabía hablar de lo bonito que estaba el día cuando hacía sol. Elisa se quedó sola.

La frutería en la que tenía que trabajar Elisa estaba a unos cuarenta kilómetros de la casa que compartía con Marco. Debía coger el autobús todos los días para ir y volver; de momento, no había otra opción.

Elisa nunca había trabajado en una frutería. Plátano, pera y manzana era poco más de lo que sabía sobre vegetales y demás seres vivos del campo. Por suerte era invierno y no había muchas variables extrañas de frutas tropicales que tuviera que memorizar. Entre los básicos y alguna coliflor de desenvolvía bien, el resto vendría con la práctica. El caso era deshacerse de la ruta de siempre y ver qué le podría deparar la vida. Estaba dispuesta a dejar al lado su antigua identidad de mujer pusilánime y un poco torpe. Desde aquella aventura en el túnel, algo en ella había empezado a tomar forma.

Al terminar el trabajo, Elisa se iba a casa. Marco estaba en una habitación y ella en otra. Solo compartían café y microondas, el cual, entre uno y otro, hacían pitar más de lo habitual; en esa casa ya no se cocinaba como antes, y eso que «como antes» podía ser un poco de pasta con alguna lata; con suerte, un pollo al horno; los huevos fritos también tenían su sitio, aunque jamás se llegó a distinguir dónde estaba la yema y dónde la clara una vez servidos en el plato. La situación no era nada cómoda.

La jornada de Elisa en la frutería eran cuatro horas por la mañana y tres por la tarde, de tal manera que se veía obligada a comer en aquel lugar para no hacer cuatro viajes entre ir y venir a su casa; también para evitar encontrarse con Marco y con las chicas, las cuales seguían yendo a La Hora del Té.

Lo único que sabían las chicas era que Marco y Elisa no estaban pasando por su mejor momento. Ana no quería llamar a Elisa por miedo a que le colgara el teléfono y Claudia nunca llamaba; siempre era a ella a quien llamaban. Eso daba más categoría.

* * *

—Buenos días, perdona que te moleste, pero te veo a veces en la frutería y después comer aquí sola. No vives cerca, ¿verdad?

Elisa la miró sorprendida.

—¿Perdón? —dijo Elisa.

—Sí, lo siento, no me he presentado; mi nombre es Brigitta.

—Cierto, vivo un poco lejos —contestó Elisa sin querer dar demasiadas explicaciones y todavía sorprendida por la impulsividad de la chica.

Brigitta era una mujer de unos cuarenta y tantos años, y de estatura media. Su piel era muy fina y pálida, y, junto con su pelo rubio, aunque teñido, hacía pensar en esas mujeres nórdicas de perfecta piel aterciopelada que con los años se convierte en una explanada de arruguitas pequeñas que mantienen su luminosidad.

Su pelo estaba bastante estropeado por el tinte, aunque lo llevaba orgullosa y con dignidad en una media melena muy corta, casi a la altura de las orejas. Si la hubiera

visto Claudia, le hubiera hecho un menú desplegable con todos los tratamientos que debía hacerse para parecer una persona normal, Claudia era de labia suelta, pero en el fondo le gustaban las personas que llevaban un aspecto normal.

Lo mejor de Brigitta era su estilo, informal, bien combinado y nada convencional. Llevaba un jersey blanco y una falda con mucho vuelo en tonos burdeos y rosa, unos botines blancos de cordones marrones y un abrigo ajustado color crema. Gracias a su pequeña estatura y su bajo peso, cualquier cosa que se pusiera lucía con una considerable elegancia que hacía que se desviara la atención de su pelo. Cuesta creer que una persona que da tanta importancia a su vestuario tenga tan descuidada su cutícula capilar, pero así era Brigitta.

—Tu nombre es...

—Elisa, me llamo Elisa.

—Bien, Elisa, siento de verdad interrumpirte, pero me gustaría decirte que, si te interesa, hay un par de pequeñas casas aquí que son una verdadera ganga. Su dueño no vive en España; ha heredado dos viviendas juntas, aunque independientes, de sus familiares españoles, pero él reside en Alemania, donde tiene su familia y donde yo lo conocí —dijo Brigitta—. Mi descendencia es alemana, me casé con un español, pero ahora soy viuda, y, aunque viajo por temporadas a Alemania, me vine a vivir aquí no hace mucho tiempo. Me gusta la tranquilidad de esta parte de la ciudad.

Elisa escuchaba atentamente a la parlanchina muchacha que le estaba contando media vida sin terminar de ir al grano.

—Este señor no puede hacerse cargo del mantenimiento de las viviendas y, en realidad, el dinero no le hace falta. Lo que quiere es que se las cuiden, se las limpien y se las mantengan —continuó Brigitta—. No se quiere desprender de ellas por si en un futuro pudiera hacerles falta a sus dos hijos que ahora mismo están en la universidad. Solo necesita que alguien se encargue de las viviendas y pague las facturas de lo que consume; es el único precio que pone a cambio de tenerlas en buen estado.

Elisa no pudo procesar tan rápido la información, pero no tenía nada que perder; aun le quedaban dos horas para volver a entrar en la frutería, así que apuró su almuerzo y acompañó a Brigitta a ver las viviendas.

No estaban muy cerca de su trabajo; de hecho, estaban a la salida de la ciudad, en la cima de una pendiente. Las casas que estaban alrededor tenían un aspecto descuidado, eran viejas y, desde luego, nada tenían que ver con esas dos preciosas viviendas estilo alemán.

Las viviendas eran estrechas; tenían dos plantas y una tercera acabada en un largo y picudo tejado al estilo de las antiguas viviendas nórdicas. La fachada estaba pintada de blanco y adornada con tablones de madera que formaban cuadrados y cruces sobre ella. Solo una de las viviendas tenía muebles y esa fue la que le interesó a Elisa. Brigitta la abrió.

La entrada tenía unas escaleras que daban a la puerta de la vivienda. A los lados, había dos parcelas pequeñas de jardín que enmarcaban la entrada. Las dos chicas entraron.

—¡Madre mía, tremenda casa! —dijo de manera espontánea Elisa nada más ver la planta baja.

—Lo sé; los muebles son impresionantes, un poco barrocos, eso sí, pero eso era lo propio de la casa alemana de la época.

—En esta cocina casi se podría vivir —dijo Elisa nada más entrar en la cocina situada a la derecha de la vivienda—. Tiene una estufa de hierro y desde la ventana se ve todo el pueblo. Esto es enorme —continuó Elisa sin creerse que existieran cocinas donde pudieras darte la vuelta sin medir el vuelo que necesitas coger por si te comes el microondas que está detrás.

—Nos queda todavía la segunda planta. En ella están las habitaciones, y la tercera, la abuhardillada, se utiliza de trastero; pero mira esto... —dijo Brigitta entusiasmada por enseñarle a Elisa el enorme salón que daba a un pequeño porche en la parte de atrás de la casa.

—No me puedo creer que el dueño solo quiera que pague las facturas por estar aquí —dijo Elisa viendo un acogedor salón con tres sofás colocados en forma de U frente a una chimenea.

—Vamos fuera —continuó Brigitta.

El porche era pequeño; disponía de un balancín y una mesa con sillas en el medio. Unas pocas escaleras llevaban a una terraza alrededor de la cual había plantas un poco descuidadas y llenas de maleza.

—Esa casa es un sueño, pero no sé si podré mantener este jardín.

—No, Elisa, tú debes mantenerla limpia y cuidada, encargarte de reparar lo que tú estropees, pero el mantenimiento de cualquier cosa que pueda fallar corre a cargo de su dueño. El jardinero viene de vez en cuando; no te preocupes.

—En fin, qué puedo decir. ¿Me lo pienso y te lo digo mañana?

—Como tú quieras. Te dejo mi teléfono, llámame —dijo la pequeña mujer rubia mientras se iba caminando como si tuviera otra cosa de la que ocuparse y hubiera olvidado por completo a Elisa.

Elisa regresó a su casa después de terminar su jornada en la frutería. No sabía qué decisión tomar. La última palabra la tenía, como siempre, Marco, pero no por lo que le fuera a decir con palabras, sino por cuales serían sus movimientos mientras se lo decía.

—Marco —dijo Elisa nada más entrar por la puerta y viendo que él estaba en el sofá esta vez con la televisión apagada.

—Hola —dijo Marco levantándose del sofá para recibir a Elisa, eso sí, desde una distancia prudencial—. ¿Qué tal hoy en la frutería?

—Bien, bien —respondió Elisa mientras dejaba el bolso y las llaves encima de la mesa.

—¿Tú cómo estás? ¿Todo bien en el trabajo? —preguntó Elisa queriendo comprobar si su decisión de mudarse al palacio alemán la podría disfrutar sin remordimientos o si la mirada de Marco se apoderaría de forma irremediable de sus sueños nórdicos.

—Todo bien —contestó Marco.

No estaba todo perdido. Marco no se había movido de su sitio; seguía enfrente de Elisa

sin inclinar su cabeza hacia delante, como solía hacer, para soltar el clásico sermón y poner a Elisa de los nervios para que ella soltara todo lo que se solía guardar días y días. Ese era su juego, pero, en ese momento, nadie quería mover su ficha.

Puede que fuera por el cansancio, el agotamiento, el ver que nada nunca llegaba a ninguna parte y que se habían pasado años girando en la espiral del perseguidor y la víctima, y viceversa. Esa espiral solo se podía romper si así, uno enfrente del otro, lograban cortar con un cuchillo la tensión, una tensión no solo palpable, sino visual, que había entre los dos. Una cuerda casi visible en la mente de ambos que, aunque ninguno lo había llegado a manifestar, estaban deseando que, de una vez por todas, alguien la cortara como fuera.

—Marco —dijo Elisa sintiendo que ella tenía el cuchillo que podría acabar con esa horrible cuerda que los mantenía impasibles uno frente al otro—. He encontrado un lugar donde vivir, así no tendré que ir y venir todos los días. —Elisa hizo una pausa—. Es posible que tengas que asumir tú todo el alquiler y no sé si podrás; yo pudo pagarte este mes mientras buscas otro lugar —continuó Elisa mirando fijamente a Marco, que seguía con los brazos cruzados muy serio y clavando sus ojos oscuros en la claridad de los de Elisa.

—No te preocupes. Puedo asumir el alquiler hasta que encuentre otra cosa —respondió Marco sin mover los brazos de su sitio y aprovechando el turno de su particular partido de tenis.

—Entonces, entiendo que está todo claro, ¿no es así? —preguntó Elisa.

—Eso parece —dijo Marco soltando los brazos mientras se giraba para ir hacia su habitación.

Elisa se acercó al sofá. Encima de él estaba la libreta que habían encontrado en la caja que iba a tener la información que les iba a salvar la vida. Parecía usado, quizás porque Marco había escrito alguna cosa más. Elisa acercó su mano al cuaderno; quería abrirlo, pero algo hizo que se echara para atrás y no lo hizo. Quizás prefería no saber más de lo que ya sabía; había sido una buena despedida y mejor no estropearla con información que pudiera entorpecer su tránsito hacia aquel pintoresco palacio alemán.

Elisa llamó a Brigitta y recogió sus cosas.

* * *

Una vez que Elisa metió lo poco que tenía en aquella enorme casa, se dio cuenta de que le iba a costar más de lo que pensaba adaptarse al tamaño de cualquiera de sus habitaciones. Se veía en medio de la nada y rodeada de muebles barrocos que le recordaban a esos fantasmas que terminan viviendo solos en un castillo porque la gente les tiene miedo.

Elisa se preguntaba si el destino no la habría conducido hasta esa casa para que acabara sola entre muebles alemanes sin que nadie quisiera hablar con ella. Una vez dentro pensó que, quizás, era así como acabaría.

La idea la hizo pensar que no podía permitirse tener esa imagen. Había aceptado vivir

en esa casa por las condiciones de alquiler, no porque fuera un fantasma, y estaba dispuesta a demostrar que ella no huía de nada ni que la habían encerrado en esa mansión por ningún motivo extraño. La mente de Elisa iba sola. Es lo que tiene vivir entre tanto espacio vacío sin nadie con quien hablar.

Mientras colocaba sus cosas, sacó el arco y la flecha que había encontrado en la caja y que le correspondía a ella como regalo sorpresa. Volvió a ver sus iniciales: M. F. H.

«El arco es bonito», pensó y, sin vacilar demasiado, lo cogió y lo montó; sacó un cuadro de la pared y en su lugar colocó una pequeña diana que venía con el arco. Nunca había usado un aparato así y tuvo bastante puntería. No dio en la diana, pero casi. Tiró unas cuantas veces más y no lo hacía mal; Elisa pensó que aquello podría servirle para distraerse en la cantidad de horas sola y aburrida que tendría que estar allí.

* * *

—Buenos días, Elisa, ¿qué tal has pasado tu primera noche? —preguntó Brigitta entrando en la frutería.

—Ah, hola, Brigitta. Muy bien. Estaba bastante cansada y enseguida me quedé dormida. Todo genial, y, además, no se escucha ningún ruido; se descansa de maravilla. Creo que es una de las cosas que más me va a gustar de este lugar.

—Perfecto, recuerda llamar al jardinero para decirle cuándo quieres que vaya. Él antes aparecía cuando quería, pero, al estar tú, mejor que lo llames para que venga cuando no te moleste.

—Lo haré.

—Por cierto —dijo Brigitta mientras Elisa le pesaba las peras conferencias y mandarinas con rama—. ¿Te apetece que comamos en el sitio de siempre? A no ser que ya tengas planes, claro.

—No, no tengo planes, no he comprado nada todavía que sea comestible —dijo Elisa soltando una leve carcajada—, será genial, así me cuentas alguna cosa de esta zona; no quiero parecer un fantasma viviendo en un castillo.

Brigitta sonrió ante la ocurrencia de Elisa.

—De acuerdo; cuando salgas, te espero en el bar —respondió Brigitta.

* * *

El bar donde comían era una cafetería con muebles de madera que no se había renovado en años, pero ¿para qué? Era de las pocas en las que podías hacer de todo: beber, comer, tomar café, tomar copas... Tenía mucha clientela y todo era abundante y barato.

—¿Y bien, Elisa? ¿Qué te ha traído a este lugar?

—Pues mira, fue casi como por arte de magia. Dejé mi trabajo anterior por una serie de cosas que ocurrieron y, al poco tiempo de apuntarme en el paro, me llamaron para venir a trabajar aquí, en una frutería, algo que, por cierto, me sorprendió bastante —dijo Elisa mostrando en su rostro su profundo asombro por conseguir casi un trabajo de un día para

otro—. En realidad, me llamaron a las pocas horas de haberme apuntado.

—¿Qué fueron esa serie de cosas que te pasaron? Bueno, entiéndeme, solo si tú quieres contármelas.

Elisa dudó unos segundos si contarle lo que había sucedido; al fin y al cabo, no conocía de nada a Brigitta. Aun así, pensó que, si quería encontrar un nuevo entorno, debía abrirse y contar la verdad.

—Uf, no sé cómo explicarte —comenzó diciendo Elisa tras ponerse cómoda para empezar a relatar sin caer en demasiados detalles—. Llevo varios años trabajando en un almacén. No me gustaba, pero no estaba mal. Cubría mis gastos y podía pagar la parte de mi alquiler, alquiler que compartía con mi pareja, o expareja, ahora mismo no lo sé muy bien. El caso es que sucedió algo surrealista; mejor no te lo cuento porque me da hasta cierta vergüenza. Ese algo hizo que me planteara algunas cosas. En aquel momento, todo giraba en torno a mi trabajo, mi pareja y mis amigas, las cuales nos reuníamos casi todos los días en una cafetería para charlar y esas cosas, ya sabes.

»Si bien es verdad que lo pasábamos bien y olvidábamos nuestros problemas a partir de pasteles y café, el ambiente a veces era tenso. No sé cómo explicarlo. Parece que todas nuestras rarezas, nuestros miedos, nuestras inseguridades, las llevábamos a esa cafetería para hacer un coctel explosivo entre nosotras que no siempre acababa bien. Creo que eso lo notábamos todas, pero, aun así, ahí seguíamos; todos los días lo mismo. No recuerdo una sola conversación en la que no hayamos hablado cada una de algo que nos importe, que nos preocupe, que podamos echar una mano o simplemente escuchar a alguien que ese día había tenido un problema. Las conversaciones siempre acababan igual: señalando o juzgando a la que no estaba, poniendo caras o muecas a la que acababa de hablar porque no nos gustaba o nos aburría lo que estaba diciendo... Lo peor es que me entretenía; ocupaba un espacio vacío entre la casa y el trabajo, y, por qué no decirlo, estaba muy cómoda.

»Mi pareja, Marco, es un hombre embaucador, decidido, fuerte y de mucho carácter. Siempre he tenido la impresión de que no sentía ninguna admiración por mí, pero él sí la conseguía de todo el mundo. Eso le daba licencia para echarme en cara que él era el que tiraba de nuestras vidas, nuestro bienestar, y que yo un cero a la izquierda que solo sabía quejarme. Marco es...

—¿Es...? —insistió Brigitta.

—En realidad, creo que sí, que Marco es especial, que tiene algo. Pero ese algo no es lo que él cree. No es la soberbia, no es la manipulación, no es esa osadía, ese querer siempre estar en primera fila. Él no se da cuenta; solo es brillante cuando no se da cuenta, cuando... —«Danza», pensó Elisa.

—Vaya, qué interesante. ¿Y entonces, qué pasó? ¿Cuál fue el detonante para que te decidieras?

—Bueno —balbuceó Elisa al verse metida justo en la parte que no quería contar—, en realidad, fue un cúmulo de cosas y el detonante fue... fue la última ocurrencia de Marco, que en realidad no fue del todo suya, aunque sí, y también..., bueno, una amiga, Ana,

que me ocultó cosas. Total, da igual, el caso es que entre unos y otros me apetecía conocer otros ambientes. Creo que estaba enredada siempre en lo mismo y es posible que me aburriera, o me desencantara, ¡bah!, no lo sé, qué más da; seguro que te estoy aburriendo.

—Para nada —se apresuró Brigitta en corregir a su nueva amiga—. ¿Tú te aburres contándomelo?

Elisa hizo una pausa y miró sorprendida a Brigitta.

—No, la verdad es que no me he aburrido en absoluto, sino, todo lo contrario. Creo que algo tan normal como poder contarle a alguien cómo te sientes hacía años que no lo hacía, y ahora que lo pienso, no sé por qué en unos pocos minutos te lo cuento a ti.

—No le des vueltas a eso ahora. Lo contaste porque lo necesitabas, ya está, aunque parece que hay algo que sigues ocultando —dijo Brigitta muy segura de sí misma. Elisa la miró sorprendida—. Lo siento, no tenía por qué haber dicho eso, por supuesto tú puedes contar hasta donde quieras, faltaría más. Perdona, a veces soy muy impulsiva —se disculpó Brigitta.

—No te preocupes; no es nada raro, bueno, un poco —rectificó Elisa haciendo una mueca—, pero prefiero no hablar de ello.

—De acuerdo, mira, hagamos una cosa. Puedes llamarme cuando quieras. Yo estaré encantada de escucharte; tengo mucho tiempo libre —contestó Brigitta mientras le ofrecía una bonita sonrisa de complicidad.

—Qué suerte, tiempo libre —dijo Elisa devolviéndole la misma sonrisa.

—Sí, bueno... —contestó Brigitta.

—Oh, disculpa, no me acordaba de que... —rectificó Elisa.

—De que era viuda... —dijo Brigitta.

—Sí, eso... que lo siento.

—No te preocupes, eso ya pasó; lo importante es que nos hemos conocido y ya tenemos alguien con quien hablar —dijo Brigitta mientras le cogía las manos a Elisa como gesto de cordialidad.

Elisa parecía muy cómoda con la chica rubia del pelo erizado que vestía bien, así que se dejó querer.

—Además, estás de suerte —continuó Brigitta mientras cogía su abrigo, esta vez de color azul cobalto, dispuesta a salir del local—, el día de Nochevieja, en la plaza que está justo enfrente de la frutería, hay una pequeña fiesta en la que asiste mucha gente de la zona y alrededores; es todo muy informal, al más puro estilo verbena de toda la vida y el ambiente es muy bueno. Muchos cenan allí el típico picoteo. Otros lo hacen en su casa y acuden al evento solo para despedir el año. Yo que tú no me lo perdería.

Mientras terminaba de explicarle a Elisa lo que se encontraría en la fiesta de fin de año, Brigitta se puso el abrigo y salió por la puerta, una vez más, como si Elisa ya hubiera dejado de existir. Estaba claro que Brigitta iba a lo suyo. Era independiente y, cuando acababa algo, cerraba carpeta y a otra cosa; eso le agradaba a Elisa, acostumbrada a que el resto de sus amigas siempre siguieran y siguieran con el tema de conversación

hasta el hartazgo y, lo peor, era que casi siempre el tema de conversación era el mismo: ella y Marco.

Elisa sentía una sensación de alivio al hablar con Brigitta. No se sentía juzgada ni sentía que era el centro de todas las reuniones. O bien la vida del resto era muy aburrida, o bien la suya era demasiado divertida. El caso era que eso la agotaba; con Brigitta, todo era diferente.

Esa nueva sensación tan placentera que estaba empezando a invadir su cuerpo se desplomó de golpe, cuando, al llegar a su nueva casa después de trabajar, vio en el teléfono una llamada de Ana y un mensaje: «Llámame, por favor».

Elisa dudó unos segundos qué hacer. «Tenía que ser justo ahora», pensó. Ana era su amiga. Sí, cotilla, borde, jueza de todo y abogada de nada, pero, a su edad, no podía cometer la torpeza de ignorar a alguien que, aunque de manera poco acertada, la había acompañado muchos años de su vida.

—Hola, Ana.

Elisa finalmente decidió llamar.

—Elisa, hola. Te llamé antes, pero no cogiste; supongo que aun habrás llegado ahora a casa —dijo Ana.

—No estoy en casa, bueno, es largo de contar —contestó Elisa.

—Lo sé, Marco me ha dicho que has cambiado de trabajo y que ya no estás viviendo con él.

—¿Has hablado con Marco?

—Sí, lo he llamado porque estamos preocupadas por ti. Bueno, estoy preocupada, ya sabes que Claudia está a lo suyo.

Elisa resopló al comprobar que Ana seguía igual, siempre atacando a Claudia o a quien fuera.

—Mira, Ana, ahora no me apetece mucho hablar. Si quieres, te llamo yo en otro momento —contestó Elisa para evitar que Ana se llevara las pocas gotas de tranquilidad que le había proporcionado Brigitta y volviera a llenar el vaso de tensiones y preocupaciones de las que estaba intentando deshacerse.

—Podría pasar a verte —contestó Ana—. Si me das la dirección, voy cuando tú me digas. Necesito hablar contigo.

—De acuerdo. Pásate mañana y hablamos. Entro a las cinco en la frutería, así que después de comer me vendrá bien.

—Ahí estaré.

Elisa, tras proporcionarle la dirección a Ana y despedirse, no pudo evitar pensar en lo poco que le apetecía esa conversación; eso la hizo sentirse mal, con remordimientos, con culpa, con la dichosa culpa.

«Quizás debiera esperar un poco más para hablar con Ana; ahora no me encuentro con ganas. Es demasiado pronto; todo fue demasiado rápido —pensó—. Pero ahora ya no quiero llamarla otra vez, habría necesitado un poco más de tiempo, aun así, cuanto antes me quite esta conversación del medio, mejor».

Mientras navegaba entre estos dos pensamientos, mientras dentro de ella seguían sus dudas, mientras el caos había vuelto a visitarla..., se dio cuenta de que el caos permanecería con ella mientras no tomara una postura seria y firme. Pero en ese momento no estaba Marco para aconsejarla, aunque Marco solo la hubiera hecho sentir como alguien que no sabe ordenar su vida. El sermón de Marco se lo conocía muy bien.

«Llamaré a Brigitta para comer con ella antes de hablar con Ana». Y con este pensamiento, se fue a dormir.

* * *

—No tienes por qué abandonar a las chicas —dijo Brigitta al día siguiente mientras comía con Elisa—. Dale tiempo a que se acostumbren a tus decisiones. Al principio no lo entenderán y es muy probable que intenten que vuelvas al campamento base; nadie puede entender lo que sucede en la piel del otro, salvo que haya pasado por lo mismo y sea capaz de percibirlo.

—Sí, sé que tienes razón, pero, ¡cómo cuesta!

—Sí, cuesta, ¡y mucho! Ya sabes, no estás haciendo nada malo, pero el mundo creerá que eras mejor persona antes. Eso lo debes tener muy claro y estar preparada para ello. Lo estarás, seguro, cosas más valientes has hecho.

Elisa, extrañada por este último comentario, levantó la mirada y la clavó sus ojos azules en la chica del pelo encrespado.

—¿Cómo? No sabes si he hecho cosas valientes o no. Creo que no te he contado nada de eso.

—Cierto, pero me lo puedo imaginar, todos las hemos hecho alguna vez, ¿no crees? —dijo Brigitta mostrando una vez más su facilidad para contestar a cualquier cosa con una elegante rapidez.

Elisa quedó más aliviada al comprobar que el comentario de Brigitta era una respuesta poética sin más; le hubiera sorprendido bastante que ella, una desconocida hasta hacía dos días, supiera algo de su vida.

—En fin, Elisa. Me voy —dijo Brigitta con prisa como si el punto final a cualquier reunión lo tuviera que poner siempre ella—. Llámame cuando quieras, ah, y piénsate lo de la fiesta de fin de año.

Elisa le ofreció una leve sonrisa y, antes de que pudiera coger sus cosas para irse, Brigitta ya había desaparecido.

La joven regresó a su casa. Ana debía de estar a punto de llegar. Elisa tenía la sensación de estar esperando a alguien que le iba a pedir explicaciones por haber hecho algo malo. Intentaba convencerse a sí misma de que estaba en su derecho a sentirse traicionada, que lo que había hecho Ana era horrible, pero no solo ese día, sino todos esos días que le machacaba hora tras hora hablándole de lo horrible que era Marco y lo tonta que era ella.

El timbre sonó y Elisa cogió aire.

—Me encanta tu casa —dijo Ana nada más subir las escaleras como si no hubiera

pasado nada.

Ana tenía la melena ligeramente más corta; tal vez se había hecho alguna capa en el pelo, pero seguía con las mismas perlas, las cuales no dudó en señalar nada más entrar por la puerta metiéndose el pelo detrás de las orejas.

—Sí, es bonita y grande... Pasa, ahora mismo te la enseño —contestó Elisa para romper el hielo. Enseñar una casa, o hablar del tiempo, siempre ayuda a no tener que mostrarte como eres o, en el caso de Elisa, a expresar lo que sientes.

Después de ver todos los rincones del palacio alemán, Elisa le ofreció café a Ana mientras esta esperaba sentada en la enorme cocina.

—Aquí tienes —dijo Elisa sirviendo café para ambas y sentándose a la mesa con Ana sabiendo que, en el mismo momento que estuviera sentada, la temida conversación sería inevitable.

—Te veo bien —dijo Ana.

—Gracias —contestó Elisa removiendo el café sin haberle echado azúcar todavía.

—Elisa, sé que todavía estás enfadada, no debe ser fácil estar aquí, lejos de todas nosotras... y de Marco.

No, ciertamente para Elisa no era fácil, pero fácil y necesario no siempre van en el mismo equipaje, y, en este caso, así era.

—No, no lo es —contestó Elisa haciendo una respiración fuerte y profunda.

—Quiero repetírtelo por enésima vez y lo haré las veces que haga falta —dijo Ana—: yo no quise herirte, no quise hacerte daño; sé que no estuvo bien, pero tenía la necesidad de que abrieras los ojos, de que te dieras cuenta.

El pelo de Ana, más corto y con más volumen, se resbalaba constantemente tapando sus perlas, lo cual le obligaba a metérselo una y otras veces detrás de las orejas. Era más de lo que Elisa podía soportar.

—Ana, no estuvo bien, nada bien y, por favor, para de moverte el pelo. —Ya estaba, Elisa lo había dicho de una vez por todas y se sintió liberada. Ana no daba crédito a lo que acababa de escuchar—. Ana, deja de meterte en mi vida y en la vida de Claudia y en la de todos. ¿No te das cuenta? Deja de querer salvar a los demás de algo que ni siquiera sabes si es verdad y, si lo fuera, no es asunto tuyo. Lo que no sé es como no estás agotada del papel de caballero andante en busca de causas nobles que librar para devolver la dignidad a su linaje. ¡Para ya! No es tu papel, no es tu misión, nadie te lo ha pedido.

—Ana se tocó el pelo con intención de separárselo de la cara, pero, esta vez, bajó la mano y no lo hizo.

—Sé que siempre he intentado que supieras cómo era Marco, pero ahora, por alguna extraña razón que todavía no soy capaz de descifrar, me siento fatal. Me siento como si hubiera hecho algo malo; me siento... me siento como si te hubiera estafado —contestó Ana.

—¿Estafado?, ¿qué tiene que ver esto con una estafa?

Ana, esta vez, se llevó las manos a la cabeza y no a sus orejas.

—Ese es el problema, se supone que tendría que estar contenta de haberte librado de la mala influencia de Marco, pero no lo estoy.

Por primera vez, Elisa vio a una Ana vulnerable. No mentía, ni siquiera ella misma sabía lo que le pasaba y Ana, siempre lo sabía todo. Su pelo cada vez se despeinaba más con el movimiento de su cabeza, pero lo más curioso era que estaba más guapa que nunca. Elisa suspiró.

—En realidad, tu no has hecho nada; solo has acelerado el proceso de algo que era inevitable —dijo Elisa tocándole por primera vez el pelo a Ana y teniendo cuidado de que sus dedos no tocaran lo que ella pensaba que era una maldición: sus perlas—. Está bien, Ana, me voy a tranquilizar. No ha pasado nada malo. He llegado hasta aquí y vivo en un palacio, como Manuela, y, lo más importante, no he vuelto a discutir con Marco, pero, por favor, haz un esfuerzo y no te vuelvas a meter en mis asuntos.

—Prometido —dijo Ana asintiendo con una leve sonrisa—. Ni en los tuyos ni en los de nadie.

—Eso no te lo crees ni tú —contestó Elisa devolviéndole la sonrisa de complicidad.

—Me tengo que ir; me alegro mucho de haber venido. Prométeme que vas a venir alguna vez con nosotras a La Hora del Té. Sin ti es muy aburrido.

—Claro, claro —contestó Elisa—. Como ya no tenéis de quien hablar...

—Uy, que te crees tú eso —dijo Ana cogiendo sus cosas para marcharse—. No veas tú cómo está el temita de Claudia y Manuela. Claudia está que se sube por las paredes porque parece ser que la bella durmiente está despertando.

—Ana..., ¿qué me prometiste? —preguntó Elisa mirándola como una madre que tiene que decirle a su retoño dos veces las cosas.

—Elisa, no me quites la salsa de la vida.

—¡Hala!, adiós.

—Llámame para quedar —dijo Ana ya metiéndose en su coche para irse.

—Lo haré, aunque tienes que saber que tengo una nueva amiga y no es tan chismosa como tú —dijo Elisa gritando desde la puerta de su casa.

—¿Cómo? Y cómo se llama esa nueva amiga que va a quitarme el puesto —preguntó Ana desde la ventanilla de su coche.

—Brigitta, se llama Brigitta, hasta su nombre es diferente, no como el tuyo —dijo Elisa echándole la lengua y cerrando la puerta imitando la actitud de una quinceañera despidiéndose de su amiga unas horas antes del baile de fin de curso.

Tras cerrar la puerta y sin derecho a réplica por parte de Ana, Elisa comprobó que todavía le quedaba media hora para entrar en el trabajo. Le había quedado buen sabor de boca de la visita de Ana, así que decidió compartirlo con su nueva y rubia amiga: Brigitta.

—Elisa, cuánto me alegro de que todo haya ido bien; no tienes por qué apartarte de nada. Puedes compaginar ambas cosas, incluso creo que deberías invitar a tus amigas a la fiesta de fin de año, porque tú seguro que vas. Ya cuento contigo, ¿no?

—Uf, no creo que esté preparada para mezclar tanto. No sé, no me fío mucho. Quiero

decir, Ana no te quitará ojo y Claudia no parará de hablar y...

—Para, para Elisa —dijo Brigitta interrumpiendo la enumeración de la joven—. Qué más da; a mí no me importa en absoluto. Creo que estás tú más preocupada que yo, incluso diría que más que ellas mismas. Invítalas; se lo pasarán bien.

—Lo pensaré; te dejo que voy a arreglarme para ir a la frutería.

Elisa no iba a invitar a nadie. Todavía no era capaz de unificar en su mente las conversaciones con Brigitta y las conversaciones en La Hora del Té. De solo pensarlo se producía un cortocircuito; algo no funcionaba en esa simbiosis. No lo terminaba de ver claro, así que, mientras no le saliera la bechamel sin grumos, no mezclaría harina y leche.

* * *

—Claudia, hola —dijo Elisa mientras caminaba hacia la frutería.

—Elisa, hola, guapa. Te llamo porque quiero que sepas que no me olvido de ti, ay, lo sé, no tengo perdón, pero estoy con mucho trabajo. La peluquería no para, ya sabes, estas fechas son agotadoras. Perdona si me escuchas con una voz extraña, pero estoy comiendo algo porque casi no me da tiempo a nada.

»Las tardes de peluquería navideñas están siendo un éxito, pero, claro, mis peluqueras cometen muchas torpezas y Manuela se empeña en hacer las cosas a su manera, y no veas la energía que gasto con ella. Hay que tener una paciencia... Desde que empezó a trabajar de peluquera está motivadísima. Parece otra, chica, entiendo la vocación, pero... quién la ha visto y quién la ve. En fin, que estoy muy liada.

»Ya me he enterado de lo tuyo con Marco, nos lo contó Ana en La Hora del Té. Espero que estés bien. A ver si puedo ir a verte, pero no sé, porque... uf, de verdad que me gustaría tener más tiempo, pero no puedo y eso que me organizo bien y...

—Claudia, Claudia..., perdona que te interrumpa; ya he llegado a trabajar. No te preocupes; estoy bien, os haré una visita en La Hora del Té.

Elisa, finalmente, no invitó a las chicas a la fiesta de fin de año.

Capítulo 8: Mentirosa

—Son dos casas estilo alemán que están al final de esta calle. El lugar es un poco apartado y además es cuesta arriba desde aquí, pero las casas son amplias y están bien cuidadas —dijo el camarero.

—¿Me podría decir con quién tengo que hablar para poder verlas? —contestó el caballero.

—Una de ellas está alquilada, por cierto, por esa señorita que acaba de entrar por la puerta —contestó el camarero al ver entrar a Elisa después de comer para tomar su café antes de ir a la frutería.

—¡Elisa, ven un momento! —gritó el joven desde la barra.

—¿Qué sucede? —contestó Elisa.

—Este caballero...

—Beltrán, me llamo Beltrán.

—Beltrán quiere saber quién enseña las casas alemanas. Yo no tengo ni idea; supongo que tú lo podrás ayudar más que yo —continuó el simpático chico mientras se iba alejando de la pareja con un par de vasos para meter en el lavaplatos.

—No sé qué decirle. A mí me las enseñó una chica que vive aquí; si quiere, puedo preguntarle a ella o le doy su número de teléfono.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Beltrán.

—Elisa.

—No, disculpe, eso ya lo sé; se lo acabo de escuchar al camarero —dijo Beltrán sonriendo para amainar el malentendido—. Me refiero al nombre de la persona que le enseñó la vivienda.

—Ah, sí, perdón —contestó Elisa también con una media sonrisa tratando de ocultar su vergüenza—. Se llama Brigitta.

Beltrán se quedó unos segundos en silencio.

—De acuerdo, muchas gracias.

Beltrán, tras pagar su consumición, se levantó y se fue bajo la atenta mirada de Elisa y del camarero. Una vez que Beltrán desapareció, Elisa volvió a su café y el camarero, a sus vasos.

—Brigitta, soy yo, estoy pensando en la fiesta de fin de año y no tengo ni idea qué ponerme. ¿Cómo suele ir vestida la gente a estas fiestas? —preguntó Elisa por teléfono mientras se dirigía a la frutería.

—Ve como quieras, abrigada, esos sí. La verdad es que te vas a encontrar de todo: hay gente que es capaz de sacar el vestido de madrina de la boda de su hija para ese día y también es posible que te encuentres a alguien con una visera o una boina. Tú ve cómo te apetezca.

—De acuerdo, me quedo mucho más tranquila; no se me da nada bien ir de compras —contestó Elisa—. Por cierto, creo que hay alguien interesado en la vivienda de al lado.

Hoy en el bar me encontré un caballero que preguntaba quién le podía enseñar la casa. Le di tu nombre, pero no preguntó nada más. Ya me dirás si al final se pone en contacto contigo y voy a tener un vecino. Me haría ilusión; debo reconocerlo.

—Ah, ¿sí? —dijo Brigitta con mucha curiosidad—. ¿Te dijo si me iba a llamar?

—No, no sé nada más; solo sé su nombre, un nombre muy curioso. Se llama Beltrán.

—¿Beltrán? —dijo Brigitta tras uno segundos de silencio—. Sí que es un nombre curioso.

En fin, si no se pone en contacto conmigo, no podrá ver la casa, así que habrá que esperar.

—Muy bien, avísame si voy a tener nuevo vecino —dijo Elisa antes de despedirse—. Ciao, nos vemos.

* * *

—Buenos días —dijo Beltrán al ver entrar a Elisa en la cafetería antes de ir a trabajar a primera hora de la mañana.

—Buenos días. ¿Al final va a alquilar la casa? Veo que sigue por aquí —dijo Elisa.

—Sí, al final la he alquilado.

—Vaya, eso sí que es rapidez —contestó Elisa contenta de que aquella zona del pueblo, un poco solitaria, tuviera algo más de ambiente.

—¿Y cuándo se muda? —preguntó Elisa.

—Por favor, no me trates de usted; vamos a ser vecinos —contestó Beltrán intentando que Elisa se sintiera cómoda.

—Tienes razón —dijo Elisa—. Y ¿cuándo te vas a mudar?

—Hoy mismo. Me llevará el día entero; la casa no tiene muebles y he tenido que traerlo todo.

—Es cierto —dijo Elisa imaginándose cómo debía ser llenar aquella enorme casa de muebles—. En fin, supongo que nos veremos a menudo. Si necesitas algo, ya sabes, creo que soy la persona que tienes más cerca.

—Lo tendré en cuenta, adiós.

* * *

Desde que Elisa salía de la frutería por la mañana hasta que le tocaba entrar por la tarde, pasaban tres horas, demasiado tiempo para estar ella sola en un bar, así que Elisa solía ir a comer a su casa, tiraba unas cuantas flechas de su arco y después bajaba a tomarse un café antes de entrar de nuevo a trabajar.

Las primeras veces que Elisa había entrado en su casa se había sentido como si estuviera fuera del mundo, allí al lado no había nadie, solo otra casa vacía que le recordaba todavía más la soledad de la que disponía. Pero en pocos días, Elisa ya se había acostumbrado a salirse de la viñeta y entrar en su particular estado de soledad, una soledad representada con un castillo alemán lleno de muebles barrocos.

A partir de ese mediodía, ya no estaría sola. Elisa entró en su casa bajo los ruidos de

los empleados de la mudanza de su casa gemela.

A partir de ese momento vería luces, tal vez el ruido de un coche, quizás alguna mascota. Olería de vez en cuando a comida o tal vez al olor del gel por las mañanas. Es posible que incluso alguna vez saludara a su compañero de casa, una casa, exactamente igual a la suya.

Elisa llegó a su casa al final del día y las luces de su vecino ya estaban encendidas; pensó que sería una distracción para ella espiar a su nuevo compañero. Pero era posible que ese no fuera el plan; quizás, todos estaban espiando a todos y ella solo era una más.

—Brigitta, te pedí que me avisaras si iba a tener un nuevo vecino. ¿Querías darme una sorpresa? —dijo Elisa por teléfono con un tono de humor mientras preparaba su arco para practicar como hacía casi todas las noches.

—¿Cómo? —preguntó Brigitta.

—El vecino, que ya está instalado. No me dijiste nada.

—¿Estás en casa? —preguntó Brigitta.

—Sí, ¿por qué?

—Me voy a acercar un momento —contestó Brigitta.

—Como quieras —dijo Elisa un poco extrañada con la reacción de Brigitta.

Elisa colgó el teléfono y se dispuso a hacer unos cuantos tiros en la diana; su puntería iba mejorando día a día.

—Pasa —dijo Elisa unos minutos más tarde tras colgar el teléfono.

Brigitta entró con una chaqueta de punto gris marengo hasta los pies, una falda corta que dejaba ver unas altísimas botas y un pelo... encrespado. Fue rápidamente al jardín de la parte de atrás y miró hacia la casa gemela, y sí, las luces estaban encendidas.

—¿Qué pasa? —preguntó Elisa sin entender nada.

—Pues que yo no le he enseñado la casa a nadie. ¿Cómo ha conseguido alquilarla?

—A ver, Brigitta, a lo mejor consiguió contactar con el dueño; hoy en día no es tan difícil.

—Sí, será eso —continuó Brigitta mientras seguía mirando hacia las ventanas de la casa vecina.

—Estás muy rara. ¿Ocurre algo? ¿Te dan comisión por enseñar la casa?

—No, no es nada, de verdad, pero es que alucino... En fin...

—Venga, ven dentro a tomar algo, aquí hace frío —dijo Elisa.

—Sí, voy.

Justo cuando se disponían a entrar algo llamó la atención de Brigitta.

—¡Espera! —dijo.

—¿Qué? —contestó Elisa mirando hacia donde estaba mirando su amiga—. Sí, es ese, es una persona normal de carne y hueso, de verdad que estás rarísima —continuó diciendo Elisa mientras con una mano empujaba a Brigitta para que entrara de una vez.

—No quiero tomar nada, Elisa; me voy que tengo un poco de prisa.

—Pero, entonces, ¿solo has venido para ver a mi vecino? Pues sí que te ha sentado mal no haberle enseñado tú la casa.

—Tengo ese afán de protagonismo; ¿qué levoy a hacer? —respondió Brigitta sonriendo y volviendo a su papel de mujer segura y controladora—. Nos vemos en la fiesta pasado mañana. Te paso a buscar y vamos juntas, ¿te parece bien?

—Perfecto —contestó Elisa despidiendo a su amiga en la puerta.

* * *

Elisa se levantó por la mañana con una sensación extraña pero agradable al saber que había una persona viviendo a su lado. Era una novedad y eso suponía un chute de emoción al aburrido día a día, elegido por ella, todo sea dicho.

También suponía otro chute de emoción la fiesta de fin de año. Elisa estaba servida. Había pasado de llevar ropa de un lugar a otro en un almacén y discutir con Marco a tener un nuevo vecino, una amiga y una fiesta de fin de año.

No pudo evitar asomarse al porche y ver si había alguna luz encendida por el nuevo huésped. Elisa pensó que su curiosidad sería fruto de la novedad o, quizás, fruto de la curiosidad imperiosa y extraña de su amiga la noche anterior.

Sí, había una luz encendida; entonces, pensó: «esto va a ser divertido».

—Buenos días.

—Buenos días, veo que has hecho la mudanza enseguida —dijo Elisa contestando al saludo de su vecino ya metido en el coche dispuesto a salir—. No sé cómo has podido llenar esa casa de muebles. Es enorme.

—No la he llenado del todo; traje pocas cosas, todavía no sé el tiempo que me voy a quedar —contestó Beltrán con la ventanilla bajada para saludar a Elisa—. Quería preguntarte algo. No me funciona el calentador del agua; supongo que el tuyo será igual. ¿Te importaría enseñarme cómo funciona? He alquilado la casa viéndola solo en fotografías; nadie me ha enseñado nada.

—Bueno, sí, de acuerdo. Te lo puedo enseñar al mediodía o...

—No, mejor de noche; no estaré en todo el día —interrumpió Beltrán.

—De acuerdo, sobre las nueve y media estaré en casa seguro, pásate y te lo enseño.

Beltrán era un hombre de estatura media. Aparentaba la edad de Elisa, quizás algo más, tenía muy pocas canas y las que tenía hacían que su pelo tuviera una apariencia gris perla; parecía un hombre serio. Lo que más le llamó la atención a Elisa no era él en sí, sino la reacción de Brigitta ante todo eso, una reacción poco normal en una señora de su edad que no vivía de alquilar pisos salvo que le hubiera mentado, algo que a Elisa le costaba creer de una persona tan segura como ella.

* * *

—Pasa —dijo Elisa abriendo la puerta de su casa justo a las nueve y media, la hora que ella le había dicho esa misma mañana.

Beltrán pasó con las manos en la espalda y, mirando de reojo, un gesto que Elisa conocía muy bien.

—Esta casa es mucho más bonita que la mía —dijo Beltrán sin mirar a Elisa—. Serán los muebles; son maravillosos.

Elisa no supo qué decir. Quizás fueran maravillosos, pero eran un auténtico horror para sacar el polvo.

—¿Te gusta practicar el tiro con arco? —preguntó Beltrán tras ver el arco de Elisa encima de la mesa.

—La verdad es que lo tengo desde hace poco, pero sí, me entretiene mucho.

—Es bonito —dijo Beltrán pasando uno de sus dedos muy despacio por las letras M. F. H. talladas en la madera del artefacto.

Elisa miró el arco y después a Beltrán.

—No es feo; en realidad, no he visto ningún arco más; este es el primero que tengo —contestó Elisa muy atenta a los movimientos de Beltrán, que eran más bien pocos—. ¿Te enseño el calentador? —preguntó Elisa rompiendo la magia de los arqueros.

—Sí, cierto, el calentador —contestó Beltrán con una expresión confusa como si no se acordara durante unos segundos a qué había venido.

—Este es el calentador —dijo Elisa abriendo una pequeña puerta en la cocina dentro de la cual estaba el depósito del calentador de agua—. ¿Tú también lo tienes aquí en la cocina?

—Sí, está en el mismo sitio y es exactamente igual —contestó Beltrán con las manos en la espalda y muy atento a las explicaciones de Elisa.

—Pues solo tienes que encender y esperar una hora más o menos a que se caliente el agua. A partir de ahí, se va llenando poco a poco a medida que se va vaciando; si eres tú solo, te llegará el agua caliente para todo el día sin problema.

—Sí, es así, pero yo le doy al botón y no me funciona.

Elisa miró a Beltrán y después al calentador, y, además, los miró a los dos con la misma cara.

—Pues... solo se me ocurre que no lo hayas enchufado —contestó Elisa sintiéndose casi ridícula porque la única solución que se le ocurría era mirar si el aparato estaba encendido o no.

—Es posible que no lo haya enchufado —dijo Beltrán tras una pausa de unos segundos.

—Cosas que pasan, ¿verdad? A veces algo tan sencillo como enchufar un aparato se nos pasa desapercibido —contestó Elisa casi deseando que acabara ya esa visita un tanto... incómoda—. En fin, ¿algo más? —continuó Elisa para evitar hablar de los enchufes de las cosas y lo absurda que es la vida a veces y bla bla bla...

—No. Nada más de momento —respondió Beltrán mirando, esta vez, directamente a los ojos de Elisa casi sin pestañear.

—Pues nada, si necesitas alguna cosa más, ya sabes.

—Sí, lo sé —contestó Beltrán—. Adiós.

La conversación había sido absurda, más que absurda. Había sido la típica conversación que estás deseando que se acabe para darte la vuelta e irte a picar algo en la cocina, a ver la tele o a llamar a una amiga para contarte lo imbécil que es tu vecino y reírte de él.

Pero en el caso de Elisa, no fue así. La conversación le había resultado incómoda y soporífera, cierto, pero había habido algo en aquella presencia que había hecho que Elisa se asomara al porche para ver si había alguna luz encendida en la casa vecina, y sí, la había. Primero se encendió la luz de la cocina para apagarse a los pocos segundos. Tras esa luz, se encendió la del salón. Quizás esa luz duró algunos minutos más. Por último, la luz de la habitación en el piso de arriba y, tras ella, una sombra que caminaba, se agachaba y volvía a caminar; así unas cuantas veces. Mientras, ella no podía dejar de mirar al hombre aburrido que caminaba en su habitación.

Sin darse cuenta, Elisa se había sentado en una de las sillas del porche y había cruzado las piernas. Parecía como si estuviera esperando algo, pero no pudo esperar mucho más. El frío hizo que se diera cuenta de que casi no sentía sus labios, entonces entró. Antes de pasar por la puerta que separaba el porche del salón, Elisa no pudo evitar mirar la ventana por última vez. La luz se había apagado.

* * *

—Elisa, feliz año —dijo Ana por teléfono a primera hora de la mañana—. Me da mucha pena que no vengas con nosotras en este fin de año. Me vas a dejar sola con Claudia y Manuela; no te lo perdono. ¿De verdad que te vas a quedar ahí tu sola? Puedes venir si cambias de opinión; yo te voy a buscar.

—Gracias, Ana, pero de verdad que no me apetece. A lo mejor bajo a la plaza, la gente se reúne allí para tomar las uvas y es posible que me pase para ver el ambiente, poco más.

Elisa era consciente de que no le estaba diciendo toda la verdad, pero esa mentira era, en cierto modo, inofensiva. La peor mentira es esa que escondes y que te obliga a actuar de otra manera sin que tú te des cuenta. La mentira primaria es la responsable del resto de tus mentiras y el resto de tus mentiras no es otra cosa que la mayor actuación de tu vida.

—Como quieras, Elisa, pero solo tienes que llamarme y aparezco en unos minutos.

—Gracias, Ana, y feliz año.

Elisa quiso hacerle una pregunta a Ana, pero no se atrevió. Quiso preguntarle si sabía algo de Marco. Elisa intuía que él no llamaría y lo intuía porque ella no lo iba a hacer. Algo le decía que su encuentro no sería motivado por las obligaciones impuestas estos días de Navidad, sino que su encuentro, si es que había algún encuentro, sería de la manera menos esperada.

—Hola, guapa, feliz año —dijo Claudia a última hora del día mientras Elisa se arreglaba para bajar a la plaza—. No te he podido llamar antes porque ha sido un día de locos; ya sabes, la peluquería es el sitio elegido por todo el mundo el día de fin de año: mechas y más mechas, moños, recogidos, litros de laca, pinturas, manicura y un sinfín de cabezas queriendo estar todas estupendas. Ese es mi trabajo: dejar a las clientas de lujo. He tenido que estar pendientes de todas mis peluqueras para que no cometieran errores, si yo falto, esto no funciona, así que ya te puedes imaginar como estoy: completamente

agotada.

»Ahora voy a comer algo, han sobrado unos pasteles que traje a la peluquería por ser un día especial. Es una pena que se estropeen porque son carísimos. Los encargué en exclusiva para hoy mismo, los hay de todo tipo: merengue, nata, chocolate, hojaldre, galleta, frutas confitadas, milhojas... En fin, que, si cambias de opinión, te vamos a buscar, ya lo sabes. Ohhh, ite echaré de menos! Todas lo haremos. Feliz año, amor, que el año que viene sea mucho mejor para ti, cielo. Sabes que te quiero.

—Sí, lo sé, feliz año para ti también Claudia.

Elisa colgó el teléfono pensando que ya no recibiría más llamadas. Estaba segura de que Marco no llamaría y, además, era lo mejor.

Una falda larga con un estampado de flores y un suéter ajustado negro fue el atuendo elegido por Elisa para esa noche; el pelo lo llevaría suelto y se pondría poco maquillaje. Unas botas con un poco de tacón completarían su estilo. Si iba a estar al aire libre, tendría que asegurarse de que sus pies estuviesen calientes. Todo apuntaba a que la noche iba a ser fría e incluso terminaría lloviendo.

Elisa no pudo evitar salir al porche y ver si su extraño y pintoresco vecino tenía la luz de la habitación encendida. Su vecino no estaba. Elisa pensó que seguramente tenía otros planes, sin más.

Brigitta llegó enseguida. Elisa cogió un abrigo color blanco roto y su bolso; se miró una vez más en el enorme espejo de la entrada y salió.

—Qué bien estás —dijo Brigitta al ver a Elisa con el pelo suelto, algo que no hacía de manera habitual.

Brigitta iba como siempre, muy elegante y fiel a su estilo: pantalones amplios color burdeos, suéter blanco con brillo y abrigo negro muy ajustado con las solapas en charol. Sus botines, también charol, estaban adornados con apliques en tono dorado a juego con su bolso.

Pero eso no fue lo que le llamó la atención a Elisa; Brigitta había decidido darle un regalo a su cutícula capilar y se había hecho un baño de hidratación. El cabello, agradecido, brillaba y se movía como si fueran finas hierbas del campo golpeadas por la brisa. Elisa nunca había entendido cómo una chica como ella cubría su cabeza con un estropajo de marca blanca teñido de rubio.

Cuando las chicas llegaron a la plaza, el picoteo ya estaba servido. Varias mesas alargadas llenas de bandejas con comida y un mostrador donde se servían las bebidas conformaban el ambiente festivo de la plaza adornada con luces discretas y una pantalla de cine de un tamaño bastante aceptable para poder ver las campanadas de fin de año.

Lo primero que hizo Elisa fue coger algo para beber; Brigitta la acompañó en su decisión. Ambas chicas tenían una copa de vino blanco en la mano y campaban a sus anchas por las diferentes mesas comiendo a su antojo.

Elisa se dio cuenta de que había muchas clientas en la frutería que la saludaban; otras, simplemente, ponían su mirada en ella. Siempre había sabido que su cabello suelto y sus ojos azules llamaban la atención, pero, esta vez, su rostro no era el de una mujer

agotada y tensa preparada para ver por dónde llegaban las puñaladas que tenía que esquivar. No tenía que ser esa mujer vigilante al acecho de cualquier reproche o pregunta de la que tuviera que defenderse o responder.

Esta vez el rostro de Elisa estaba descansado, sin ojeras. Su maquillaje aguantaba en su piel sin que fuera absorbido por sus poros cansados después de un día de trabajo, de discusiones con Marco y de justificaciones ante sus amigas. El palacio alemán debía de tener algún fantasma que la hacía dormir por las noches y le daba paz durante el día. Elisa brillaba, y, además, lo sabía.

Tras varias copas de vino y la autoestima por las nubes, Elisa no paraba de conversar con las clientas y los curiosos que se acercaban para conocer a la nueva inquilina del palacio mientras Brigitta observaba a la joven en un segundo plano.

—Así que acabas de llegar y estás viviendo en una de las casas alemanas —preguntó una clienta de la frutería.

—Sí, así es.

—¿Y por qué has decidido cambiar y venir a este sitio tan apartado? —preguntó otra señora que la había visto varias veces por la calle.

—Me gusta cambiar de aires; me aburre estar siempre en los mismos sitios. Ya sabes, hay gente que se estanca haciendo siempre lo mismo y a mí me gusta conocer lugares, personas diferentes...

Dos piernas en la oscuridad caminaron hacia Elisa, pero ella no las vio. Eran pasos firmes y lentos. Ella seguía sin verlos. Esa persona estaba casi respirando en su nuca.

—¡Mentirosa!

Elisa se asustó. Los rostros de las señoras que estaban con ellas se quedaron inmóviles. Algunas personas más de alrededor también escucharon esa palabra hiriente y con un tono acusador; nadie se quedó impasible ante aquella voz. Algunos incluso agradecieron ese suceso inesperado para tener algo de qué hablar al día siguiente. Nadie quedó indiferente, solo la música de fondo pudo lograr que las personas más alejadas se mantuvieran al margen y no escucharan, pero el resto sí las había escuchado.

Brigitta no daba crédito a lo que ocurría. No supo qué hacer. Esperó primero la reacción de Elisa.

Elisa se giró y ahí estaba. Era Beltrán.

—¿Qué dices? ¿Estás loco? ¿Qué me acabas de llamar? ¿Cómo te atreves?

Elisa miró alrededor y vio como un corrillo de personas la miraban.

—Elisa, ¿qué sucede? —dijo Brigitta apresurándose en ayudar a su amiga.

—Perdona, no sé qué me pasó —dijo Beltrán intentando agarrar del brazo a Elisa.

—¿Perdona, dices? —intervino Brigitta enfrentándose a Beltrán con rabia—. Déjala en paz. Estás loco.

Beltrán miró a Brigitta y apretó los dientes mientras cogía aire. Mientras, Elisa se dio la vuelta y se largó de allí avergonzada y casi entre lágrimas.

—Ni se te ocurra acercarte a ella —dijo Brigitta.

—Brigitta —gritó Beltrán viendo que la chica rubia con el pelo hidratado se alejaba en

busca de su amiga—. Tú tampoco te acerques demasiado.

Brigitta no le contestó. Se fue a buscar a su amiga, que estaba en una esquina fuera de la plaza.

—Elisa, ya está, solo es un loco, déjalo. Tal y como acaba de actuar, todo el mundo pensará que es un pirado. No merece que te pongas así; él tendría que ser el que esté avergonzado.

Elisa no tenía consuelo. No lloraba, pero sus brazos en cruz y su mandíbula tensa solo significaban una cosa: esa palabra le había abierto una herida.

—Vamos, ven conmigo a este otro lado. Ese individuo ya no te molestará más; ni lo mires.

Elisa dejó que Brigitta la cogiera del brazo y la condujera al otro lado de la plaza. Aun así, no podía evitar mirar por el rabillo del ojo a Beltrán, práctica que no se le había olvidado desde que estaba en el almacén; Beltrán también la miraba.

En aquel lado de la plaza, nadie se había enterado de lo sucedido, pero Elisa no se sentía cómoda. Lo peor era que no se sentía cómoda porque Beltrán le había dado donde más le dolía: no estaba siendo sincera. Quizás llevaba demasiado tiempo sin serlo y eso hacía que la herida sangrara más. Beltrán lo sabía, pero ¿por qué?, ¿quién era él para insultarla?, ¿qué estaba pasando?, ¿por qué Brigitta de repente era su mejor amiga?, ¿por qué Beltrán parecía leer su pensamiento?

—Brigitta, lo siento, me voy.

—No te vayas, espera a que den las campanadas.

—No, me voy. Tengo el estómago revuelto. Creo que he bebido mucho y no estoy cómoda. Me tengo que ir, lo siento.

—Elisa...

—No, Brigitta, no insistas. Mañana te llamo; te lo prometo.

Elisa tuvo que cruzar la plaza para ir hacia su casa y, mirando de reojo, comprobó que Beltrán ya no estaba. Por un lado, quedó aliviada; por otro, pensó que a lo mejor Beltrán estaría ya en su casa o, peor aún, esperándola en la puerta de la suya; al fin y al cabo, eran vecinos.

Elisa empezó a hacerse una película en su cabeza que no la estaba conduciendo a ningún lugar bueno y, justo cuando estaba en el punto álgido del guion, sonó un pitido de un coche.

—Por favor, sube —dijo Beltrán desde la ventanilla.

Elisa se estremeció. El final de su película estaba a punto de hacerse realidad.

—Ni se te ocurra seguirme —gritó Elisa mientras Beltrán caminaba con el coche justo al lado de ella.

—Sé que lo que dije fue horrible. Déjame que te explique; no quiero hacerte nada. Lo siento. De verdad.

Elisa solo pensaba en su guion, en la extraña reacción de Beltrán al alquilar el piso sin verlo, en la reacción de Brigitta al saber que no había querido que se lo enseñara, en la absurda conversación del calentador...

—Elisa, está cayendo mucha agua; te vas a empapar...

—Que te largues —dijo Elisa entre las gotas de agua y las campanadas de fin de año que empezaban a sonar.

Elisa siguió caminando. Su pelo y abrigo estaban empapados, pero ella solo miraba hacia delante.

Por fin Elisa consiguió llegar a la puerta de su casa con éxito y sin Beltrán, que, tras la última campanada, frenó su coche en la puerta de la casa de Elisa.

—Elisa —gritó Beltrán. Elisa giró la cabeza por última vez antes de sacar la llave y entrar en su casa—. Feliz año.

Y diciendo esto, Beltrán subió la ventanilla y metió el coche en el garaje.

Elisa estaba furiosa, pero su furia no era por el impropio de Beltrán, el cual podía afectarla más o menos viniendo de un desconocido. Su furia era justificada porque, en el fondo, Beltrán tenía razón.

El arco y la flecha esperaban a Elisa encima de la mesa. Todavía con el pelo mojado y el abrigo puesto, Elisa apuntó en la diana varias veces seguidas. Todas las flechas salieron del círculo y terminaron cayendo en el suelo. Elisa dejó el arco.

Tras secarse el pelo y cambiarse de ropa, la joven se preparó algo caliente y pensó que se disculparía con Brigitta al día siguiente, pero antes no pudo evitar ir al porche y fijarse en la ventana de la casa vecina. No había luz.

* * *

Al día siguiente, Elisa se levantó temprano y no se escuchaba ni un solo ruido en las calles. Pensó en llamar a Brigitta, pero todavía era demasiado temprano.

Era un día luminoso de esos que le gustaban a Manuela. Había prometido a las chicas pasarse por La Hora del Té y este era un buen día para hacerlo. Mientras, decidió aprovechar la larga mañana que le esperaba para hacer algo productivo.

Se había fijado que la pintura de las escaleras de la casa estaba cuarteada y se caía cada día; se había fijado, también, que había un bote de pintura blanca en la despensa de la cocina. Así que decidió tomárselo con calma y dedicar esa mañana tan luminosa para pintar.

Aprovechando el silencio y viendo que la calle estaba desierta, se puso manos a la obra, no sin antes asegurarse de si había alguna luz encendida en la casa vecina. Esto se había convertido en un hábito o, más bien en una compulsión, como esas personas que necesitan lavarse las manos a todas horas o comprobar que las luces de toda la casa estén apagadas antes de irse. Las obsesiones eran su droga favorita.

Abrigada con capas de lana por el frío de la mañana, Elisa empezó rascando la pintura de un lateral de la escalera. Estaba justo en la parte inferior de esta cuando de repente vio una cabeza asomada a la puerta de su casa.

Elisa se asustó; no esperaba ver algo oscuro y quieto sobresaliendo por su cancilla.

—Buenos días, Elisa, perdona si te he asustado. Quería traerte algo —dijo Beltrán como si el día anterior no hubiera pasado nada.

Elisa se levantó y fue despacio hacia la puerta.

—¿Qué quieres traerme?

Beltrán levantó la mano.

—Estos dos botes de pintura. Los vas a necesitar si quieres pintar toda la escalera. Los tenía guardados en la despensa de la cocina —dijo Beltrán esperando que Elisa los cogiera y lo dejara pasar.

Elisa no dijo nada, pero tampoco abrió la puerta. Nadie sabe qué decir cuando su vecino le trae dos botes de pintura después de haberla llamado mentirosa el día de fin de año.

—Si me dejaras pasar, te explicaría todo. No es lo que crees. No estoy loco; te lo aseguro —dijo Beltrán viendo que su primer intento mostrando dos botes de pintura no había sido suficiente.

Elisa cogió los botes de pintura a través de la cancilla.

—¿Cómo puedes saber que me hacen falta dos botes de pintura? ¿Acaso me estás espiando? —preguntó Elisa defendiéndose como una digna ironía.

—Tú también me espías a mí —respondió Beltrán con la mirada segura y clavada en los ojos de Elisa.

Otra vez lo había vuelto a hacer, pero esta vez Elisa no dijo nada; tenía razón: ella también lo espiaba. No hay más preguntas, señoría.

Elisa abrió la cancilla y Beltrán entró.

—No creo que acabes nunca de quitar la pintura con esa cuchara. Para eso se necesita una espátula. ¿No tendrás alguna por algún sitio de la casa? No sé, en algún cajón o en la despensa de la cocina...

—No he mirado en ningún cajón; solo he visto estas pinturas.

—Yo te traeré una.

Beltrán fue a su casa y trajo una espátula.

—Déjame a mí la cuchara y hazlo tú con esto. Es más cómodo.

Elisa comenzó a sacar pintura con la espátula.

—Ves, así acabas enseguida —dijo Beltrán mientras miraba de rodillas como sus manos finas movían la espátula de abajo arriba arrastrando todos los trozos de pintura vieja que caían amontonados a los pies de ella.

Beltrán cogió la cuchara y allí, a su lado, rascó la misma pared con la misma delicadeza que lo hacían las manos de ella.

—Elisa —dijo Beltrán interrumpiendo un bonito silencio de un bonito día de sol—, quiero explicarte lo que pasó ayer. Sé que es muy posible que no me creas; de hecho, entendería que te pareciera un poco extraño. Bueno, no sé si explicártelo todo o simplemente decirte que... —Beltrán dejó de rascar la pintura, y, ahí mismo, agachado, le contó el motivo de su impropiedad—. Ayer te escuché hablar con esas mujeres y... me recordaste a alguien, alguien que, en fin, que hizo que hoy esté aquí. Nada más. No era yo el que hablaba; era mi resentimiento. Mis recuerdos, algo que todavía no pude superar.

Elisa no lo creyó. Nadie se acerca y llama mentirosa a otra persona porque le recuerde

a alguien, pero ella también había mentido ese día a esas chicas. Los dos estaban mintiendo y los mentirosos se entienden entre ellos porque conocen el juego. Conocen las reglas de las mentiras y sus motivos. La defensa de la mentira es, en cierto modo, un refugio y eso es lo que une a las personas. Los dos buscaban lo mismo y por eso no había nada que echar en cara.

Refugiarse en la mentira es síntoma de que eres inofensivo. No vas a hacer daño a nadie si eres un mentiroso y te manejas entre engaños porque el engaño protege, y ellos, en ese momento, estaban protegidos; habían firmado la paz con el silencio de sus mentiras.

—De acuerdo, te creo —dijo Elisa mintiendo una vez más—. Quizás yo tampoco estuve correcta con todo lo que te dije, pero es que, si hay algo que detesto, es que me llamen mentirosa. Yo nunca miento.

En este juego de mentira tras mentira, se formó un agradable ambiente de concordia y una burbuja en la que los dos se sentían en armonía ocultando la verdad.

Elisa y Beltrán rascaron pintura y hablaron un par de horas. Elisa, que ya se había sacado dos capas de lana al notar el sol de media mañana pegando fuerte en su pequeño cuerpo, se acordó de Marco. Sus sentimientos fueron encontrados; le hubiera gustado que estuviera allí, con ella, rascando la pintura en lugar de Beltrán. Pero, por otro lado, a Beltrán no lo conocía, ni él a ella, y no podía haber luchado si ninguno sabía nada del otro. Beltrán, vestido con ropa cómoda propia de un domingo, también estaba comenzando a tener demasiado calor.

—¿Podemos parar ya y te invito a beber algo en mi casa? —preguntó Beltrán sacándose el sudor de su frente—. Te prometo que otro día te ayudo a pintar.

Elisa no pudo evitar reírse de la poca energía que había demostrado Beltrán en su empeño. Sabía que no tenía ninguna intención de ayudarla otro día a terminar la tarea; aun así, aceptó su invitación. Sentía mucha curiosidad por ver cómo era su casa gemela.

—Parece mucho más grande que la mía —dijo Elisa al ver que casi no tenía muebles y, por lo tanto, el espacio se presentaba mucho más amplio.

—¿Qué quieres beber? —preguntó Beltrán en la cocina mientras ella curioseaba por las distintas habitaciones.

—Cualquier cosa —dijo Elisa despistada mientras seguía centrada en su curiosidad—. ¿Puedo ir a ver las habitaciones de arriba? —preguntó muy metida en su papel de inspectora.

—Sí, puedes ver lo que quieras.

Elisa subió al piso donde estaban las habitaciones. Ninguna tenía muebles, solo la habitación en la que dormía Beltrán, cuyo ventanal daba justo a su porche. Era allí donde ella lo veía pasar de un lado a otro con mucha claridad cada vez que se asomaba al porche para saciar su curiosidad o, tal vez, su obsesión, la cual ya se había convertido en un hábito.

No tardó mucho en llamarle la atención un arcón enorme cuyas dimensiones eran desmesuradas para ser un baúl de almacenaje.

—Sí, es un poco extraño que me haya traído un baúl con la cantidad de armarios que hay en esta casa, pero, ya sabes, todos tenemos nuestras manías —dijo Beltrán desde la puerta con dos copas de vino.

—Ah, sí, bueno, es muy bonito; gracias por el vino —dijo Elisa sin saber que Beltrán estaba en la puerta.

—Desde aquí se ve tu porche —continuó Beltrán.

—Sí, se ve demasiado bien —dijo Elisa mirando por la cristalera y pensando en todas las veces que había tenido que saber que ella lo estaba observando.

—Podrías quedarte a comer; un día como hoy no se puede hacer mucho más por la mañana. Las calles están totalmente desiertas.

Elisa miró a Beltrán y durante unos instantes le pareció un buen plan, pero todavía no se había librado de los remordimientos, esos que te hacen que repases tu lista de desplantes de este año e intentes calmar tu conciencia recuperando el tiempo de los demás y, de paso, perdiendo el tuyo propio.

—Creo que hoy no podrá ser —dijo Elisa—. Quiero intentar quedar con unas amigas. Si ellas no pueden, entonces llamaré a Brigitta; ayer no me porté bien con ella —continuó diciendo Elisa mientras se bebía de golpe el vino que le quedaba en el vaso.

—Vale, te entiendo. ¿Quizás por la noche a cenar? —preguntó Beltrán intentando acorralar a Elisa para que no pudiera dar dos excusas en un mismo día.

Elisa lo pensó y la intimidación surtió efecto. No se le ocurrió ninguna excusa más.

—Quizás pueda, te aviso cuando llegue —respondió Elisa arrepintiéndose de haber bebido la copa de vino de golpe, a la cual echó la culpa de no pensar si en realidad le apetecía ir a cenar con un señor que la había llamado mentirosa.

* * *

—Ana, soy yo —dijo Elisa ya en su casa y dispuesta a quedar con las chicas para contarle lo sucedido en el fin de año.

—¡Feliz año, Elisa! ¿Puedes quedar con nosotras? Vamos a comer juntas un bocadillo en La Hora del Té. No hay casi ningún sitio abierto y el estómago nos pide bien de grasa para digerir todo el alcohol que nos tomamos ayer.

—Justo te llamaba para eso, os tengo que contar.. Bueno, en fin, que nos vemos enseguida.

Al colgar el teléfono, Elisa tuvo la necesidad de llamar a Brigitta. No era justo que la persona que más la había apoyado esos días estuviera sola un día como ese y menos tras el desplante del día anterior. Algo le decía a Elisa que tenía que verla, pero Brigitta no cogió el teléfono.

Elisa decidió que llamaría más tarde. Pensó que, si hacía falta, anularía la cena. Brigitta rondaba por su pensamiento una y otra vez.

Capítulo 9: La danza y la muerte

La Hora del Té parecía un lugar extraño después de algún tiempo sin aparecer por allí. Elisa pudo comprobar, por primera vez, el olor que desprendía el lugar donde se había pasado, casi a diario, los últimos años. Un olor que nunca había percibido con tanta claridad como hasta ese momento.

Una mezcla de café, suelo recién fregado con lejía y de vez en cuando un ligero humo de la freidora la recibieron al entrar por la puerta para ver a Ana y a Claudia en lo que ya era un año más en sus vidas, aunque, tras la noche anterior, parecía como si hubieran pasado diez años por cada una de ellas, sobre todo, Claudia.

—Claudia, cuenta, cuenta, que hoy estás muy callada —dijo Ana mientras se limpiaba la boca tras meterle un buen mordisco a su bocadillo.

—Primero cuenta tú, Elisa; yo necesito comer un poco más. Estoy sin dormir —respondió Claudia, mientras, tras hincar el diente en su emparedado de bacón, queso, jamón y salchicha, la grasa le corría por la comisura de la boca.

—Venga ya, Claudia, si lo estás deseando. ¿Desde cuándo no te gusta contar todo lo que te ocurre nada más sentarte? —dijo Ana.

Elisa dio una sutil patada a Ana por debajo de la mesa para que dejara a Claudia en paz y, mientras lo hacía, Ana le devolvió la mirada colocándose el pelo detrás de la oreja. Elisa de repente abrió los ojos como platos. Ana llevaba unas perlas mucho más pequeñas, pero todavía llevaba perlas, lo cual significaba que debía seguir manteniendo una cierta distancia.

—Vale, lo cuento, dejadme beber agua que estoy seca —contestó Claudia mientras ingería medio litro de agua casi de un trago.

—Sí, sí; bebe, bebe —comentó Ana entre risas.

Elisa no podía contener su curiosidad, así que, dejando atrás su papel de mujer digna y discreta que vivía en un palacio alemán, se unió al ambiente colectivo de cotilleo con olor a lejía y café.

—Cuéntalo ya, soy la única que no lo sabe —dijo Elisa juntando sus manos encima de la mesa y mostrando mucho interés por la noticia.

—De acuerdo, atención —dijo Claudia mientras erguía su cuello, cogía un vaso y daba toquecitos en él con un tenedor imitando el sonido de una campanilla que anuncia el esperado discurso del rey.

—Ayer he conocido a alguien, alguien muy especial con el que he congeniado desde el primer minuto —dijo Claudia separándose el cabello hacia atrás coqueteando consigo misma como si la resaca de su libido pudiera más que la del alcohol—. Un hombre maravilloso; se llama Pedro. Hablamos horas y horas, no sabía que el fin de año pudiera hacerme tremendo regalo. ¿No os parece que es como de película? Estaba tan atento a cada una de mis palabras que me hizo sentir por primera vez que alguien se interesaba de verdad por lo que yo hacía, por mi trabajo, mi dedicación... Eso es justo lo que

necesitaba: alguien que me escuchara, que me entendiera...

»Pedro es especial. Nos miramos y enseguida se acercó para preguntar mi nombre y, a partir de ahí, no nos separamos en toda la noche. Sé que lo voy a tener a mi lado y será mi cómplice, mi apoyo y mi compañero. Sé que con él podré mantenerme ahí, donde quiero estar y donde me merezco. Chicas, estoy en una nube.

A Elisa todo eso le resonaba y le resonaba mucho. Ese discurso lo había escuchado ya en otra parte, quizás en boca de otra persona, tal vez no exactamente con las mismas palabras, pero la sensación era la misma.

—Sí, si ya sabemos todo eso del amor bla, bla, pero ve al grano: ¿cómo acabó la noche? —interrumpió Ana dirigiendo hacia ella el tenedor a modo de micrófono para que soltara de una vez la parte interesante de la entrevista.

Claudia bebió agua despacio para atraer más la atención de sus amigas. Si había algo que le gustaba a Claudia, era precisamente eso: llamar la atención.

—Pues terminó como tenía que terminar. Esas cosas no se cuentan —respondió Claudia con la cabeza muy erguida y una mirada que transmitía satisfacción por haber acaparado la mirada de sus amigas durante un buen rato.

—Bien, Claudia, me alegro por ti —dijo Elisa sin saber si tenía que alegrarse o no por algo que no se sabía si era bueno para ella o no, pero, como siempre, tocaba alegrarse cuando se supone que se tenía que alegrar aun sin saber por qué se estaba alegrando.

Todavía con este rompecabezas en la mente de Elisa, surgió la temida pregunta.

—Creo que Elisa también tiene que contarnos algo —dijo Ana—. Dispara, ¿qué es eso tan emocionante que tenías que contarnos?

En ese momento, Elisa se bajó del ambiente de cotilleo colectivo con olor a lejía y café y se dio cuenta de que estaba volviendo a cometer el mismo error de siempre: poner encima de la mesa su vida para posteriormente ser deshuesada y analizada por los demás bajo la molesta impotencia de no poder hacer nada para evitar que le dieran consejos durante un largo período de tiempo sobre lo que debía o no debía hacer ante esa situación.

—Nada, es la bobada más grande del mundo. Acaba de instalarse un nuevo inquilino en la casa de al lado. No sabía cómo encender el calentador y fui a ayudarlo. ¡Aluciné! Su casa es exactamente igual que la mía. ¿No es curioso?

Claudia y Ana se miraron una a la otra.

—Sí, es curioso —dijo Ana sin saber si eso era alucinante o no, o si tenía que mostrarse sorprendida por eso.

—Pues bien, ahora que ya nos hemos sincerado entre nosotras, voy a pedir un trozo de tarta —dijo Claudia.

—¿Y Manuela? —preguntó Elisa.

Claudia dejó por un momento la carta de tartas y levantó la mirada.

—Mira, no me hables de Manuela. La mosquita muerta resultó no estar tan muerta.

—¿Qué sucede? ¿Te hizo algo? —volvió a preguntar Elisa.

—Nada grave, solo se despertó, como la Bella Durmiente —contestó Ana.

—Ana, no es así; Manuela no me hace caso en nada de lo que le digo. No les llega con la publicidad que les estoy dando como peluqueras, que, además, quieren hacer las cosas a su manera. Les he dejado peinar a mis clientas y eso es una responsabilidad. ¿Y cómo me lo agradecen? Haciéndole caso a Manuela en vez de hacerme caso a mí.

»Manuela ha tomado el mando, organiza y hace todo como le da la gana. Da igual lo que le diga, ha cambiado los turnos para peinar en su casa y no ha decorado la sala como yo le dije. De verdad que me tiene agotada. Mira, Elisa, te voy a enseñar la foto que hice el día de fin de año después de peinar a las clientas, fíjate, se ha colocado en la primera línea de la foto, como si ella fuera la protagonista.

Elisa miró la foto y no encontró a Manuela.

—No veo a Manuela —dijo Elisa.

—Sí, es esta —contestó Claudia señalando a Manuela.

Elisa se fijó en la foto y vio que, en ese momento, tenía el pelo cobrizo, la falda roja y un jersey negro. No quedaba rastro de la chica del tiempo de casimarrón.

—A ver —continuó Elisa—. Es posible que Manuela descubriera su vocación, que Manuela descubriera que sí puede hacer las cosas por sí misma y se pusiera las pilas, nada más. A lo mejor no sabía de su talento oculto y lo descubrió, sin más.

A Elisa le hubiera gustado decirle a Claudia que era muy probable que Manuela se cansara de que le diera órdenes sin parar, la tratara como «su peluquera» y se hubiera querido adueñar de su casa para poner su ejército base y seguir presumiendo de líder a su costa. Le hubiera gustado decir que era tal el hambre de aprobación y aplausos que tenía, que sin saberlo había sacado la parte más competitiva de Manuela arrastrando así a la chica de casimarrón a un lugar peligroso. Pero Elisa, no lo hizo.

—Marco pregunta por ti —interrumpió Ana de manera abrupta como si estuviera esperando el momento para sacar el tema y hacer que Claudia dejara de hablar de sí misma; siempre era un buen momento.

—¿Hablas con Marco? —dijo Elisa extrañada de que Ana tuviera más información que ella misma.

—Sí, bueno, con el temita del túnel, alguna vez hablamos.

—¿Qué te dice exactamente? —preguntó Elisa muy interesada, tras no saber nada de él desde que se había mudado al palacio alemán.

—Solo quiere saber si estás bien, nada más. Yo le dije que sí, que estabas contenta. No sabe si llamarte o no. Le dije que hoy te vería; quizás te llame más tarde. Si quieres, le digo que pase a verte.

—Gracias, Ana, pero, si quiero que pase a verme, también se lo puedo decir yo. En fin, me tengo que ir, tengo que llamar a una amiga.

—¿Nos vas a dejar plantadas por otra? —contestó Claudia—. Invítala un día y la conocemos.

Elisa no quería mezclar ambas amistades. Siempre había tenido la intuición de que, de ahí, no saldría nada bueno, que tal vez alguna de las dos partes saldría perjudicada. Brigitta era algo más que una amistad; era todo verdad, al menos ella así lo sentía. El

resto, digamos, eran buenas chicas.

—Me voy. Os llamo para quedar otro día; os lo prometo.

—Vuelve pronto, Elisa —dijo efusivamente Claudia—. Y tráete a esa chica. Ah, y no te preocupes por Marco; seguro que te llamará.

Al escuchar a Claudia, Elisa tuvo más claro que nunca que no llevaría a Brigitta a La Hora del Té. Si Claudia veía su pelo, no la soltaría jamás. Con respecto a Marco, lo iba a ver más pronto de lo que imaginaba.

—Elisa.

Elisa había llegado ya al final de la calle cuando escuchó, no una voz cualquiera, sino, la VOZ.

Cruzando la calle con paso rápido y mirando hacia los lados, apareció Marco. Tenía el abrigo de ojo de perdiz con las solapas levantadas; llevaba las manos en los bolsillos y su pelo parecía más despeinado. Debajo, su jersey de rayas y un pantalón negro.

—Marco...

—¿Cómo estás? —dijo Marco mientras le acariciaba lentamente su brazo.

—Bien, ¿y tú?, ¿qué hacías por aquí?, ¿ibas a algún lado? —preguntó Elisa.

—Sabía que habías quedado con las chicas, me lo dijo Ana.

—Ya, Ana.

—Elisa, solo vine para decirte algo que es importante para mí. ¿Te acompaño a donde vayas y charlamos? —preguntó Marco haciendo un gesto con la mano para acompañar a Elisa.

—Voy a la estación.

Marco caminó al lado de Elisa, mientras esta, no pudo evitar mirar de reojo sus movimientos. Suaves y firmes. Marco no se movía; algo lo movía a él y lo hacía de forma magistral. Ningún movimiento era casual, todo estaba perfectamente combinado. Si hubiera habido música de fondo, Elisa habría pensado que estaba en el mismo cielo viendo danzar a los ángeles. Debía quitarse esa imagen de la cabeza, pero, no podía.

—Elisa —dijo Marco interrumpiendo su propia danza y situándose nuevamente enfrente de ella—. Sé que lo del túnel fue un desastre, pero me ha hecho pensar que todo este tiempo estuve equivocado contigo.

»Supongo que habrás pensado que fui un imbécil y es así como me sentí al salir de esa cloaca y ser engañado. Salí agotado, Elisa, sin ganas de seguir peleando y queriendo que las cosas salieran siempre a mi manera. En ese momento me di cuenta de que nada de lo que haga va a cambiar, nada, que si algo debe cambiar, lo hará a su debido tiempo, que si algo tiene que ocurrir, ocurrirá sin que yo pueda impedirlo. Ese día, Elisa, mi cuerpo se relajó como no se había relajado jamás. Pero, sobre todo, me di cuenta de que de nada sirve intentar que siempre me acompañes, sigas mis pasos y, mucho menos, que bailes con mi mismo ritmo.

Ahí estaba la clave, en el ritmo. Elisa se había dado cuenta de que Marco estaba confundido. Él siempre había pensado que su fuerza estaba en actuar, triunfar y destacar, que su ambición estaba en conseguir y acumular, que sus trofeos debían alimentar su

vida como carta de presentación hacia los demás. Nunca se había dado cuenta de que no existe una carta de presentación que puedas fabricar. Con la carta de presentación se nace y se muere, y, la suya, era su propio movimiento, su saber estar perfecto y acompasado, sin manual de instrucciones, como el azúcar que cae grano a grano sin que un solo de sus granos se desvíe de la línea recta. Marco, en sí mismo y sin aditivos, era un verdadero inspirador.

Mientras Elisa trataba de saborear cada una de las palabras de Marco, no pudo evitar mirar su pelo. Ya no buscaba el lugar perfecto para colocarse; su pelo, al igual que él, también se había rendido y, en ese momento, campaba a sus anchas de un lado a otro conducido por su propio movimiento, sin presiones. Libre.

—Marco, yo... —dijo Elisa acariciando su mano— te veo diferente.

A Elisa le hubiera gustado decir todo lo que se le pasaba por su mente, pero hubiera sido muy doloroso para ella. Marco quería y debía ser libre, primero, para no tener que perseguir a nadie; después, para encontrar aquello que fuera para él. Solo tenía que seguir su movimiento y pensar, que, en realidad, solo te encuentra aquello que te quiere.

—¿Qué haces ahora, Marco? ¿sigues trabajando? —dijo Elisa intentando que todo aquello que había sentido no pudiera con ella y se desplomara allí mismo como un saco al que acaban de vaciar y se desvanece en el suelo quedando únicamente un trozo de tela arrugado y sin vida.

—No voy a mirar hacia otro lado, Elisa; no voy a parar hasta saber quién nos ha tomado el pelo de esta forma y se ha reído de nosotros en el túnel. Ana me está ayudando con todo esto.

—¿Ana?

—Sí, Ana. Ella fue la que me dio la información.

Elisa empezó a rodar su particular película en la mente, una película con un final que prefería no ver, aunque solo fuera en la pantalla de su cabeza.

—Está bien, Marco; si sabes algo, me lo dices. Yo me voy.

Marco miró los enormes ojos azules de Elisa y pensó que era mucho más fuerte de lo que creía. Ni una sola lágrima cayó por sus mejillas.

—Adiós, Elisa.

Marco se fue dando la vuelta como si el viento se lo quisiera llevar. Sus piernas caminaban con el arco justo y perfecto. Cada paso era un pequeño y armonioso salto sobre el asfalto. El eco de ese salto movió ligeramente su cabeza y esta hacía danzar libre su pelo sin que este se viera obligado a volver a su sitio. El abrigo de ojo de perdiz y sus manos en los bolsillos hacían de marco perfecto para aquella escena. Marco tenía poder, mucho poder; aquel poder lo acompañaría toda la vida.

Elisa dejó las llaves encima de la mesa de su palacio y se derrumbó, se derrumbó solo unos segundos. Después se levantó, cogió su arco y dio tres veces en la diana. Elisa no quería volver a recordar esa película que, en su cabeza, trataba de seguir grabando como si un director tirano quisiera acabar pronto el rodaje y presentarla en primicia ante sus ojos; para distraerse, fue al porche y miró si Beltrán tenía la luz encendida.

«Coge el teléfono, Brigitta», pensó Elisa tras llamar varias veces y no recibir respuesta. Elisa estaba empezando a temer que Brigitta no quisiese coger el teléfono.

* * *

—Buenas tardes —dijo Elisa entrando en la casa de Beltrán tras haber decidido que no acumularía más obsesiones el primer día del año.

—Veo que, finalmente, aceptas mi invitación —respondió Beltrán vestido para salir como si no hubiera dudado ni por un instante que Elisa acabaría viniendo.

—Sí, eso es. Creo que por hoy ya vi a quien tenía que ver, bueno, aunque me hubiera gustado ver a Brigitta —dijo Elisa mirando de reojo a Beltrán al pronunciar el nombre de su amiga.

—¿No has podido verla? —preguntó Beltrán sin mirar a Elisa mientras cogía su abrigo para salir.

—No, no me coge el teléfono.

—No será nada; ya sabes, compromisos el primer día del año o una enorme resaca. Mañana sabrás algo de ella seguro.

—Sí, la veré mañana.

Beltrán miró también por el rabillo del ojo a Elisa.

—¿Vamos? —dijo Beltrán mientras invitaba a Elisa a atravesar la puerta con un leve gesto de su mano.

Recorrieron durante unos minutos las calles de la zona. Elisa apenas había salido de la cuesta que la llevaba del palacio alemán a la frutería. No llevaba mucho tiempo allí y entre sus amigas, Brigitta, el arco y mirar desde el porche a Beltrán, se le habían pasado los días y las horas.

Por el camino, Elisa no sabía qué decir; todo lo que había pasado entre ellos dos desde que se habían conocido había estado impregnado de una comunicación extraña y oscura, llena de misterios y mentiras, o, por lo menos, verdades a medias y un cierto ocultismo aceptado por los dos.

Este halo de comunicación prefabricada los protegía de algo, pero no sabían de qué. Esa misma protección hacía que no tuvieran nada que decir por miedo a delatarse, pero uno no decide cuándo romper las cadenas que esconden la verdad. Es la verdad la que las rompe sin que puedas evitar que salga, empujando, como una bola profunda que yace en lo más hondo de tu estómago. La verdad sale siempre, quieras o no.

Llegaron a un pequeño bar. Quizás el bar tendría más años que Elisa o, incluso, más que la madre de Elisa. Estaba muy limpio; solo tenía cuatro mesas en la parte de abajo y, en una segunda habitación, otras cuatro mesas preparadas para cenar.

La pareja entró en esa segunda habitación y ocupó una mesa al lado de la ventana. Las cortinas eran muy antiguas, casi transparentes y terminadas en un bordado por el cual podría haber pasado una plancha mil millones de veces. El mantel estaba impoluto, blanco, también muy usado y rematado con un sutil bordado.

Beltrán apoyó sus manos cruzadas sobre la mesa y miró fijamente a Elisa, que estaba

justo enfrente.

—¿Qué quieres beber? —preguntó Beltrán.

—Lo mismo que tú.

—Perfecto —dijo Beltrán levantando sus brazos de la mesa de manera brusca tras tardar en reaccionar varios segundos. Esos segundos le habían parecido eternos a Elisa, la cual se había dado cuenta de cómo Beltrán era capaz de mantener la mirada fija en ella o en cualquiera sin inmutarse lo más mínimo.

—Bien, dijo Elisa tras dar el primer sorbo de vino —voy a intentar llamar a Brigitta por última vez si no te importa. Me parece rarísimo que no coja el teléfono.

—Adelante —contestó Beltrán.

—Nada, no coge.

—Mañana sabrás de ella seguro; no te preocupes tanto —respondió Beltrán.

—De acuerdo, ahora háblame de ti. ¿Por qué estás aquí? ¿Estás escapando de alguien? —preguntó Elisa con una media sonrisa para romper el hielo mientras el camarero se iba con la nota del condumio que habían pedido para cenar.

—Yo no, ¿y tú?

—¿Cómo? —preguntó Elisa poniéndose casi colorada ante el revés de pimpón que Beltrán había hecho de forma majestuosa.

—Me refiero, a si has venido aquí por lo que contaste en la fiesta de fin de año o hay algo más—dijo Beltrán bebiendo un sorbo de vino.

—Ah, ya, ya sé por dónde vas. Bien, pues te voy a decir algo: quizás no he dicho toda la verdad; en cualquier caso, ¿eso a ti te importa tanto como para llamarme mentirosa?

—No, tienes razón, no me importa. Esas mentiras no tienen demasiada importancia. Seguro que en toda mi vida yo he dicho muchas más que tú.

—Vale, tú ganas, estoy aquí cenando contigo y tendré que hablar de mí, aunque no quiera. Así que empecemos por dejar de contar mentiras. Vine aquí porque decidí dejar mi trabajo y a mi pareja; me surgió la posibilidad, por cierto, bastante rápido, y aquí estoy. En el mismo sitio que tú, ¡qué casualidad! ¿Satisfecho? —preguntó Elisa tras haber contado la verdad, o lo que ella creía que era la verdad.

Beltrán no contestó; se limitó a mirar a Elisa con los ojos firmes y clavados en los suyos como si quisiera que Elisa fuera, de poder serlo, un poco más transparente.

—Sí, perdona, estaba distraído —dijo Beltrán haciendo de nuevo un movimiento brusco para deshacer su postura de observador.

—Bien, te toca —dijo Elisa—. Tienes que decirme algo de ti. Estarás conmigo en que no es muy normal que esté cenando con alguien del que no sé nada solo porque seamos vecinos y nuestras casas sean iguales.

Beltrán seguía mirando fijamente a Elisa con los codos apoyados en la mesa y las manos en la barbilla.

—Sí, nuestras casas son iguales por fuera, aunque la decoración es totalmente diferente por dentro. La tuya te la han dejado prestada; la mía la he traído yo.

—Pues sí, así es —contestó Elisa bajo la atenta mirada de Beltrán, que parecía estar

haciendo una radiografía de Elisa con algún nuevo dispositivo instalado en sus ojos, los cuales casi ni pestañeaban.

—No sé si ahora puedo contártelo todo, pero no te miento si te digo que he venido aquí para hacer un trabajo. En su debido tiempo te lo contaré si es que te interesa, claro —contestó Beltrán calmado sereno y sin paños calientes.

—Vaya misterio. ¿Por qué no me lo puede decir ahora?, ¿no te fías de mí? —preguntó Elisa.

—No, no es eso, aunque en realidad no te lo voy a poder decir hasta que esté seguro de los resultados; antes necesito algo más de información.

—¿Eres periodista? O, tal vez, ¿espía? —preguntó Elisa intentando quitarle dramatismo a tanta seriedad.

—No vas del todo desencaminada; quizás una mezcla de las dos opciones —contestó Beltrán manteniendo la misma postura y el mismo tono de voz que cuando empezó el interrogatorio—. ¿Acaso tú no espías? —preguntó Beltrán no queriendo desperdiciar esta profesión que estaba dando mucho juego en sus conversaciones desde que se habían conocido.

Elisa frunció el ceño y lo pensó durante unos segundos.

—¿A qué viene eso? ¿Lo dices porque te veo desear mi porche? —preguntó Elisa.

—No, no lo digo por lo que ves, sino por lo que piensas cuando lo ves, lo cual siempre te hace querer saber más. Es ahí donde te conviertes en espía. Todos lo somos; quizás unos más que otros, incluso los hay que se obsesionan con lo que ven.

Elisa consiguió tragar el vino de la copa sin escupirlo. Lo que no pudo hacer fue evitar ponerse roja como un tomate. Aun así, mantuvo el tipo.

—Sí, hay gente que se obsesiona por todo.

La cuerda que sujetaba las mentiras poco a poco se iba desplomando, pero todavía había demasiado donde rascar. Era demasiado cómodo el nudo que guardaba los secretos como para desprenderse de su calidez, y, menos, cuando estaba delante de una copa de vino. Es ahí donde las mentiras externas fluyen, pero las internas son mucho más difíciles de tapar si eres un buen observador y Beltrán lo era.

Tras jugar al ratón y al gato durante algo más de un par de horas, y ya a la altura del postre, Elisa vio la oportunidad de preguntarle a Beltrán por algo que la traía obsesionada y que no terminaba de entender: esa extraña relación que había, o no había, entre Brigitta y él.

—Conoces a Brigitta —afirmó Elisa con un tono desenfadado para que Beltrán no sospechara de su intención.

—No, no la conozco.

—La noche de fin de año, cuando me llamaste mentirosa, Brigitta habló contigo.

—Sí, cierto, me dijo algo así como que te dejara en paz —contestó Beltrán.

—Y tú, a ella, le dijiste lo mismo y la llamaste por su nombre. Eso solo lo hace alguien que sabe quién es la otra persona.

Beltrán bebió agua.

—Sí, así es.

—Entonces, ¿algo qué decir caballero? —preguntó Elisa manteniendo el tono desenfadado.

—No, nada más que decir; ya te dije que todo iría a su debido tiempo —contestó Beltrán mientras dejaba la servilleta encima de la mesa.

—De acuerdo, esperaré. Y ahora creo que debo retirarme, quiero volver a llamar a Brigitta y además mañana toca trabajar.

La pareja se fue a sus respectivos palacios y, allí, se despidieron hasta el próximo día. No era del todo una despedida. Elisa sabía que acabaría espiando a Beltrán antes de acostarse.

—Hola, Ana —dijo Elisa por teléfono llamando a su amiga tras ponerse cómoda antes de acostarse—. Quería contarte que hoy vi a Marco.

—Lo sé, me lo dijo —contestó Ana.

—¿Hablaste hoy con él? —preguntó Elisa.

—Sí, lo llamé para decirle que fuera a verte. Ya sé que me dijiste que lo llamarías tú, pero, no sé, creí que a lo mejor no lo harías.

—Ana...

—Sí, lo sé, quizás no debí llamarlo, perdona; sé que te prometí no meterme demasiado, pero...

—Da igual, Ana, ya está. El caso es que lo vi y lo vi muy bien. Me gustaría saber si realmente solo fue una impresión mía o...

—Está muy bien, Elisa, te lo prometo.

—Gracias —respondió Elisa.

—Necesitas alguna cosa más, tengo que acostarme que hoy no he dormido nada; ya sabes, la resaca y esas cosas.

—Sí, bueno, no... déjalo. Hasta mañana, descansa —dijo Elisa.

—Hasta mañana.

A Elisa le hubiera gustado contarle que Brigitta seguía sin coger el teléfono, que su vecino era un misterio y que no podía evitar mirar su habitación desde el porche todas las noches, que Brigitta y él escondían algo, pero Elisa no lo hizo. Tenía claro que no quería volver a ser la presa fácil del hastío de otros y, aunque quería a su amiga, Ana todavía llevaba perlas.

La cabeza de Elisa, llena de personajes que no era capaz de etiquetar ni de ubicar, estaba a punto de estallar. Aun así, se fue a dormir no sin antes salir al porche. Beltrán tenía la luz apagada y a Brigitta, la vería al día siguiente tal y como él le había anunciado, aunque, quizás, no de la forma que le hubiera gustado verla.

* * *

—¿Eres Elisa?

—Sí, soy yo —contestó Elisa por teléfono a primera hora de la mañana siguiente antes de salir hacia la frutería.

—Soy una cliente de la frutería. Quería decirte que Brigitta, bueno... Si pudieras acercarte a su casa ahora, por favor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Elisa exaltada mientras se levantaba de golpe de la silla de la cocina donde estaba tomando su primer café del día.

—Mejor lo ves por ti misma. Ven rápido, por favor.

Elisa se vistió a toda prisa y salió por la puerta corriendo hacia la casa de Brigitta. En la entrada había mucha gente, un coche de policía y una ambulancia.

—¿Qué sucede? —preguntó Elisa a la joven que la había llamado por teléfono y que estaba justo en la entrada.

—Elisa, Brigitta no cogía el teléfono ayer en todo el día y vine a ver qué le sucedía —dijo la joven todavía asustada por lo que había visto.

—¡Quiero pasar! —dijo Elisa intentando hacerse un hueco entre la gente para llegar hasta la puerta.

—Espera, voy contigo —dijo la muchacha.

Brigitta estaba tumbada en una camilla con una sábana.

—¿Qué sucede? —preguntó Elisa al sanitario de la ambulancia.

—¿Es usted familiar? —preguntó a su vez el sanitario.

—Soy su amiga.

—Señorita, me temo que su amiga ha sido envenenada. Por lo que sabemos, tuvo que ser ayer por la tarde; de momento no le puedo decir nada más.

—Pero ¿está bien?

—Siento decirle que esta chica está muerta —respondió el chaval—. Y no con un veneno cualquiera; ha sido fulminante. No sé quién le ha hecho esto, pero estos venenos solo los consiguen en la KGB. Por lo menos, en las películas que yo he visto; en fin, todavía hay que hacer la autopsia y ver qué clase de sustancia es. Ahora, por favor, déjenos pasar; tenemos que llevarnos el cuerpo.

—Espere, quiero verla.

—No, no puede ser, usted no es familiar.

—Por favor —insistió Elisa.

El chico miró a Elisa, dudó unos segundos, pero finalmente, y, tras fijarse en los ojos azules de Elisa humedecidos, se decidió a levantar solo un trozo de la sábana.

Allí estaba la cara de Brigitta. Impecable y con su pelo todavía hidratado de la noche anterior. Elisa se echó a llorar.

—Elisa, lo siento; sé que erais buenas amigas —dijo la muchacha que la había llamado por teléfono.

—Más que eso, era más que una amiga —contestó Elisa entre sollozos—. Por favor, ve a la frutería y di que no me encuentro bien. Tengo que saber qué pasó. Te prometo que te lo compensaré, no sé cómo, pero lo haré; por favor, haz esto por mí —dijo Elisa.

—De acuerdo, lo haré —dijo la muchacha todavía impactada por el suceso y más a un por la reacción de Elisa, que parecía conocer a Brigitta de toda la vida.

Elisa quiso contárselo a alguien y sintió la necesidad de ir, sin pensarlo mucho, a la casa

de Beltrán, la persona que estaba más cerca de ella.

Beltrán no abría la puerta pese a la insistencia de Elisa que tocaba el timbre sin parar. «Abre de una vez», pensó Elisa. Viendo que era inútil y que Beltrán no abría la puerta, decidió ir a su casa y tal vez llamar a Ana o a Marco, pero, justo cuando se iba a dar la vuelta, vio que la puerta del garaje no estaba cerrada del todo. Si la puerta estaba entreabierta, Beltrán tenía que estar dentro.

Entró en la casa de Beltrán por el garaje, subió las escaleras y empezó a llamarlo. Al ver que no estaba en el piso de abajo, subió hacia los dormitorios en la segunda planta. Su habitación estaba cerrada. «Es posible que se haya quedado dormido y, por lo tanto, esté dentro», pensó Elisa. Así que, sin dudar, abrió la puerta.

Allí no había nadie. La persiana estaba levantada y la cama estaba hecha, pero había algo más: el baúl gigantesco estaba abierto. Elisa, conducida por su curiosidad y por los nervios —todavía incontrolables— de lo que acababa de ver, no pudo resistirse a mirar.

—¡Dios mío! —dijo en alto Elisa al comprobar que, dentro de aquel arcón, estaba justo lo que ella jamás habría pensado.

Cientos de cuchillos llenaban aquel inmenso baúl y todos llevaban un sello: M. F. H. Elisa se echó hacia atrás con uno de los cuchillos en la mano. Beltrán tenía algo que ver con el túnel. En ese momento, algunas frases que había dicho Beltrán la noche anterior volvieron a resurgir en su mente: «Espía», «Verás a Brigitta mañana seguro», «no te puedo decir lo que estoy haciendo...».

«Beltrán ha matado a Brigitta. Se conocen, pero... ¿qué pinto yo en el medio de todo esto?, ¿por qué se han acercado a mí estas dos personas?», pensó. Elisa se asustó y llamó a Ana.

—Ana, por dios, estoy en casa de Beltrán y en el baúl hay muchos cuchillos y todos llevan la marca M. F. H., la marca del arco. Este señor tiene que ver con el túnel. Acaba de matar a Brigitta y yo estoy aquí, en su casa, y...

—Para, Elisa, tranquilízate, me estás poniendo nerviosa. ¿Quién demonios es Beltrán? —preguntó Ana.

—Beltrán es mi vecino; tendrías que saberlo.

—¿El del calentador?

—Sí, ese mismo, Ana. Pareces tonta, te lo dije el otro día.

—No me dijiste que se llamaba Beltrán, bueno, da igual. Primero, tranquila, ya estoy yo al otro lado. Cuéntame con más detalle.

—Brigitta es esa amiga que te conté. Está muerta; ellos se conocían, aunque lo ocultaban y no sé por qué. Ahora veo estos cuchillos con la marca de mi arco. Esa marca tiene que ver con tu empresa. Ana, tú le propusiste esto a Marco. Beltrán pertenece a tu empresa y ahora a lo mejor viene a por mí... ¿Por qué no me dijiste que esta marca era la de tu empresa? —preguntó Elisa todavía con uno de los cuchillos en la mano.

—Elisa, no vi el arco; solo una foto de él. Después Marco me lo dijo y entre los dos estamos investigando. Teníamos muchas cosas atadas, pero esto nos da muchas pistas más. Lo primero, sal de ahí, pero ya. Yo voy a llamar a Marco.

—De acuerdo —dijo Elisa mientras colgaba el teléfono y bajaba las escaleras con unos de los cuchillos en la mano.

De repente, algo detuvo a Elisa justo al terminar de bajar la última escalera.

—¿Qué sucede, Elisa? ¿Qué haces aquí? —dijo Beltrán abriendo la puerta de la entrada y encontrándose de frente a Elisa con uno de sus cuchillos.

—No te acerques o te lo clavo, que sepas que, con solo dar a un botón, tengo aquí a la policía —dijo Elisa totalmente fuera de sí y con el cuchillo en dirección a Beltrán como si no tuviera ningún reparo en utilizarlo—. Eres un mentiroso; tú has matado a Brigitta y encima tienes la poca vergüenza de decir que ya la vería hoy, pero te faltó decir que muerta. ¿Cómo no me di cuenta antes?

—Elisa, déjame que te explique —dijo Beltrán con la puerta ya cerrada e intentando que Elisa se calmara.

—No cierres la puerta o llamo a la policía. Voy a salir ahora mismo y no quiero ni una palabra.

Beltrán se fue acercando poco a poco a Elisa.

—Deja el cuchillo, por favor. Ahora tengo que irme, pero te lo explicaré cuando quieras. Te dije que todo en su debido momento.

—Un paso más y te tragas el cuchillo. Tú sabías quién era yo. Seguro que también sabes quién es mi amiga Ana y mi novio, Marco. Lo sabías todo; tú eres el artífice de esa ridícula misión del túnel. Ahora solo quiero que me dejes salir y ya se encargará de ti la policía.

Elisa empujó a Beltrán y consiguió abandonar la casa gemela. Fue corriendo a la suya y cerró la puerta todavía con el cuchillo en la mano.

Sonó el teléfono.

—Elisa, estás bien, ¿dónde estás? —preguntó Ana.

—Ya estoy en casa, vi a Beltrán y pasé mucho miedo, pero conseguí salir de allí.

—Muy bien, Elisa, siempre lo consigues; lo has hecho genial. Marco y yo estuvimos averiguando cosas sobre Beltrán todos estos días. No teníamos ni idea de que fuera tu vecino. Tranquila, voy a tu casa y te lo cuento; no quiero que estés sola.

—De acuerdo, estoy bien. Te espero —contestó Elisa.

Elisa no quiso salir al porche y no quiso moverse de la silla; solo quería que viniera Ana y le contara. Al poco tiempo se tranquilizó y se levantó, cogió un vaso de agua y entonces pudo empezar a pensar. Elisa pensó en todas las veces que Ana le había dicho que había hablado con Marco y, aunque en ese momento no había dicho nada, algo por dentro se iba acumulando poco a poco cada vez que de la boca de Ana salía la palabra Marco. Demasiadas llamadas entre ellos, demasiado misterio a su alrededor.

Si Elisa hubiera visto una película por Navidad, seguro que le habría gustado que fuera la suya en ese momento. No entendía nada y, lo peor, no podía hacer nada más que esperar.

La danza de la muerte podría ser el título perfecto para sus últimas veinticuatro horas. Esas danzas medievales en las que hombres vestidos de esqueletos recorrían plazas y

calles anunciando lo inevitable. Elisa, solo podía acordarse de esas dos cosas: la danza de Marco y la muerte de Brigitta.

Ana tocó el timbre.

Capítulo 10: La cristalera

—Elisa, por dios, ¿qué pasó?, ¿cómo estás? ¿Y Beltrán sigue en esa casa? —dijo Ana entrando a toda prisa y dejando el abrigo en la primera silla que encontró en la entrada.

Elisa, todavía con la puerta abierta, no pudo evitar fijarse en algo que la paralizó casi de la misma forma que la había paralizado encontrar los cuchillos de Beltrán.

—Ana, tus perlas, tu pelo. ¿Qué te has hecho? —preguntó Elisa como si el asesinato de Brigitta y su extraño vecino de repente no tuvieran ninguna transcendencia para ella al lado de aquel acontecimiento.

—¿Qué importa ahora eso? —respondió Ana.

—Sí, sí que importa, Ana, estás... estás... rara.

Ana llevaba el pelo cortó. Había cambiado sus perlas por dos pequeños aros y su pelo ya no era negro; tenía un cierto color cobrizo oscuro acompañado de algún mechón dorado.

—Siéntate, tengo que hablar contigo —dijo Ana empujando a Elisa hacia la cocina y obligándola, casi con un empujón, a que se sentara mientras Elisa no paraba de mirar su pelo, sus orejas... Casi echaba de menos aquellas dos bolas blancas que habían acompañado la amistad de ambas jóvenes durante tanto tiempo.

—Elisa, te he mentado —dijo Ana mirando de frente a su amiga sentada justo delante de ella.

En ese momento, Elisa creyó empezar a entender algunas cosas. Todas esas pequeñas pistas, hasta la desaparición de sus perlas y las continuas llamadas a Marco le habían hecho pensar que Ana había mentado y Elisa sabía muy bien cuál era el objetivo final de esa mentira. Su obsesión, su recelo, su mal humor: Marco.

—Puedes empezar a hablar. Te escucho —dijo Elisa aparentando una serenidad que no existía y una falsa dignidad que en ese momento no tenía. Elisa estaba haciendo la mejor actuación de su vida. Estaba culminando su obra maestra con la mayor y más perfecta mentira que podría haber dicho nunca—: estoy preparada para escuchar lo que sea que me tengas que decir.

Ana valoró la frialdad de Elisa aun sabiendo que era falsa. Todos los que mienten son capaces de reconocer las mentiras en el otro. Es una cuestión de táctica, estrategia y supervivencia. En ese caso, era una gran mentira, pero necesaria para que Ana tuviera el valor de decir todo lo que no había dicho en años.

—Voy a empezar por el principio —dijo Ana mientras se ponía de pie e intentaba calmar sus nervios ante la firme promesa de vaciar el baúl de sus mentiras—. Yo le propuse a Marco ir a ese túnel; no fue él que me lo pidió.

Elisa, de momento, se mantenía en silencio.

—Aquel día, en la fiesta, no fue él que se acercó a mí —continuo Ana—; fui yo la que me acerqué a él de manera premeditada. Lo tenía todo planeado. En nuestra empresa no nos conocemos personalmente; solo nos comunicamos por correo electrónico. Hacía un

par de días que nuestro jefe, Beltrán, por aquel entonces no sabía su nombre, ya que se presentó siempre como el Sr. Adánez, escribió al equipo para decirnos que tenía un trabajo para nosotros y que el que lo quisiera hacer sería muy bien recompensado. También comentó que, si ninguno de nosotros queríamos, podíamos buscar a alguien que lo hiciera, aunque esa persona, al ser ajena a la empresa, tendría que ser lo bastante ambiciosa como para actuar sin pedir explicaciones, solo movida por la recompensa.

»Al enterarnos en qué consistía la misión, comentamos entre nosotros que era algo absurdo y que no tenía sentido. Ninguno de nosotros quiso aceptar la encomienda. Entonces, yo vi la luz: Marco. Supe enseguida que él sería una presa fácil: se mueve por la ambición, por lo tanto, no haría preguntas. A su vez, también sería una buena oportunidad para que tú te dieras cuenta de cómo era él y de una vez por todas lo abandonarás.

—¿Me estás diciendo que eso tan importante que me tenías que decir, esa gran mentira, era que tú te acercaste a él en vez de él a ti? —continuó Elisa sin saber si el cambio de los factores era tan importante cuando el resultado había sido el mismo—. Ana, eso ya da igual. Que se lo hubieras dicho tú o que te lo hubiera pedido él no importa. Tuviste la oportunidad de dejarlo en ridículo para que yo lo dejara; eso ya me lo contaste.

—Lo sé, Elisa, y te agradezco que te lo tomes así. No estaba segura si diciéndote esto ya empezaría con mal pie y tu actitud me da fuerzas para seguir con la segunda parte —dijo Ana algo más seria.

Elisa se dio cuenta de que, al no llevar sus perlas y tener el cabello más corto, Ana no podía tocar constantemente esas perlititas de la suerte ni llevarse el pelo de tras de las orejas. Ana tenía que sujetarse las manos con fuerza y hablar sin sus armas; tenía que contenerse y ser valiente sin sus aliados. Estaba libre de esas herramientas prefabricadas durante años para defenderse. Estaba virgen. Y estaba siendo muy valiente, como Elisa tuvo la oportunidad de comprobar con su siguiente relato.

—Siempre supe que él no era para ti. Ya sé que puedo parecer soberbia, que me dijiste que no me metiera en tus asuntos, que Claudia me decía lo mismo, pero no podía; no podía aguantar verlo contigo y me engañé a mí misma haciéndome creer que lo hacía por ti —continuó diciendo Ana gesticulando y mirando hacia el suelo haciendo una danza alrededor de la silla en la que Elisa estaba sentada, hasta que paró enfrente de ella—. Elisa, no lo hacía por ti, lo hacía por mí. Estaba obsesionada, obsesionada con él porque estaba... brutalmente enamorada.

—Ana...

Elisa seguía sentada. Las dos chicas se miraron fijamente en silencio. Ana podía estar pensando que quería que la tierra la tragara en ese mismo momento o, tal vez, que mejor hubiera sido no decir nada y ocultar lo que sentía a la espera de que la vida hiciera lo propio. Pero ya era tarde, ya había soltado la gran bomba. Ese secreto guardado durante mucho tiempo bajo dos perlas y una melena azabache veía en ese momento la luz con más fuerza que nunca, al igual que su rostro, libre de perlas y con menos pelo, se

dejaba ver en toda su plenitud. La mentira se fue con la misma fuerza que un pájaro al que le abres la jaula; se fue y Ana sintió una liberación como pocas veces había sentido. Si en ese momento le tocaba una penitencia, por lo menos, la sufriría sin ningún peso encima: libre y tranquila.

—¿Desde cuándo sabes eso? —preguntó Elisa todavía fingiendo una serenidad que no tenía.

—Desde no hace mucho —contestó Ana volviendo a sentarse enfrente de Elisa—. Elisa, ¿recuerdas que tras el incidente del túnel fuimos a La Hora del Té con las chicas? ¿Recuerdas que yo fui al baño, sonó mi teléfono y era Marco?

—Sí, lo recuerdo —contestó Elisa mientras trataba de situarse en aquel acontecimiento.

—Yo le había mandado un mensaje unos instantes antes. Le dije que me llamara exactamente en dos minutos, justo el tiempo que fui al cuarto de baño y esperé para que él llamara, no sin antes asegurarme que el bolso quedara a tu vista y abierto para que tú pudieras ver que la llamada era de él...

—Ana, todo ese plan, todo esto...

—Déjame terminar, por favor —interrumpió Ana dejando bastante sorprendida a Elisa, la cual creía que tendría que ser ella la que tuviera derecho a réplica—. No solo quería que vieras que Marco era un cretino, sino que quería que vieras cómo se comunicaba conmigo a escondidas de ti. Pero es ahí donde me di cuenta de que lo que realmente quería era que Marco me llamara, que tuviera algo que ver conmigo, aunque fuera por un sucio negocio. No era por tu bien, Elisa; era yo la que quería alejarlo de ti para poder estar con él. Te aseguro que no fue premeditado, ni siquiera yo sabía que lo hacía por ese motivo. No tenía ni idea de que algo dentro estaba moviendo los hilos por mí. Nadie, nunca, me avisó de que eso te puede suceder.

»Marco se empeñó en llegar con este asunto hasta el final y, para eso, me necesitaba. Yo era la que tenía el contacto con la empresa. Contigo fuera de juego y con Marco y yo solos, vi las puertas abiertas. Fue algo más fuerte que yo. Empecé a conocerlo mejor y... no es como pensaba. Marco...

—Lo sé, Ana, lo sé... —interrumpió Elisa.

A Elisa le hubiera gustado decir que Marco tenía un secreto, pero ya era tarde. Ana ya lo había descubierto. Elisa pensó que Ana tenía suerte. Desde el túnel que él no era el mismo y, en ese momento, era Ana la que lo estaba disfrutando en toda su plenitud. A Elisa le hubiera gustado decirle que con Marco no tenía nada que hacer, pero no lo hizo. Sabía que, si hacía eso, la estaría manipulando como lo había hecho ella. Elisa se dio cuenta de que la mentira primaria, a veces, era inevitable y estaba observando cómo esa mentira tomaba un lugar privilegiado dentro de ella para arrastrarla hasta el final.

—No tengo nada que decir, Ana. Eres muy valiente contándome esto. Entre Marco y yo ya no hay nada y, aunque no voy a negar que me incomoda lo que me acabas de decir, no tengo ninguna intención de discutir ni contigo ni con él. Se acabó; puedes irte —dijo Elisa tragándose su orgullo y fingiendo que era una autónoma sentimental que podía controlar lo que sentía.

—Elisa, escucha. No quiero que me perdones si no quieres hacerlo. Entiendo que no quieras volver a verme, pero creo que era justo que lo supieras. No tengo la más mínima intención de dejar de ver a Marco. No puedo mentirte, aun a riesgo de que no quieras volver a saber nada más de mí, lo cual entiendo. Yo, a lo mejor, habría hecho lo mismo.

—Ana, ya está, puedes irte —volvió a insistir Elisa mientras se levantaba de la silla y fingía que tenía muchas cosas que hacer.

—No, no puedo —continuó diciendo Ana—. Aún queda algo más que debes saber, pero no seré yo la que te lo diga. Es con respecto a Brigitta y a Beltrán. Marco y yo hemos estado investigando y tienes que saber que Beltrán no mató a Brigitta.

—¿Cómo? —intervino Elisa dejando de fingir que recogía la cocina como si tener la cocina recogida fuera algo que alguna vez en su vida le hubiera importado.

—Sí, escucha, Marco te lo explicará con detalle. He venido a buscarte para que los dos habléis. Es importante que sepas la verdad y que salgas de aquí mientras la gente ahí fuera está tan alborotada con todo esto. Vámonos ya; coge tu abrigo y te llevo.

Elisa cogió su abrigo y, durante todo el trayecto, su cabeza se llenó de una miscelánea de nombres entre los cuales había mucha relación y a la vez ninguna.

«Brigitta y Beltrán se conocían, de eso estaba segura, pero, si no fue Beltrán el ejecutor del crimen, ¿quién habría sido? ¿Por qué Beltrán había planeado la misión del túnel? ¿Qué quería conseguir? Si, como decía Ana, a Beltrán no le importaba quién hiciera aquella absurda misión, ¿por qué aparecía su nombre en aquella caja?».

Estos y otros pensamientos recorrieron la mente de Elisa mientras se dirigían al punto de encuentro con Marco. Ana, mientras, miraba a Elisa sin querer interrumpir su diálogo consigo misma. Porque sí, Ana sabía lo que la gente pensaba con solo mirarla. Era su don, un gran don.

—¿Qué tal Claudia? —preguntó Elisa para romper el hielo y evitar sus pensamientos en bucle sobre el túnel, Beltrán, Brigitta y demás personajes de su particular novela policial.

—Sigue con ese tal Pedro. Creo que es un santo —respondió Ana entendiendo que preguntar por Claudia siempre era volver a los viejos tiempos y evitar estar tan presente en los nuevos—. Fue muy ingenuo ese hombre acercándose a ella en fin de año.

—¿Y Manuela sigue en la peluquería?

—¡Uff! —suspiró Ana mientras giraba el volante y miraba por el retrovisor—. La historia del clan de las peluqueras de Claudia da para dos horas más de viaje y estamos llegando. Creo que se están cambiando los papeles. Manuela se quiere apoderar de su trono. A esa chica solo le hacía falta una militar como Claudia para en dos días sacar toda su furia, justo el efecto contrario que Claudia siempre quiere conseguir: que todas la adoren y acaben cumpliendo sus órdenes —continuó Ana mientras paraba el coche y levantaba el freno de mano—. Sinceramente, hace bien. Llegamos.

Elisa todavía no había puesto sus dos pies en el suelo tras salir del coche cuando lo vio allí. Sentado y con sus manos metidas en los bolsillos de una pequeña, ajustada y vieja cazadora de piel, de la cual Elisa se acordaba como si la estuviera viendo colgada en la percha en esemismo instante. Tras cerrar la puerta del coche con un golpe seco y un

ruido sordo, vino el ruido del motor que arrancaba para dejar a la pareja sola.

—¿Estás bien? —preguntó Marco levantándose de forma apresurada del banco, la misma con la que también sacó sus manos de los bolsillos para abrazar a Elisa.

Entonces lo tuvo claro: no era el mismo, ya no recordaba la última vez que Marco le había preguntado qué tal estaba, o tal vez sí, en aquella fiesta, en aquella absurda fiesta en la que Elisa, borracha, le había gritado a sus amigas despojándose, al igual que Ana acababa de hacer, de su mentira primaria, esa que le quemaba tarde tras tarde en La Hora del Té y que solo el alcohol era capaz de sacar a relucir.

—Estoy muy bien, Marco, pero, por favor, dime qué pasó con Beltrán y Brigitta —preguntó Elisa—. Me acabo de enterar por Ana que Beltrán es su jefe y el artífice de la locura del túnel. ¿Cómo te has enterado? ¿Quién mató a Brigitta? ¿Qué tiene todo esto que ver con nosotros?

Marco no dijo nada. En otro momento, la hubiera mandado a callar tachándola de histérica y le hubiera pedido, como siempre, con su enorme cuello inclinado hacia delante y a la defensiva, que dejara de quejarse y comportarse como una chiquilla. En vez de eso, Marco la cogió de la mano y la llevó hacia el banco.

—Sé todo lo que ha sucedido, pero lo que no logro averiguar es por qué ha sucedido. En todo este tiempo no he parado de investigar a ver quién podría estar detrás de todo esto, y sí, conseguí averiguar que la empresa de cuchillos de Beltrán, aunque por aquel entonces no sabíamos que era tu vecino, era una tapadera. No existía tal empresa; Ana estuvo trabajando para algo que no existe. Esto es como... como una especie de experimento, alguien ha estado intentando comprobar algo a través de nosotros; nos han estado utilizando.

—¿Qué estás insinuando? Esto que me estás contando es... es como si lo hubieras sacado de una película —dijo Elisa sorprendida por el argumento de Marco, que se asemejaba más a un tipo de conspiración filosófica que a una realidad.

—Lo sé, Elisa, sé que puede parecer una locura, pero es cierto; es la única explicación. Piénsalo: una falsa empresa que planea una ridícula misión y que conoce nuestros nombres. Solo se me ocurre que es alguna extraña tarea de espionaje cuyo móvil desconozco.

—No quiero llamarte mentiroso, Marco, pero no me cabe en la cabeza. Lo que me dices no tiene sentido —respondió Elisa razonando con la mirada hacia el suelo como si intentara autoconvencerse de que no existía ninguna otra realidad que no pudiera tocar ni comprobar por sí misma y esta era, para Elisa, una realidad paralela que se negaba a creer.

—¿Y Brigitta? ¿Qué me dices de Brigitta? ¿Qué pinta ella en todo esto? —preguntó Elisa al darse cuenta de que, en esa absurda película, el personaje del pelo encrespado no tenía ningún sentido.

—Eso fue más sencillo de averiguar —contestó Marco—. Ana y yo descubrimos que la empresa era ilegal y Ana supo enseguida a quién presionar para que lo contara todo. En el equipo había gente muy singular y Ana supo de inmediato quién era el más débil. Ana

tiene un peculiar don para conocer a las personas...

—Sí, sí, lo sé... —interrumpió Elisa—. Ve al grano, por favor —insistió con firmeza, aunque solo fuera para dejar de escuchar las alabanzas a su nueva amiga.

Marco tomó aire de nuevo.

—El compañero de Ana, bajo la amenaza de denunciarlo a la policía, lo contó todo, todo lo que sabía, que no era mucho, pero sí lo suficiente como para saber que se trataba de una trampa.

»Al tener a uno de los integrantes acorralado bajo amenaza, simplemente, era cuestión de preguntar lo que quisiéramos. Llevábamos ya varios días desde que salimos del túnel investigando sobre esto y, entonces, llamaste tú contando el asesinato de Brigitta y aportando la información de que el señor Adánez, o sea, Beltrán, jefe de la empresa y a quien Ana no había visto nunca en persona, era tu vecino. Este hombre, al que Ana y yo amenazamos, nos contó todo. Brigitta pertenecía a una empresa alemana que conocía a Beltrán por su antiguo trabajo. Creo que eran competencia y no utilizaban ninguna de las dos compañías muy buenas prácticas. Al enterarse dicha empresa de que el señor Adánez volvía a la carga, quisieron saber en qué estaba metido, supieron el nombre de los empleados de Adánez y se enteraron del caso del túnel. También averiguaron la relación entre tú, Ana y yo. Sabían que tú te habías ido a vivir a otro lugar, con lo cual, lo cómodo era seguirte a ti, ya que, en un sitio nuevo, todo lo que alguien te contara te lo ibas a creer.

—Por eso, cuando Brigitta se enteró de que Beltrán iba a ser mi vecino, se puso tan nerviosa... —dijo Elisa.

—Es posible; los dos se conocían —respondió Marco.

—Esto parece una película, me está costando creerlo —respondió Elisa llevándose una mano a la frente para, seguidamente, arrastrarla hacia atrás con los dedos y terminar por deshacer su larga cola de cabello—. ¿En serio, Marco, lo que me dices es cierto? —intervino de nuevo Elisa mirando a Marco como si lo suyo fuera una conversación entre borrachos y uno de los dos acabara de contar un pésimo chiste.

—Sí —respondió Marco.

—Brigitta fue muy buena conmigo, de las personas más... más entrañables que he conocido. No tenía nada que ver con mi amistad con las chicas; era como hablar conmigo misma, pero en otra persona. Me niego a creer que Brigitta quisiera hacerme algo así. ¿No te das cuenta de que estás diciendo que nos espían, que alguien controla lo que hacemos o, incluso, lo más absurdo: que experimenta con vuestras vidas?

—No es tan absurdo, Elisa; yo ya no pongo en duda nada, nada es tan imposible como parece. ¿Tienes alguna prueba de que no nos espían? Entonces, si no hay pruebas, la posibilidad sigue ahí por muy absurda que parezca. Quién sabe si la vida es solo un experimento guiado por algo o por alguien. No tenemos pruebas, pero tampoco podemos demostrar que no es así.

Elisa se quedó atónita con esa nueva faceta de filósofo de Marco que, desde luego, ella no conocía. Y, al instante, apareció otro interrogante.

—Pero ¿por qué Beltrán se vino a vivir justo a mi lado?

—Parece ser que Beltrán se enteró de que la competencia de su antigua empresa estaba pisándole los talones e intentando averiguar qué tramaba. Para ello, enviaron a Brigitta al lugar donde tú estabas; ya habían averiguado que nosotros tres éramos ganchos de alguna de sus tramas. La misión de Brigitta era hacerse tu amiga y sonsacarte qué había pasado en el túnel para intentar saber los planes de Adánez. Este, al ver que su plan podría peligrar, se trasladó cerca de ti para asegurarse de que Brigitta no estropeará su misión, esa que desconocemos todos, incluso sus propios empleados.

—Marco, ¿quién mató a Brigitta? Si no fue Beltrán, ¿quién lo hizo? Dime que estás seguro de eso. ¿Tú sabes el peligro que corremos si Beltrán es un asesino? —preguntó Elisa ya con su recogido totalmente deshecho mientras Marco miraba cómo sus mechones caían delante de sus ojos azules.

—Es ahí a donde quería llegar —continuó Marco desviando su mirada hacia el infinito—. Brigitta no pudo seguir con el juego, con la misión que le habían asignado para espiarte y sonsacarte qué había pasado en el túnel...

—¿Por qué? ¿Qué ocurrió? —interrumpió Elisa.

Marco volvió a mirar a Elisa fijamente a los ojos y tardó unos segundos en contestar.

—Brigitta se había enamorado de ti.

Elisa clavó su mirada en Marco; su corazón empezó a palpar. Quizás por los nervios, por el impacto de aquella sentencia, porque Brigitta estaba muerta, porque todo lo que estaba escuchando no pertenecía a su mundo, porque, tal vez, era demasiado para un solo día.

—¿Eso también te lo han dicho? —preguntó Elisa.

—Sí. Brigitta, al parecer, estaba un poco harta de ser la chica para todo; ya habían tenido problemas con ella en los últimos tiempos porque se planteaba dejar la empresa. A partir de ahí, te conoció y renunció definitivamente. El enfado de sus superiores fue lo bastante grande como para que la amenazaran, pero ella no se amedrentó. No solo renunció, sino que dijo con firmeza que te contaría todo, que no estaba dispuesta a renunciar a su felicidad por servir de espía, por ser una y otra vez utilizada para los mismos trabajos sucios de siempre. Y entonces...

—Entonces, ¿qué...?

—Los contactos que tiene Adánez en Alemania todavía le sirven de ayuda; por lo tanto, en la empresa de Ana también se enteraron de que...

—¿De qué? —insistió Elisa.

—La han envenenado; Beltrán no la mató.

Elisa agachó la cabeza y sus mechones con ella. Marco la miró y le separó con suavidad el cabello.

—Lo siento —dijo Marco.

Elisa no dijo nada.

—Elisa, ya pasó; no la conocías mucho. No fue tu culpa; no lo podrías haber impedido. Con ellos, no. Son potentes y son rápidos; no podrías haber hecho nada.

—Quizás, con un poco más de tiempo, Brigitta se habría salvado —dijo Elisa levantando su mirada del suelo y fijándola en Marco.

—Tiempo es justo lo que no quieren que tengamos, ni ellos ni nadie. El tiempo te sirve para reaccionar, para pensar. ¿A quién le interesa que pensemos, que reaccionemos...? A los que nos manejan desde donde quiera que sea no les interesa, te lo aseguro.

—¿Dónde has aprendido todo esto? No te reconozco —dijo Elisa mirando con nostalgia a Marco.

—Es eso, justo eso..., el tiempo.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Elisa.

Marco volvió a su postura de siempre, apoyó sus codos en las rodillas y juntó las manos. Bajó la cabeza y, acto seguido, volvió a mirar a Elisa.

—Ana y yo queremos empezar un negocio desde cero, con los pies en la tierra y sin mentiras ni manipulaciones. Queremos hacer las cosas bien. ¿Sabes? —continuó Marco tras una breve pausa—. Creo que formamos un buen equipo, Ana es muy inteligente y me ha demostrado que la he juzgado mal.

Era el segundo asalto ganado por el contrincante. Primero Ana se había deshecho de su mentira y, en ese momento, Marco hacía lo propio con la suya. «¿Era necesaria tanta verdad de golpe?», pensó Elisa en ese mismo instante.

A Elisa le hubiera gustado decirle que Ana estaba enamorada de él, que no le creara falsas expectativas si él no sentía lo mismo, pero no lo hizo. Tampoco fue capaz de decirle a Ana que, con Marco, no tenía nada que hacer. Elisa mentía; continuaba guardando su mentira mientras las otras dos personas del triángulo se habían despojado de las suyas.

—Te acompaño a la estación —dijo Marco levantándose del banco.

Elisa no respondió. Se levantó y caminó tratando de asimilar toda la información recogida en las últimas horas, solo le faltaba una, quizás la más importante, y esa solo la podía responder una persona: Beltrán.

—Te prometo que iré a verte —dijo Marco dándole un beso en la mejilla a Elisa antes de que subiera al autobús.

Elisa esbozó una tímida sonrisa.

* * *

Era de noche y ya se habían calmado las fieras del lugar. Elisa salió al porche y miró, como de costumbre, hacia la habitación de su casa gemela. Aquel señor miraba por la cristalera, limpia y brillante. Quizás aquel señor todavía la necesitaba para algo; tal vez fuera la única superviviente de todo esto. Elisa lo miró; él también la observaba. La luz dejó de salir por la cristalera y el señor desapareció.

No pasaron ni dos minutos cuando detrás de Elisa apareció una sombra.

—Elisa...

Elisa se asustó; miró hacia atrás y su corazón le dio un vuelco.

—No te asustes; iba a llamar, pero te has dejado la puerta abierta —dijo Beltrán.

Elisa se puso de pie y sus ojos quedaron paralizados.

—¿Puedo sentarme? —preguntó.

Elisa asintió todavía enmudecida.

—Siéntate conmigo, por favor —continuó Beltrán.

La pareja se sentó en el balancín del porche. Beltrán levantó las cejas. En realidad, las retorcía de una manera extraña. Aquellos ojos parecían moverse de una manera poco usual cada vez que a aquel señor le llamaba algo la atención.

—Yo no maté a Brigitta —dijo Beltrán.

Elisa sintió sus manos cálidas en las suyas, lo cual le pareció una imprudencia por su parte, pero ella no las apartó, aquel calor de repente no le daba miedo. Elisa miró a Beltrán, a los pequeños ojos fruncidos que se escondían tras unas diminutas gafas.

—Lo sé, de hecho, lo sé casi todo —contestó Elisa más tranquila por el fuego de aquellas manos que producían una sensación placentera parecida a la del fuego de un hogar que te calma en los días largos de invierno.

—Suponía que ya lo sabrías —contestó Beltrán. Sereno y tranquilo.

—No lo sé todo: no sé por qué hiciste todo esto, no sé qué pretendías —respondió Elisa rechazando el calor de sus manos para ponerse de nuevo en alerta.

Beltrán seguía mirando a Elisa en silencio como si buscara en sus enormes ojos el momento adecuado para explicarle por qué había empezado todo esto y cuál era su objetivo.

—Una vez fui rico —dijo Beltrán—, muy rico. Dirigía una gran empresa que controlaba los datos y movimientos de cualquier persona; eso te da poder. Podía saber en qué lugar estaba cualquier ciudadano, a qué lugares iba a comprar, si salía a menudo de casa o no... Lo sabía todo.

»Me enganché a la sensación de poder que me producía el tener una vista panorámica de lo que la gente hacía y quise más. Necesitaba saber incluso las emociones que sentían y qué los llevaban a actuar de una y otra manera. Era tal la información que podía sacar de los movimientos de los demás que cualquier empresa pagaba lo que fuera para que le proporcionara esas confidencias y así adaptar sus productos a las necesidades y costumbres de la gente, sobre todo de la que más consumía. El dinero comenzó a entrar en mi vida sin que yo moviera apenas un dedo.

—Sigo sin entender qué tiene que ver esto con nosotros tres. ¿Por qué has ideado toda esta patraña sin sentido? ¿Qué te podíamos ofrecer nosotros? No lo entiendo; ha sido todo un absurdo y además ha habido una persona que ha muerto en toda esta historia —dijo Elisa entendiendo cada vez menos cual era la relación entre lo que Beltrán le estaba contando y lo vivido en los últimos días.

—No era la mía la única empresa que manejaba datos de las personas —continuó Beltrán—; había otras muchas más, pero la mía crecía como la espuma, incluso superando a la empresa pionera en recopilación de datos a través de las redes, una empresa alemana en la que trabajaba Brigitta.

—Entonces... es cierto que conocías a Brigitta —dijo Elisa.

—Cierto, no éramos amigos ni teníamos mucho trato, pero sí, sabía quién era —contestó Beltrán—. Esta empresa alemana empezó un plan de espionaje para sacarnos información, una red de espías iba de un lado a otro tratando de averiguar cuál era nuestro secreto. Yo monté en cólera y ahí empezó todo.

Junté a los empleados más ambiciosos y agresivos para formar un equipo, les ofrecí una suma importante de dinero para motivarlos y que fueran mucho más eficaces, y ahí me equivoqué. Mi equipo, contagiado por mi ansia de venganza y de poder, sacó lo peor de ellos. Todos querían el protagonismo: los había manipuladores, críticos y vengativos, y también víctimas y quejicas. No solo no consiguieron desmontar la competencia, sino que, debido a su torpeza como equipo, la competencia consiguió lo que quería e incluso nos denunció por algunas prácticas que consiguieron demostrar que no eran del todo legales, prácticas que ellos mismos también hacían. Mi empresa se hundió.

Elisa no pestañeaba; miraba a Beltrán con entusiasmo. Todo esto despertaba en ella un interés que, hasta ese momento nada, ni siquiera Marco, había podido suscitarle.

—¿Qué ocurrió entonces? —preguntó Elisa ofreciendo a Beltrán una taza de té mientras su corazón palpitaba a la misma velocidad que su atención.

—Mientras arreglaban todo el papeleo para hundirme en la miseria, quitármelo todo, incluso mis muebles y demás pertenencias —respondió Beltrán con sus manos juntas a la altura de la rodilla y mirando directamente a los ojos de Elisa—, yo no paraba de darle vueltas al asunto y pensar en qué podía haber fallado. Tenía al mejor equipo, habíamos sido invencibles y, de repente, todo se había esfumado. Me encontré solo en mi despacho, enfrente de una cristalera, grande y limpia, justo como la que tengo ahora. Ni siquiera una cristalera limpia puede hacer que veas las cosas con claridad cuando estás totalmente ciego. Ciego de poder.

»Por suerte, tenía bastante dinero oculto en una caja fuerte, dinero que nadie conocía y que sería mi único sustento hasta que consiguiera volver a empezar. Sabía con exactitud dónde estaría a buen recaudo y ordené a uno de mis empleados más fieles, Carlos, mi chofer, que lo llevara a un lugar muy concreto donde yo podría hacer uso de él.

»Carlos era un empleado sin demasiadas pretensiones ni objetivos, un poco tímido y nada ambicioso. Siempre pensé que no sería de mucha utilidad y me equivoqué. Cuando me vi en mi peor momento, aquel chico fue mi único apoyo. Todos los demás lo hubieran hecho, sí, pero siempre a cambio de un extra de dinero; no les culpo; lo aprendieron de mí.

»Pero hay algo todavía más curioso: he movido entre mis manos miles y miles de billetes, y lo que me salvó fueron unos cuantos euros de Carlos, aquel chico poco ambicioso al que nunca quise mirar nada más que para darle órdenes. Le pedí dinero a Carlos para entrar en un local y tomar algo; necesitaba estar solo y descansar. Me senté en una cafetería y pedí un café.

Beltrán abrió el sobre de azúcar y los diminutos granos empezaron a caer en un orden perfecto.

—¿Ves cómo caen estas pequeñas gotitas de azúcar? —preguntó Beltrán mientras

miraba a Elisa para comprobar que estaba atenta.

—Sí, lo veo —contestó Elisa confundida con esa extraña pregunta.

—Justo después de mirar cómo estos pequeños granos caían cada uno en su sitio sin el mayor esfuerzo y por el orden correcto, pasó algo que lo cambiaría todo.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Elisa acercándose más a Beltrán mientras él miraba inquieto como las piernas de ella empezaban a rozar casi las suyas.

—Entonces os vi —contestó Beltrán abriendo los ojos y frunciendo el ceño mientras buscaba en el rostro de Elisa una expresión que le diera pistas sobre si estaría preparada para escuchar la segunda parte o no.

—¿A quién viste? —preguntó Elisa desconcertada, aunque temiendo saber cuál sería la respuesta.

Beltrán volvió a coger la mano de Elisa, lo que le seguía pareciendo una intromisión a su intimidad para la que no le había dado permiso; aun así, no la retiró.

—Tú, Ana y Marco. Los tres en la mesa de al lado —dijo Beltrán sin sacar la mirada de Ana para estudiar una a una sus reacciones.

Elisa retiró la mano.

—¿Nos has visto a los tres? —preguntó Elisa.

—Sí, escuché unas voces que discutían y no lo pude evitar. La conversación se podía oír casi sin dificultad —continuó Beltrán—. Marco te juzgaba por no tener tu apoyo y te reprochaba, en el fondo, que no le aplaudieras todas sus hazañas; de manera clara, buscaba tu aplauso y admiración a la vez que te dejaba bien claro quién era el héroe y la estrella en esa relación.

»Tú te defendías, pero tu defensa era más o menos contenida hasta que, de repente, sabías cómo herirlo. Le devolvías la pelota de la manera más cruel. La ira acumulada salía de tu boca para, acto seguido, volver a callar y contenerte otra vez. Una vez que la serpiente escupe, vuelve a guardar su veneno, tranquila y pacífica, hasta que necesite volver a usarlo.

»Y Ana... Ana es la mente pensante. Esperó a que Marco se fuera del local para manipularte y conseguir a toda costa que dejaras a alguien que ella consideraba un manipulador, pero Ana, estaba manipulándote también. Él te perseguía, ella te manipulaba y tú eras la víctima.

Elisa se separó unos centímetros de Beltrán sin darse cuenta. Él sí lo notó.

—¿Estás extrañada? —preguntó aquel hombre no queriendo que Elisa se sintiera sobrepasada por lo que estaba narrando.

—Llevo todo el día escuchando esta historia; primero Ana, después Marco y ahora tú. No sé qué pensar —contestó—. No me resulta extraño que escuches una conversación en una cafetería; lo que me resulta llamativo es que, de esa conversación, haya salido una película de terror que cambió la vida de tres personas.

Beltrán sonrió.

—Eso es justo lo que te voy a explicar ahora si es que quieres seguir escuchándome —respondió Beltrán todavía con la media sonrisa en la boca.

—Continúa —dijo ella—. Traeré más té; aquí empieza a hacer demasiado frío, tal vez prefieras entrar —preguntó Elisa.

—No, prefiero estar aquí, si no te importa —contestó Beltrán—. Al terminar de ver la escena al completo, lo tuve muy claro. Eso fue justo lo que falló en mi empresa: el equipo y el único responsable de todo eso era yo.

»Cuando eres el líder, si sale algo mal, es que tú lo has hecho mal. Aquellas personas habían sido siempre válidas, pero estaban actuando desde el lado incorrecto, la solución estaba clara: había que mirar hacia la otra cara de la moneda. De esta manera, cualquier persona podría hacer cualquier cosa. ¿Te das cuenta? Es muy sencillo, se trata de experimentar hasta dar con la fórmula correcta. Nada puede desaparecer, pero sí se puede transformar.

—Perdona, ¿me estás diciendo que has estado jugando a ser Dios? —preguntó Elisa a la defensiva.

—¿Y quién te dice a ti que otras personas no experimentan con nosotros? Yo mismo he hecho ese trabajo muchos años, llevo experimentando con la vida de los demás mucho tiempo. Ese era justo mi trabajo. Manejaba datos de todo el mundo, y eso te convierte en un observador. Pero, el problema no es observar cómo todo se experimenta a sí mismo, sino el objetivo que hay detrás de eso. Si el objetivo es codicioso y tú eres el líder, los demás se copiarán de ti y sacarán su peor parte. Si el objetivo es conseguir lo mejor para todos, entonces el experimento no es tan malo.

—¿Así que tú también crees que somos un experimento? Eso se lo he escuchado a Marco hace unas horas; no recuerdo que haya tenido alguna vez vena de filósofo.

—Exacto, eso es en lo que Marco se convirtió. Dejó de perseguirte y aceptó que no hay nada que hacer, que las cosas se van colocando solas. Dejó su papel y lo transformó. Lo mismo le sucedió a Ana. Dejó de manipularte y, lejos de querer conseguir a toda costa que las cosas salieran como ella quería, te ayudó a hacerlas por ti misma. Y tú conseguiste que te dejaran de manipular y perseguir y te convertiste en tu propia protagonista; dejaste a un lado tu papel de víctima.

—Creo que no puedo aguantar más aquí fuera con el frío. Tengo que meterme dentro —dijo Elisa comenzando a temblar sin saber muy bien si sus temblores eran del clima gélido de la noche o del clima tenso del relato de Beltrán. La pareja se refugió de sus temblores dentro del salón.

—Supongo que la historia del túnel tiene que ver con todo este experimento que me estás contando —dijo Elisa mientras llenaba dos copas de vino intentando sustituir los colores del frío por los del alcohol.

—Así es —contestó Beltrán ya acomodado en el sofá y cogiendo la copa de vino que Elisa le ofreció—. Todo apareció en mi cabeza con mucha claridad. Si de verdad quería hacer algo que funcionara, avanzar y hacer que mi equipo avanzara, tenía que buscar en otro sitio. No se trata de sustituir a unos por otros, de pensar que unos pueden y otros no; piénsalo, es imposible que solo unas pocas personas sean capaces. No tiene sentido; hay que experimentar y encontrar tu parte útil.

Beltrán dio un buen sorbo a su copa de vino y continuó.

—Tras tener claro lo que quería hacer, necesitaba una estrategia, así que cogí el dinero y monté una empresa falsa. Llamé a algunos empleados y les pagué una suma importante de dinero por fingir formar parte de un proyecto y también tuve claro a quién iba a contratar para movilizaros a vosotros.

—¿Ana? —dijo Elisa terminado casi su copa de vino.

—Así es —respondió Beltrán—. Ana era perfecta para hacer de móvil. Supe que estaba en el paro y la contraté. Compré un lote gigante de cuchillos y fingí ser una empresa que necesitaba un comercial. Por suerte, Ana aceptó.

»Al poco tiempo, propuse una misión sin mucho sentido, solo apta para personas ambiciosas que se dejaran llevar por una recompensa suculenta a la vez que inmediata. Mis falsos empleados sabían que era falsa, aunque fingieron no saber nada, y Ana es lo suficientemente lista como para no aceptarla, pero también lo bastante manipuladora y retorcida como para saber exactamente a quién encomendársela. Y así fue.

—¿Cómo Ana no sospechó nada de esto? Debería haberse dado cuenta de que era algo absurdo o incluso ilegal —se preguntó en voz alta Elisa.

—Porque Ana a toda costa quería relacionarse con Marco como fuera. Esta misión era hecha a la medida de Marco y Ana lo supo ver; su obsesión le impidió pensar más allá. Marco era el destinatario de aquella misión; cumplía con todas las características para morder el anzuelo y lo mordió.

—¿Cómo pudiste estar tan seguro de que eso era justo lo que iba a ocurrir? —preguntó Elisa.

Elisa ya iba por la segunda copa y Beltrán también.

—Pero ¿por qué en un túnel? —volvió a preguntar Elisa—. Podría haberte fallado el plan y Ana dejar la empresa.

—Podría; era, desde luego, una posibilidad, pero Elisa, créeme —dijo Beltrán casi sonriendo mientras miraba su copa de vino—, son muchos años ya. Conozco a la gente y las posibilidades de que Ana pensara en Marco eran muchas.

»Ese túnel no tiene ningún misterio. Era un lugar con dos puertas, supongo que en algún momento tuvo su función. Lo conocí de joven. Unos cuantos chiquillos y yo nos metíamos ahí para escondernos del mundo y hablar de lo que quisiéramos, incluso hacer cosas que se supone que no debíamos hacer.

»Con el tiempo he ido más de una vez allí cuando notaba que las cosas no iban bien. La oscuridad es el mejor sitio para encontrarte; estás indefenso y todos tus miedos acaban saliendo. Era el único sitio donde yo era capaz de ser sincero conmigo mismo, incluso aunque no quisiera.

»Quería que Marco fuera a aquel lugar y tuviera esa misma sensación, que sintiera por un momento que podía ser vulnerable, para, finalmente, darse cuenta del engaño. Lo que no sabía era que tú ibas a ir con él, ya que mi plan contigo era otro.

Elisa se había estirado en el sofá después de la segunda copa y escuchaba atenta la singular película que Beltrán le estaba contando olvidándose incluso de que ella era la

protagonista.

—¿Cuál era tu plan para mí? —preguntó Elisa con la mano apoyada en su mejilla.

—Ninguno, solo que salieras huyendo tras ver a Marco llegando con una recompensa que consistía en tres objetos. Pero el hecho de que tú fueras lo hizo todo más sencillo. Ana se sintió culpable por haberte metido en esto y, para calmar su culpa, estuvo del otro lado de teléfono por si te pasaba algo. Su miedo hizo que te motivara a buscar soluciones y tú las encontraste. Pasó de manipularte a animarte, a motivarte para que salieras por ti misma de allí. Marco, a su vez, se dio cuenta de que eras más valiente de lo que él pensaba, lo mismo que tú, que buscaste recursos por ti misma para salir de aquel sitio.

—No entiendo cómo puedes saber todo lo que pasó allí dentro. ¿Pusiste algún tipo de cámaras? —preguntó Elisa.

—No, no fue necesario —contestó Beltrán también con la mano apoyada en la mejilla y mirando de frente a Elisa—. Sabía que Ana se lo contaría todo a sus compañeros. Ana no solo es inteligente, también le gusta mucho hablar, y así fue. Supe paso a paso lo que ocurrió a través de ella.

—Y ¿la caja? ¿Por qué metiste tres objetos dentro y les asignaste un destinatario? —preguntó Elisa.

Beltrán sonrió.

—Justo cuando se me ocurrió la idea de experimentar con esta relación a tres bandas, fui a mi casa antes de devolver las llaves. Cogí los tres objetos, cada uno representaría en lo que os tenías que convertir. En un principio solo los cogí para motivarme en esta aventura, pero después se me ocurrió que justo esa fuera la recompensa al final del túnel. De esta manera, os dejaría descolocados, como así fue.

»Marco, un libro en blanco, para que dejara de controlar y perseguir buscando reafirmar su valía a costa de que los demás lo vieran como una estrella del rock, debía cambiar su papel por uno más filosófico, más reflexivo.

»El de Ana era una grabadora. A Ana le gusta hablar, pero en vez de utilizar su don para manipular a los demás, debía utilizarlo para sacar lo mejor de los demás; por lo tanto, tendría que cambiar de manipuladora a motivadora.

—¿Y el mío? —preguntó Elisa casi con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá.

—El tuyo era un arco; ese que tienes ahí —dijo Beltrán señalando el artefacto que estaba, como siempre había estado, encima de la mesa del comedor—. El arco representa la fuerza, la dirección y el objetivo. Justo lo que tú tenías que alcanzar. Poder tener una dirección marcada e ir a por ella, sin dejar que tu actitud te convierta en un blanco fácil para otros. Debías de encontrar tu lado más heroico y no dejarte manipular.

Elisa se levantó y cogió el arco.

—M.F.H., no me lo digas: motivador, filósofo y héroe —dijo Elisa habiendo ordenado poco a poco toda la historia pese a su nivel de alcohol en la sangre—. Todo encaja, como los pequeños granos de azúcar que caen del sobre. ¿Ha terminado todo como esperabas? —preguntó Elisa mirando a aquel señor con sus ojos azules vidriosos por el vino y con una resaca que venía más de las turbulencias internas que del alcohol.

Esas turbulencias eran el producto de un vuelco en el estómago, de un caos interior que le gustaba y la confundía a partes iguales. Una sensación de ilusión y de profundo miedo, dolor y calma. Todo en uno. El pozo olvidado de sus emociones se revolvió dejando la agri dulce sensación de que, después de aquello, no sería capaz, jamás, de mirar a nadie de la misma forma.

Ese pozo le impidió pensar; ni siquiera logró defenderse de aquello que tenía enfrente.

—Una última pregunta —dijo Elisa mientras pensaba que, después de escuchar esta historia en la que parecía estar todo dirigido, todavía cabía la posibilidad de que hubiera habido más pasos que Beltrán pudiera haber controlado—¿Fuiste tú el que me consiguió el trabajo en la frutería?

—Creo que no ha estado mal para ser la primera vez, Elisa; vamos a dejarlo como está. Lo que tenías que saber, ya lo sabes —dijo Beltrán cerrando y abriendo sus pequeños ojos y todavía con la copa en la mano mientras esbozaba una sonrisa—, pero —volvió a decir Beltrán esta vez dejando ya la copa encima de la mesa— se me ocurre algo. Mientras el cansancio no nos traicione y haga que cerremos los ojos y desperdiciemos lo que queda del día, todavía estamos a tiempo de olvidarnos de todo y elegir el final.

Capítulo 11: La señora

Entraba el sol por la ventana del dormitorio quemando el rostro de Elisa hasta que consiguió despertarla. El primer pensamiento fue para Marco y Ana; jamás podría volver a relacionarse con ellos de la misma forma. Ya no era tan fácil y tan cómodo como cuando estaban envueltos por una mentira aceptada por todos. Había demasiada verdad, y la verdad asusta.

Pensó en cómo quería seguir relacionándose con ellos, con Claudia o tal vez con Manuela, si es que esta no había salido huyendo de las garras de Claudia.

«¡Qué difícil es despojarse de la mentira! Montar un negocio falso, invertir dinero y hacer un ridículo experimento... Todo eso para darte cuenta de que tus relaciones tienen como base la comodidad que te proporciona el saberte protegido bajo una farsa. Porque las mentiras que más duelen no son esas pequeñas mentiras que utilizas para no dar demasiadas explicaciones o esas en las que tu ego te juega una mala pasada y te obliga a desdibujar la realidad. Las mentiras que más duelen son aquellas que se cuentan a la hora del té. Esa mentira que alimentas y detrás de la que te escondes. Esa primera frase que dices y a partir de la cual te ves atado y obligado a seguir y a seguir, a no ser que te vayas a un túnel y descubras que es una farsa. Ana, Claudia y Marco: todos hemos estado mintiendo y en el fondo lo sabíamos, pero nos resultaba útil, nos resultaba cómodo y nos protegía. Pero ¿qué sucede con la tercera mentira? Esa que te callas para no hacer daño, que ocultas para que el resto experimente su propia vida. Marco no sabe que Ana está enamorada de él, y yo lo oculté. ¿Qué pasa cuando ocultas información? ¿Debemos ser generosos con los demás y decirles todos nuestros pensamientos? ¿debemos compartir todo hasta el punto de dejarnos sin ningún secreto qué contar? ¿Se considera mentir no vaciarte por dentro? ¿es incompatible vivir con la verdad y ocultar información?».

El segundo pensamiento de Elisa, y, tal vez el más profundo, fue para Brigitta.

«Brigitta, ¿quién eras en realidad? ¿Es verdad lo que me han contado de ti? ¿Cómo no me han dejado conocerte mejor? No tengo suficiente con saber qué te han envenenado. Hay algo aquí que no encaja, necesito saber más...».

* * *

—Beltrán, Beltrán... despierta —dijo Elisa dándole pequeños golpes a Beltrán en el brazo.

—Buenos días —dijo Beltrán haciendo un giro desde su lado de la cama para mirar a Elisa.

—¿Tú le dices la verdad a todo el mundo? —preguntó Elisa.

—Para desayunar preferiría un café con dos azucarillos, no una pregunta —contestó Beltrán todavía dormido.

—El café después, primero contéstame. Es urgente.

—No es urgente —contestó Beltrán ya sentado en la cama—. Pero, si quieres una

respuesta, te puedo decir que no, no actúo de esa manera.

—Y, entonces, ¿qué haces cuando sabes que todo lo que hay a tu alrededor es una farsa o cuando sabes algo con toda seguridad y lo ocultas? —continuó Elisa todavía tumbada y tapada hasta arriba con la manta.

—Sonreír... y dejar que las cosas pasen.

Beltrán se levantó y Elisa todavía se quedó unos minutos más.

—Voy a preparar café —dijo Beltrán.

Elisa se quitó bajo la ducha las ojeras y las preocupaciones del día anterior, aunque sin mucho éxito. Debía presentarse en la frutería y esperaba que el argumento de la muerte de Brigitta (otra vez, Brigitta en su pensamiento) fuera suficiente como para que no le llamaran la atención o incluso no le pagaran el mes entero. Elisa bajó a desayunar.

—Toma: café, y galletas. No tienes otra cosa, ni siquiera leche —dijo Beltrán con dos tazas en la mano.

—Lo sé —contestó Elisa mientras cogía una buena taza hasta arriba de café—. Dime, y tú, ¿qué vas a hacer ahora?

—Voy a seguir —contestó Beltrán mientras le daba un sorbo a su café.

—¿A seguir?

—Sí, quiero seguir experimentando, pero esta vez sin túneles; quiero encontrar la fórmula perfecta.

—Sigues jugando a ser Dios —contestó Elisa—. No te va a dar tiempo de encontrar esa fórmula. Cuando acabes de experimentar una cosa vendrá otra y otra, aparecerán retos nuevos y así, hasta el infinito. No acabarás nunca.

—No, pero me quedará mucho trabajo hecho para el siguiente. Fíjate, es una profesión que no tiene paro, míralo por ese lado —contestó Beltrán dejando su taza vacía encima de la mesa—. Deberías probar, ánimo, yo podría enseñarte algunos trucos.

—No creo que eso sea para mí —dijo Elisa ruborizada mientras agachaba la cabeza. Beltrán cogió su abrigo—. ¿Te vas a ir de aquí? —preguntó Elisa apoyada en la puerta mientras Beltrán se disponía a salir de su casa.

—Sí, me voy. Seguramente volveré a Alemania. Vendré a despedirme —dijo él mientras bajaba las escaleras cogiéndole de nuevo las manos, esta vez, sin intimidación ni alevosía.

Elisa cerró la puerta, se lavó los dientes y se fue a la frutería.

—«Brigitta» —continuó Elisa con este pensamiento mientras caminaba a su puesto de trabajo.

—Ana, soy yo, acabo de salir de trabajar y quería saber si ibais a ir a La Hora del Té como siempre —preguntó Elisa por teléfono a su amiga mientras sacaba de la cámara frigorífica una caja de mandarinas.

—Sí, quedamos con las chicas, dime, por favor, que vendrás —contestó Ana mostrando entusiasmo por ver que su amiga se unía al plan sin reproches de por medio.

—De acuerdo, voy después de comer —contestó Elisa cogiendo una de las mandarinas de la caja —espero ser puntual, esperad por mí.

Elisa salió de la frutería y cogió el autobús. Al llegar a la estación, caminó muy despacio hacia el punto de encuentro. No sabía qué se encontraría; no sabía cómo iba a reaccionar ante Ana ni cómo Ana actuaría sin sus perlas y convertida en la nueva chica enamorada de su ex.

Tampoco sabía cómo reaccionaría ante Claudia y ante Manuela. No sabía si iba a caer en la tentación de agarrar su mentira y continuar la conversación como siempre o si, por el contrario, sería capaz de despojarse de ella, y, si así era, cómo actuaría.

Elisa entró en La Hora del Té.

—Elisa —dijo Claudia levantándose para saludar a su amiga—. ¡Qué guapa estás!, ¡he pensado mucho en ti estos días! ¡Espero que todo esté bien; yo te veo estupenda!

Había empezado el primer asalto y Elisa ni siquiera se había sentado.

—Gracias, Claudia, tú también estás muy bien —dijo Elisa siendo consciente de que ya había perdido en la primera jugada.

Las chicas se sentaron, pero lo que no sabía Elisa era que había un invitado más: Pedro, el chico que Claudia había conocido en apenas dos días, que llegaba justo detrás de ella.

Tras hacer las presentaciones, todos estaban ya en el cuadrilátero para empezar la danza. Manuela, la chica del tiempo de casimarrón, iba vestida de rojo y negro, así que, ¡adiós a la pequeña muchacha indefensa! Y la danza comenzó con todos en silencio.

—¿Qué tal la peluquería, Claudia? La última vez que te vi tenías mucho trabajo —preguntó Elisa viéndose forzada a romper el hielo, cosa que siempre había hecho Ana, mientras, esta última miraba con una cara de felicidad que Elisa no había visto nunca en ella.

—Oh, Elisa, ¿no te ha contado Ana?

—No —contestó Elisa mirando a Ana muy extrañada de que esta no hubiera contado nada de otra persona, lo cual era justo su especialidad.

Ana miró a Elisa y siguió sin decir nada.

—Voy a cerrar la peluquería —dijo Claudia elevando su columna y echando el pelo hacia atrás preparada no solo para hablar, sino también para darle un buen bocado a su tarta de chocolate—. Creo que ya sé justo lo que quiero hacer y dónde quiero estar. Quiero montar mi propia academia de peluquería. —Manuela suspiró y se retocó los labios—. Va a ser espectacular y Pedro me va a ayudar en todo esto. Él me apoya en todo, hacemos un buen equipo —insistió Claudia poniendo su mano en la rodilla de Pedro mientras este absorbía con timidez un sorbo de su café.

—Deberías dejar a Pedro en paz —dijo Manuela guardando el pintalabios en el bolso—. No tiene por qué aguantar todos tus nuevos proyectos para que después, si las cosas no te salen como quieres, acabes cargándola con el pobre hombre.

Elisa abrió la boca y también los ojos.

—Manuela, métete en tus asuntos; ya tienes lo que querías, ¿no? Tu propia peluquería. Pues deja que los demás intentemos progresar. Esto no es asunto tuyo.

Ana se levantó de golpe.

—Chicas, lo siento, pero tengo que irme —dijo Ana cogiendo su abrigo—. Elisa, te llamaré algún día de estos y charlamos un rato. Me alegro de verte —continuó diciendo mientras le daba un beso de despedida en la mejilla.

Elisa supo a dónde iba y con quién. Todavía sentía el peso en el estómago por ocultar a Marco las verdaderas intenciones de Ana, pero lo que ya no se le podía reprochar era que estuviera mintiendo. Ana se había liberado en esa cafetería, la cual había sido cuna de sus tardes de habladurías y escondite de sus verdaderas inquietudes, de toda su mentira.

—¡Pues claro que me meto en mis asuntos!, pero puedo opinar, ¿no? —respondió Manuela—. Si no, para qué estamos aquí, para mirarnos unos a otros...

—Déjalo, Manuela, no pasa nada, yo la apoyo. Me ha contado su vida y, la verdad, trabaja muchísimo y pone mucha ilusión. Si ella está bien, yo también lo estoy —contestó Pedro.

—Madre mía, lo que hay que oír —dijo Manuela mirando el móvil.

—Bueno, tengamos la fiesta en paz. El caso es que estoy feliz y eso es lo importante. De eso se trata, ¿no? De hacer lo que quieras cuando el cuerpo te lo pida...

Elisa comenzó a vislumbrar un déjà vu lejano, este escenario le sonaba de algo y, entonces, este paquete bomba protagonizado por tres personas se separó de ella y empezó a ver con claridad el tornado en el que aquellas tres personas daban vueltas y en el que ella había estado alguna vez.

Mientras su cuerpo se separaba del tornado, miró la mesa en la que Beltrán le había contado que había sentido lo mismo. La historia se repetía: Claudia perseguía a Pedro lo mismo que Marco la había perseguido a ella durante mucho tiempo. Manuela, aquella chica recién salida a la vida, indefensa y neutra que vestía de marrón, había dado un gran salto, pero también se había dejado arrastrar por la venganza hacia Claudia y, como vía de escape de ese rencor, había decidido salvar a Pedro de las garras de la peluquera. Pedro, que acababa de llegar a ese triángulo y estaba perdidamente enamorado de Claudia, era la víctima, fiel e insegura, que quería complacer a su dama mientras ella reafirmaba, como siempre, su liderazgo a costa de lo que fuera. La noria estaba completa. Solo tocaba empezar a girar, una vez más.

—¿Qué te parece mi proyecto, Elisa? —preguntó Claudia mirando atentamente a la joven al igual que los otros dos componentes del nuevo triángulo.

A Elisa le hubiera gustado decirle a su amiga Claudia que todo ese tiempo no le había importado lo más mínimo ni su clientela ni lo que ella llamaba sus peluqueras. Había prometido a esas pobres chicas la fama y el reconocimiento, pero en el fondo, lo supiera ella o no, solo quería muestras de servilismo para sentir que ella era la líder, incluso a costa de engañarse a sí misma.

Claudia no tenía clientas; tenía sirvientas. En su foro más interno no podía tolerar que nadie supiera más que ella. Su afán de protagonismo la cegaba hasta tal punto de cambiar de proyecto sin que su séquito de peluqueras hubiera conseguido nada más que perder el tiempo, pero Claudia seguía creyendo que ella era imprescindible, que su

misión era mayor que la de cualquier otro ser humano.

—Claudia —dijo Elisa cogiéndole la mano—, si esa es tu aventura ahora, solo puedo desearte que de ahí salga algo bueno para ti.

Elisa se levantó, cogió su abrigo y se despidió del nuevo triángulo. Mientras caminaba hacia el autobús, no dejaba de pensar en la mentira, en la útil e inevitable mentira. También seguía sin piedad el nombre de Brigitta en su cabeza. «¿Qué pasó con Brigitta?». Pero, si había una cosa que Elisa sabía con toda certeza, era que no quería volver a yacer en las redes de ningún tornado que la envolviera en justificaciones, entuertos y demás enredos, así que tomó una decisión y sabía con claridad a quién se la tenía que contar.

—Hola, soy yo, ¿tienes un hueco para venir a verme? —preguntó Elisa por teléfono a Marco.

—Sí, creo puedo acercarme ahora. ¿Ocurre algo? —contestó Marco.

—Nada grave, solo quiero charlar. Te invito a un café; no tardes.

Marco se presentó al poco tiempo en casa de Elisa con un abrigo negro debajo del cual se escondía una camisa blanca y un jersey también de color negro. A esta fúnebre vestimenta la acompañaba, como nota de color, unas gafas de sol redondas ahumadas en rosa, y su pelo seguía cada vez más largo y despeinado.

—No está nada mal esta casa —dijo Marco mientras cruzaba la puerta y se sacaba sus gafas de sol.

—No, aunque creo que es demasiado grande para mí. No creo que me quede mucho más tiempo en ella —contestó Elisa cogiendo el abrigo de Marco e invitándolo a pasar al salón.

—¿Estás pensando en irte? —preguntó Marco sentándose en el sofá mientras estiraba sus brazos en el respaldo y cruzaba las piernas.

—De eso quería hablarte —dijo Elisa mientras servía el café.

Marco, intrigado y con los ojos abiertos, siguió a Elisa con la mirada deseoso de que esta comenzara a hablar. Elisa tomó asiento a su lado.

—Marco, todo esto ha sido muy extraño, extraño y surrealista, pero hay algo que no podemos negar: todos hemos cambiado. Mi pregunta es si fue necesario montar todo esto solo para experimentar. Yo creo que no. ¿Tú qué opinas?

—¿Y por qué me preguntas esto a mí? —dijo Marco.

—Porque eres un filósofo —contestó Elisa sabiendo muy bien por qué le había asignado esa etiqueta.

—No creo que lo sea, pero, si quieres que te conteste, creo que la única forma de no caer en conspiraciones es observar desde afuera, en silencio —dijo Marco mientras tomaba un sorbo de café.

—Exacto, estoy de acuerdo contigo, y eso es lo que voy a hacer.

—¿Y para eso te tienes que ir de aquí? No lo entiendo —preguntó Marco juntando las manos entre sus rodillas y prestando atención a la nueva encomienda de Elisa.

—Sí, me voy, pero no voy a hacerlo sola, ¿sabes? —contestó ella.

—¿Y con quién lo vas a hacer? —volvió a preguntar Marco esta vez apoyando su columna en el respaldo del sofá y cruzando las manos.

Elisa se puso de pie y se fue a la cocina a por una botella de agua.

—Con Beltrán —dijo Elisa desde la cocina.

Marco se giró de golpe desde el sofá.

—No lo dices en serio —contestó Marco muy serio mirando a Elisa que venía de vuelta hacia el salón.

—Marco —continuó ella mientras le cogía las manos—. No pasa nada, todo está bien; sé lo que hago.

—Pero Beltrán...

—No, Marco, no vayas por esos derroteros. No empieces otra vez; lo mismo podría decirte yo de Ana y no lo hago. Vamos a dejar este juego ya de una vez.

Marco miró unos segundos, y tal vez por última vez en mucho tiempo, los ojos azules de Elisa y también su enorme melena.

—Escucha —continuó hablando Elisa todavía con sus manos pegadas a las suyas—. Desde esta mañana y a lo largo de todo el día, hay algo que me inquieta, entre otras muchas cosas, y es Brigitta. Ayer tuve una conversación con Beltrán. Todo encaja. Quiero aprender de él y quiero saber qué personas trabajaban con Brigitta y por qué hicieron semejante atrocidad. Quiero averiguarlo todo. ¿No lo entiendes? Quiero hacer lo que hace Beltrán.

Marco seguía con muchísima atención las palabras de Elisa. Jamás había estado tan atento a lo que salía de la boca de aquella mujer.

—Quiero dar en la diana, quiero saberlo todo, pero esta vez ya sé lo que hay que hacer: separarte del círculo, no dejar que el tornado te absorba. Vista de águila. ¿Te suena? —dijo Elisa finalizando su discurso con la emoción de haber encontrado algún propósito que de verdad ocupara su tiempo sin tener que mirar a nadie por el rabillo del ojo para distraerse.

—De acuerdo, tienes razón —continuó diciendo mientras volvía a apoyarse en el sofá—. Tienes derecho a hacer lo que quieras; no seré yo el que me entrometa.

—Muy bien, eso es lo que quería oír. No quiero que te alegres por mí, solo que me desees lo mejor —dijo Elisa sonriendo y retirando sus manos de las de Marco, tal vez también, por última vez.

—Bien, bien, lo haré. Te deseo lo mejor, Elisa, en serio —dijo él recogiendo la melena de Elisa y colocándosela hacia un lado.

—Gracias —dijo ella.

La pareja se terminó el café y mantuvo una amena conversación durante minutos más hasta que Marco se levantó dispuesto a irse.

—Lláname cuando sepas dónde vas a estar —dijo Marco cogiendo su abrigo mientras Elisa abría la puerta.

—Lo haré —contestó Elisa.

—Una última cosa —dijo Marco antes de salir por la puerta—: dime que no estás

persiguiendo a ese hombre, que no vas a volver a cometer los mismos errores. Es fácil volver a caer; no lo olvides.

—No, no lo persigo, y sí, sé que puedo volver a caer, lo sé. Hasta pronto, Marco, te llamaré; te lo prometo —dijo Elisa abrazando a aquel hombre por el cual siempre había sentido una gran admiración, tal vez, en ese momento más que nunca, porque Elisa siempre había sabido que Marco deslumbraba más justo cuando no ponía empeño en hacerlo.

* * *

Ya sentada en el porche, Elisa miró hacia la cristalera. Era la única luz que se veía con claridad a aquellas horas. Miró durante unos minutos esperando alguna señal de aquella claridad y, entonces, apareció. La figura de Beltrán se colocó justo en el medio, mirando hacia aquel balancín y, por primera vez, se comunicó con ella desde allí arriba a lo lejos.

Elisa cogió su maleta con algunas cosas. El resto lo iría a buscar tal vez al día siguiente. Mientras hacía esta tarea, pensaba en las últimas palabras de Marco. Sabía que podría volver a meterse en el ciclón, en aquel triángulo de los horrores, pero también supo que seguir tropezando era inevitable mientras estuviese viva.

Podía ser que Beltrán no fuera lo que esperaba, que Marco y Ana acabaran convertidos en enemigos irreconciliables, que todo aquello que habían experimentado fuera una ilusión que durara unos años para después volver a caer en los vicios de siempre, pero, en ese momento, ella solo veía una puerta abierta de par en par, la cual no pensaba desperdiciar.

No solo quería aprender de aquel hombre para intentar no meterse en otro tornado de mentiras que la atrapara sin que lo supiera solo con poner su primera mentira en el primer soplo de aire que la encontrara desprevenida y sin defensa. Elisa quería, necesitaba, saber quién había sido su amiga Brigitta. Debía averiguar quiénes eran esas personas que, como una vez había dicho Beltrán, sacaban de vez en cuando lo peor de uno mismo.

Elisa entró en la casa de Beltrán tomando una enorme bocanada de aire, aire que llenó sus pulmones de inquietud y deslumbramiento. Tenía miedo, pero esa vez el miedo era distinto. Era una mezcla entre agridulce y esperanzador, nada que ver con aquella sensación vacía y sin sentido que la había magullado y comido por dentro, esa sensación vivida durante largo tiempo en aquella cafetería con olor a leche, café, humo y lejía, nada que ver a lo vivido aquellas largas tardes en La Hora del Té.